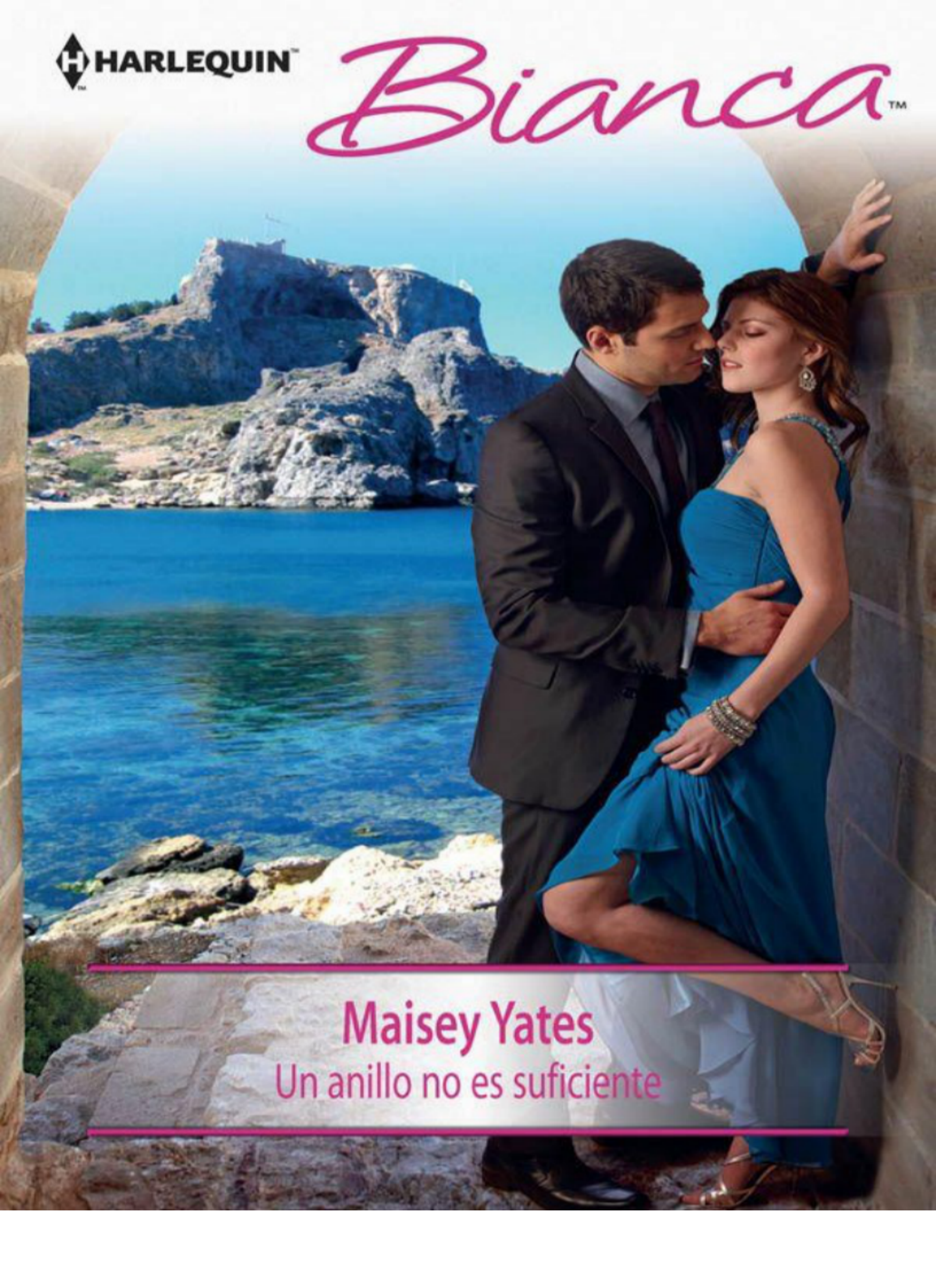

HARLEQUIN
Bianca
Maisey Yates
Un anillo no es suficiente



Maisey Yates

Un anillo no es suficiente



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un anillo no es suficiente, n.º 2324 —julio 2014
Título original: His Ring Is Not Enough
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4543-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Oficialmente, podemos estar al borde de un ataque de pánico —Leah Holt terminó de leer el mensaje de su hermana y miró a su padre.

Este tenía cara de sorpresa y Leah no podía culparle. Ella se sentía igual. Todo el mundo estaba allí. Todo estaba planeado. Los adornos estaban puestos y la tarta estaba hecha. Habían alertado a los medios de comunicación y todos estaban allí. El novio estaba preparado.

Y la novia había desaparecido.

—¿Por qué nos puede entrar el pánico? —preguntó su padre, Joseph Holt.

Leah tomó aliento. No quería contárselo a su padre. No quería exponer a Rachel a la censura. Porque, por muy preocupante que fuese el mensaje, Leah conocía a Rachel lo suficiente como para saber que no habría hecho todo aquello sin tener una buena razón.

—Se ha ido. No... no va a venir.

—¿Quién no va a venir?

Leah levantó la mirada y el corazón le dio un vuelco. Ajax Kouros había elegido ese preciso instante para entrar en la habitación, vestido con un esmoquin negro que se ajustaba a la perfección a su físico masculino. Parecía tan intocable como siempre. Un dios más que un hombre.

Al verlo, se acordó de los días de verano en la finca. De cómo le seguía a todas partes sin dejar de hablar. Su hermana siempre estaba en la escuela, su padre ocupado con el trabajo y su madre tomando el té con las amigas.

Pero Ajax siempre había estado allí para escucharla. Era la única persona que creía que la comprendía.

Había pasado mucho tiempo desde entonces. Ella ya no era la misma chica. No era tan tonta como para pensar que un hombre como Ajax pudiera estar interesado en ella o en lo que tuviera que decir. Ya no era aquel chico con la piel bronceada por trabajar bajo el sol sin camiseta.

Ahora era multimillonario. Uno de los empresarios de más éxito en todo el mundo.

Y aquel día iba a casarse con su hermana. Y a adquirir oficialmente el control de Industrias Holt, junto con una parte importante de su propio negocio, dado que la empresa de su padre poseía muchas de sus acciones.

Al menos, se suponía que aquel día se casaría con su hermana y tomaría el control de Holt.

Pero Rachel no estaba. Se había ido y no pensaba volver, a juzgar por su mensaje.

Era impropio de su hermana. La eterna anfitriona adorada por los medios nunca había sacado los pies del tiesto. Siempre se mostraba hermosa y elegante; un atractivo para los objetivos.

Al contrario que Leah, que era atractiva para los objetivos por una razón muy distinta. Y a la prensa le encantaba recalcarlo. Les encantaba resaltar todos sus defectos e imperfecciones.

Leah tragó saliva y miró a Ajax a los ojos. Eran oscuros y duros. Siempre lo habían sido. Incluso cuando era niño, nunca había risa en su mirada. Ni luz. Pero la oscuridad le resultaba atractiva, como siempre.

—Rachel no va a venir —le dijo con un susurro, aunque resultó ensordecedor en la sala de estar de la casa familiar.

—¿Qué quieres decir con que no va a venir? —preguntó él con voz suave.

—Es que... me acaba de escribir. Dice que... Toma —le entregó a Ajax su móvil y estuvo a punto de dejarlo caer cuando sus dedos se rozaron—. Dice que quiere estar con Alex, sea quien sea, y que no puede casarse contigo. Ahora no. Lo siente.

—Sé leer, Leah, pero gracias —le devolvió el teléfono y miró a su padre—. ¿Tú lo sabías?

Joseph negó con la cabeza.

—¿Saber qué? ¿Que tenía dudas? En absoluto. Yo no la presioné para que hiciera esto, Ajax. Sabes que no. Me daba la impresión de que estaba completamente de acuerdo con esto.

Ajax asintió una vez y después miró a Leah.

—¿Y tú lo sabías?

—No —si lo hubiera sabido, no habría permitido que las cosas llegaran tan lejos. Nunca habría dejado que Rachel abandonara a Ajax de aquella forma, sin previo aviso. Con todo el mundo mirando.

—¿Alex qué más? —preguntó él—. ¿Qué más información tenemos?

—Yo... —Leah releyó los mensajes de su móvil. La mirada de Ajax era feroz y le daba miedo. No se parecía al hombre que conocía—. No lo dice.

—Escríbele un mensaje. Ahora.

—Ajax, si necesita espacio... —murmuró su padre.

—No me preocupa mucho eso —respondió Ajax.

Leah escribió tan rápido como pudo con los dedos temblorosos.

¿Alex qué más? ¿Alguien que yo conozca?

No le conoces. Alex Christofides. Ha sido inesperado. Lo siento.

—Alex Christofides.

Ajax y su padre se miraron de forma significativa. A ella se le erizó el vello de la nuca y se le puso la piel de gallina al darse cuenta de lo que significaba aquel nombre.

—Alexios —dijo lentamente—. Alexios Christofides.

—Ese mismo —contestó Ajax—. No está satisfecho con haber intentado destruir mi negocio y ahora, el muy bastardo, tiene que destruir también mi boda.

—¿Por qué, Ajax? ¿Por qué te odia tanto?

—No lo sé. Supongo que es por negocios.

—Pero ella… ¿Ella lo sabe? ¿Sabe quién es él?

—No creo —contestó Ajax—. No es su mundo.

No. Pero sí era el de ella. Leah había oído hablar de Alexios Christofides y de sus intentos por destruir el negocio de fabricación y venta al por menor de Ajax, ya fuera adquiriendo acciones de forma encubierta o denunciando actividades ilegales que ni siquiera existían. Alexios había sido un obstáculo para Ajax a lo largo de los últimos cinco años.

—¿Y nunca le mencionaste su nombre a Rachel?

—Como ya he dicho —respondió Ajax—, no es su mundo.

Leah le envió otro mensaje a Rachel mientras su padre y Ajax seguían hablando.

Es enemigo de Ajax. ¿Lo sabías? ¿Y si te está utilizando?

Es demasiado tarde, L. No puedo casarme con Jax ahora. Tengo que estar con Alex.

¿El día de tu boda?

Lo siento. Confía en mí. No hay otra manera.

—Si Rachel le ha elegido a él —intervino su padre—, le ha elegido a él.

—¿Aunque solo pretenda hacerle daño a Ajax? ¿Y qué hay de la empresa? El negocio depende de esta boda. Me va a arrollar con sus tácticas empresariales.

—Estás dando por hecho que no siente nada por Rachel. Que Rachel es tonta. Yo no me lo creo, Leah —dijo su padre.

No. Claro que no. Rachel nunca sería tan tonta. Al menos, eso sería lo que pensaría todo el mundo. La deslumbrante y equilibrada Rachel, que tan bien se desenvolvía en cualquier situación social, jamás se dejaría seducir mediante engaños y mentiras. Era demasiado lista.

Leah no se lo creía. Su hermana era maravillosa. Y, como tal, había sido mimada por los medios de comunicación. Rachel no veía las cosas malas de la vida. Y, la idea de que un hombre, Alexios, pudiera estar mintiéndole y utilizándola le producía náuseas.

—Entrégamela a mí —le dijo Ajax a Joseph—. Cambia el acuerdo.

—Lo haría —respondió Joseph—, pero la empresa la recibirán mis hijas. El marido de la primera en casarse.

—Siempre estuvo claro que sería yo —dijo Ajax—. Hiciste la oferta pensando en mí.

—Sí. Naturalmente, pensé que serías tú. Pero ¿qué puedo hacer? Di mi palabra y no quiero que Rachel sienta que me quedo con la empresa como rehén para obligarla a casarse con el hombre que yo quiera. Y, si es decisión suya, tiene derecho a quedarse con la empresa si así lo desea. Ella también sabe de la existencia del acuerdo.

Leah sabía que el acuerdo iba destinado solo a Ajax y a Rachel. Joseph quería a Ajax como al hijo que nunca había tenido, y Rachel y él le habían parecido una pareja bastante lógica desde el primer momento. Como si Ajax hubiera estado destinado desde siempre a formar parte de su familia.

Pero ahora todo estaba desmoronándose. Y el negocio y la vida entera de Leah iban dentro del paquete que ahora podría acabar en manos del enemigo de Ajax.

Si Alex intentaba quedarse con Holt y destruirla para vengarse de Ajax, destruiría también sus sueños.

Ella no era la mimada por los medios. No era la guapa. No era la que atraía a los hombres. Ella tenía Las Piruletas de Leah. Su negocio estaba en alza y empezaba a marcar tendencia. Los caramelos de sus tiendas estaban convirtiéndose en uno de los regalos más populares en todo el mundo. Tal vez el azul Tiffany fuese un icono, pero el rosa Leah empezaba a ganar importancia.

No podía perderlo. Era su identidad.

—Tengo que hablar con Ajax a solas —dijo antes de poder procesar enteramente su petición—. Por favor —le dijo a su padre.

Joseph asintió y respondió:

—Si es lo que quieres —después miró a Ajax—. Lo siento, hijo mío, pero no podemos obligarla a que se case contigo. No me gusta la idea, pero no la forzaré a ello. Si ha elegido a Alex, por muy enemigo tuyo que sea, no se lo impediré.

—Jamás te pediría que hicieras tal cosa —dijo Ajax.

Su padre se dio la vuelta, salió de la habitación y Leah tuvo que controlar la necesidad de ir tras él. De intentar razonar con él. Sería más fácil que tratar con Ajax. Pero su padre no cedería. Había dado su palabra y, en el mundo de Joseph Holt, donde los hombres tenían honor y no se rebajaban a utilizar a una mujer como peón en una batalla empresarial, la palabra era lo único necesario.

Pero ese no era el mundo real. Ella lo sabía. Ajax lo sabía.

Ajax se pasó las manos por el pelo y miró de nuevo por la ventana.

—La pregunta es ¿qué hacemos? Hay un acuerdo redactado y listo para firmarse. Hay una boda planeada. Hay mil invitados que vendrán dentro de tres horas. Los medios estarán allí también. Se ha anunciado como la boda del siglo. La pregunta es —se volvió hacia ella—, ¿qué

hacemos?

Leah se quedó mirando su cara de preocupación y de pronto vio la respuesta. Era evidente y sencilla. Así funcionaban las cosas en los negocios y, al fin y al cabo, se enfrentaban a un problema relacionado con los negocios. Había que firmar un contrato.

O, más concretamente, dos contratos.

—¿Hasta dónde llegaba el trato? ¿Qué decía el contrato?

—Yo pasaría a ser propietario de Holt al firmar el acuerdo matrimonial, con la condición de que el matrimonio durase cinco años. De lo contrario, tu padre recuperaría el control.

—¿Y los nombres que aparecen en el documento?

—No hay nombres. Son intercambiables. Esa es la cuestión.

—¿Cinco años como mínimo?

—Sí.

—Lo haré yo —dijo Leah.

Las palabras quedaron suspendidas en el silencio de la habitación.

Por un instante, se sintió desprotegida. Incómoda. No. Ya no era esa chica. Era más fuerte que todo eso. Había aprendido a no exponerse a los demás, a no dejar que nadie la viese llorar.

—¿Que harás qué? —preguntó Ajax.

—Me... —de pronto, se sintió ahogada por las inseguridades. Por la Leah del pasado, que había idolatrado a Ajax. La chica que buscaba su atención y su afecto. La adolescente idiota que había estado a punto de declararse justo antes de que él declarase su amor por Rachel.

«Lo haces por tu negocio. No tiene nada que ver con esos sentimientos. Es por Holt».

Ya no era esclava de aquellos viejos sentimientos. Cierto, había soñado con Ajax cuando era una niña, pero, igual que todo el mundo, él había elegido a Rachel. Y ella había aprendido a no volver a exponerse de esa forma. Había aprendido a ocultar el dolor bajo una armadura. Porque la alternativa sería mostrárselo al mundo y destrozar su orgullo.

—Me casaré contigo —anunció—. Así todo saldrá bien. No importará que Rachel se case con Christofides el mes que viene o mañana, porque no será él quien se quede con Holt. Todo saldrá bien.

Él se carcajeó con ironía.

—Todo saldrá bien, ¿no? La perfección. Ese pequeño obstáculo.

—Soy consciente de que esto es algo más que un pequeño obstáculo. Pero es mejor que nada, ¿verdad?

Ajax no era un hombre expresivo. Había sido bueno con su hermana, pero no abiertamente afectuoso. Leah se había preguntado en más de una ocasión qué tipo de relación tendrían. Si sería más una cuestión de conveniencia que de pasión. Pero era evidente que Ajax parecía un hombre que acababa de perder al amor de su vida.

Ajax se pasó los dedos por el pelo y le dirigió una mirada perdida. Le recordó a una versión más joven de él mismo. Al chico que había sido antes de ir a la finca Holt. Un chico al que ella nunca había conocido.

Aún recordaba el momento en que le había conocido, cuando habían ido a la finca a pasar el verano. Había sido como si todo su mundo se desvaneciera. Como si ella se desvaneciera.

Ella era joven, pero algo en él le había atraído desde el principio. En un instante, Ajax había significado muchas cosas para ella. Y le había hecho caso. Había hecho que se sintiera importante. Especial. Así que se había aferrado a él y le había seguido como si fuese un cachorro perdido.

De pronto, volvió a mirarla y su mirada perdida desapareció tan pronto como había aparecido.

—Tendrás que servirme tú.

El modo en que lo dijo le hizo desear que se la tragase la tierra. De nuevo, estaba siendo comparada con Rachel.

—Gracias. Y de nada.

—No esperes que me alegre por esto. Mi novia acaba de dejarme plantado. Ha elegido a mi rival antes que a mí. Y ni siquiera ha tenido el detalle de escribirme para decírmelo. En vez de eso, te ha escrito a ti.

—Soy su hermana.

—Y yo soy el hombre al que se suponía que debía amar.

Leah le puso la mano en el brazo y un torrente de calor recorrió su cuerpo, así que se apartó como si se hubiera quemado.

No se lo esperaba. No esperaba sentir aquel calor tan intenso. Al fin y al cabo, hacía años que había dejado de sentir algo por él. Aunque eso no cambiaba el hecho de que era una hombre increíblemente guapo. El calor se debía solo a la atracción física. Cualquier mujer reaccionaría de igual modo.

—¿Por qué, Leah? ¿Qué ganas tú con esto?

—Bueno, Ajax, es evidente que Rachel ha perdido la cabeza. Se ha fugado con un hombre que, tú y yo sabemos, no está con ella por casualidad. Un hombre capaz de hacer esto solo para hacerte daño. Lo haría, ¿verdad?

—Sí —respondió él.

—Mi padre quiere a Rachel, pero no ve sus defectos.

—¿Acaso los tiene?

—Creo que es demasiado confiada, y ambos sabemos que eso es un defecto. Alexios se aprovecharía de eso para quedarse con Holt e impedirte a ti expandir tu negocio. Le hará daño. No puedo permitirlo. Y creo que tú tampoco.

—Por supuesto que no.

—Entonces está decidido. Tenemos que casarnos antes de que lo haga ella. Así podrás meterte en nuestra familia, cosa que ambos sabemos que deseas. De lo contrario, los dos perderemos Holt. Y tú eres el que más pierde. Christofides se quedaría con Rachel y con Holt.

—No sabía que Holt te importase tanto, Leah.

—Me importa porque es mi legado familiar. No puedo dejar que un desconocido tome el control. Pero, además del legado, mi padre posee la mitad de las acciones de mi negocio, y todo está bajo el control corporativo de Holt. Así que, de pronto, un desconocido tiene el control sobre mí y sobre mi negocio.

—¿Y si Rachel desea quedarse con Holt?

—No lo desea. Para ella no significa lo mismo que para ti y para mí, ya lo sabes. Ella iba a ser tu mano derecha socialmente, pero dudo que pasara un solo día en esas oficinas por voluntad propia.

—Eso es cierto. Pero yo no quería eso de ella. Quería una anfitriona, alguien que me hiciera parecer más cercano. Eso era lo que necesitaba.

—Bueno, pues eso ya no va a ocurrir. ¿Quieres que otro hombre se quede con tu mujer y con tu negocio?

Ajax dio un paso hacia ella, la miró fijamente con sus ojos oscuros y Leah sintió que algo en su interior se derretía.

—Además de Holt, ¿qué es lo que deseas, Leah?

—Mantener Las Piruletas de Leah. Holt posee un cuarto de mis acciones. Y, aparte de que mis tiendas de caramelos están vinculadas a Holt, yo soy una Holt. Es mi legado. Es nuestro, no solo tuyo.

—Iba a ser mío y de Rachel.

—Lo sé.

—¿Y tú me confías tus acciones? Alexios es un genio de las finanzas. Tal vez él te sirva más que yo. Rachel parece pensar eso.

—Tú harás lo correcto por mí y por mis tiendas, Ajax. No me cabe duda.

—No sé. Tal vez venda mis acciones. ¿Crees que me darán beneficios?

—Claro que lo creo. Vendo cosas caras y malas para ti. Creo que estaré en el negocio toda mi vida.

Él arqueó una ceja y algo en su expresión cambió.

—Entonces es un éxito asegurado. Hay poco que a la gente le guste más que entregarse a los vicios.

—Sí. Y permíteme que siga argumentando por qué me parece buena idea lo de casarnos.

—Por supuesto —contestó él.

—Tienes razón. Todo está preparado. Todo. Los invitados. El cura. La tarta. Yo he donado muchos caramelos como regalo.

—Qué amable.

—Bueno, ahora dono una novia. Eso es algo más que amable.

—Si acepto.

—Ah.

Ajax se quedó mirando a Leah, la mujer que, hasta hacía diez minutos, iba a ser su cuñada. Ahora estaba hablando de ser su esposa. Leah. Apenas pensaba en ella como en una mujer. En su cabeza seguía siendo la chica rechoncha de dieciséis años con aparato y afición por los dulces.

Aún recordaba con claridad encontrarse un caramelo esperándole con sus herramientas de jardinería todos los días cuando había empezado a trabajar en la finca Holt. Y, lo que había empezado como un juego de niños, se había convertido en una tradición. Cuando había empezado las prácticas en las oficinas de Nueva York, allí había un caramelo sobre su escritorio. Y después, al establecerse por su cuenta, un enorme surtido de bombones en su despacho.

Sí, cada vez que veía alguno de sus regalos, se imaginaba a Leah, la niña. La dulce y sencilla Leah, que le miraba y veía a alguien a quien merecía la pena sonreír. Pero aquella imagen no encajaba con la realidad que tenía ante él.

Ahora era una mujer. Tenía veintitrés años. Parte de sus curvas habían desaparecido, aunque no todas. Seguía teniendo el pelo oscuro y rizado, pero más elegante que cuando era adolescente. Y había una determinación en ella que jamás había visto antes.

Aun así, no se parecía en nada a Rachel. La hermosa y esbelta Rachel.

Rachel, la mujer en la que se había fijado tantos años atrás. La mujer con la que había planeado casarse. Había sido su objetivo al final del camino durante tanto tiempo que ahora se sentía perdido. Sin un propósito.

Era la única mujer a la que alguna vez había amado.

Y ella le había abandonado. Se había llevado consigo Holt, y toda su vida quedaría hecha añicos a sus pies.

Si permitía que ocurriera. Si no aceptaba la oferta de Leah.

Rechazarla no le reportaría ningún beneficio. No sería lógico.

Sin embargo, le costaba imaginársela como esposa. Como la mujer con la que compartiría su vida, a la que se llevaría a los eventos y a la cama.

Leah no era la mujer con la que se había imaginado. Jamás.

—Vamos, Ajax, no hagas esperar a una chica —dijo ella con una leve sonrisa. Como si estuviera tranquila. Como si aquello no fuera más que una interesante distracción. Ajax se preguntó en qué momento se habría vuelto tan calculadora. Cuándo habría dejado atrás la dulzura para convertirse en una fría mujer de negocios.

—Acepto —contestó al fin—. Haré una llamada para que venga la

costurera y te ajuste el vestido de Rachel.

A Leah se le sonrojaron las mejillas, aunque mantuvo una expresión fría.

—¿No podría quitarle treinta centímetros al dobladillo y añadirlo a la altura de la cintura?

Estaba exagerando, pero, aun así, tenía razón. Rachel era alta y angulosa, mientras que la cabeza de Leah le llegaba por debajo del hombro. No podía ignorarlo; tenía una talla mayor que la de su hermana. Aunque sus proporciones no carecían de atractivo. Tenía curvas donde debía tenerlas. Simplemente, nunca había pensado en ello demasiado.

—Entonces, ¿qué talla? Te encargaré uno nuevo.

—Haré una llamada —dijo ella, aún con las mejillas sonrojadas—. No será a medida, por supuesto. Solo tenemos dos horas, pero puede hacerse. De todas formas, mi vestido será lo menos escandaloso de la boda.

—Sigues siendo una heredera Holt —dijo él.

—Sí, prácticamente somos intercambiables. Salvo por la talla del vestido, claro.

—No me refería a eso. No sois intercambiables. Tú no eres Rachel —Rachel, que en su cabeza representaba su vida perfecta. Había imaginado que, cuando llegase aquel día, habría llegado a su destino en vez de caminar sin cesar.

Nunca la había tocado, no más de un beso inocente, pero, durante los últimos seis años, había existido un entendimiento entre ellos. No habían pasado todo su tiempo juntos, no habían actuado como una pareja. Rachel no deseaba sentirse encadenada. Había querido vivir su vida. Pero él había estado convencido de que, al final, regresaría a él.

Se había equivocado. Y no le gustaba equivocarse.

—Lo siento —dijo Leah—. No siento no ser Rachel, sino que se haya marchado. Lo siento.

—Claro que lo sientes. Ahora te toca quedarte conmigo.

Ella lo miró con brillo en sus ojos tostados. No sabía por qué parecía como si fuese a echarse a llorar. ¿Sería por la situación? Aunque ella hubiese ayudado a crear la situación, tampoco era que él le hubiese pedido que reemplazara a su hermana. ¿O sería quizá por sus comentarios? En cualquier caso, no le gustaba.

Joseph Holt se había convertido en su mentor cuando era adolescente, y la familia de Joseph había pasado a ser la suya en muchos aspectos. Nunca haría nada que pudiera herir a la familia Holt. Jamás.

—No es demasiado tarde para echarse atrás, Leah. No te haré responsable de una declaración precipitada hecha en un momento emotivo.

—Es todo muy emotivo.

—Me refería a que es emotivo para ti.

—Y para ti también. ¿Acaso no sientes nada?

—Claro que siento algo. Pero no tomo decisiones basadas en las emociones, razón por la cual estoy dispuesto a casarme contigo en vez de con Rachel. Es lo lógico —así mantendría su plan en movimiento hasta que pudiera cambiar las cosas. Hasta que pudiera recolocarlo todo en su cabeza. La planificación le hacía tener el control, y el control lo era todo.

Sabía lo que ocurría cuando se perdía el control. Sabía lo que sucedía cuando un hombre vivía de sentimientos.

—Sí. Bueno, aunque puede que la situación sea emotiva, no me he ofrecido por eso.

—Holt es mía. Por derecho. Me la prometieron. No llevo vuestra misma sangre, pero tu padre me entrenó para esto.

—Lo sé. Y yo he trabajado demasiado duro en mi negocio como para ver cómo se desvanece todo.

Ajax miró a Leah y se preguntó si la habría subestimado. Sabía que tenía una mente empresarial, mientras que, probablemente, Rachel hubiera utilizado el dinero que su padre le había dado para ser socia silenciosa en algunos proyectos y ayudar así a expandir su red de contactos personales.

Esa era una de las razones por las que Rachel había tenido tanto valor en su vida. Hacía lo que él no hacía. Conectaba con la gente, hacía amigos con facilidad y utilizaba su carisma para lograr lo que deseaba.

En resumen, era el accesorio perfecto en su vida. Leah, por otra parte, estaba más centrada en los negocios. Posiblemente, desearía que alguien le echara una mano para tomar las decisiones en Holt, y estaría en su derecho, dado que la propiedad la compartirían su esposa y él.

—¿Qué más sabes, Leah?

—Mucho. Veo cosas. Sé lo mucho que esto significa para ti. Sé que no has pasado años trabajando para mi padre para no acabar dirigiendo Holt.

Era cierto. Joseph Holt se había convertido en su mentor cuando tenía solo dieciséis años, sin educación y sin dinero, y había empezado a trabajar en la finca Holt en Rodas. Él acababa de abandonar la mansión de su padre, había huido de la isla en la que había crecido, que estaba llena de corrupción.

Joseph Holt y su familia iban cada verano y cada invierno a la finca. Al contrario que otras familias adineradas para las que había trabajado, los Holt eran amables con sus empleados. Sobre todo Joseph, que se tomaba el tiempo necesario para hablar con todos y

conocerlos mejor.

Y había mostrado un especial interés en él. En muchos aspectos, había sido como un padre. Pero sobre todo le había inculcado el interés por los negocios. Ajax había pasado tres años trabajando para Holt en Estados Unidos. Después había montado su propio negocio, que se centraba más en las tiendas que en la fabricación.

Ajax había triunfado gracias a Joseph, sabiendo que, al final, Holt le pertenecería. Igual que Rachel.

Aquel día había perdido una de esas dos cosas; no perdería la otra.

—Ves muchas cosas, Leah. Y creo que has heredado la habilidad de tu padre para reconocer un buen trato empresarial. Y su incapacidad para dejarlo pasar.

—Soy una Holt, Ajax.

—Rachel también lo es.

—Yo no soy mi hermana. No nos parecemos. Tendrás que recordar eso.

—No creo que se me olvide.

—Tengo que... —Leah se aclaró la garganta—. Bueno, creo que tengo que empezar a prepararme.

Capítulo 2

A Leah le temblaban las manos cuando agarró el ramo, el ramo que debería haber sido de su hermana. Gracias a Dios, jamás habría podido ponerse el vestido o los zapatos de su hermana.

Y era la primera vez que se alegraba de no poder hacerlo. No quería las flores de su hermana, ni su prometido, ni su vestido ni sus zapatos.

El vestido y los zapatos eran suyos. Las flores y el novio... no.

El estómago le dio un vuelco al mirarse en el espejo y enfrentarse a la realidad de lo que estaba haciendo.

En la teoría le había parecido la única opción. No podían permitir que Alexios se quedara con Holt. Si estaba utilizando a Rachel, eso no podía ser una recompensa.

Pero allí de pie, con el vestido de novia, todo le parecía más real. Más descabellado.

Sacó un pañuelo de papel del tocador y se lo llevó a los labios para quitarse el exceso de pintalabios. Se quedó mirándolo durante unos segundos. ¿Se quedarían sus labios marcados en los de Ajax?

Entonces se dio cuenta. Iba a besarlo. Aquel mismo día. Se dejó caer sobre la silla situada frente al espejo. Iba a casarse con él. Iba a ser una boda de verdad.

Y lo peor era que iba a tener que exponerse a la prensa y al ridículo una vez más. Eso era lo que menos le gustaba.

Aquella boda era algo enorme. Un gran acontecimiento. Rachel era muy popular, un icono del estilo para las masas y la favorita de las portadas de las revistas. Y Ajax... exudaba sex-appeal y misterio, y además era multimillonario. Eso hacía que la boda cobrara tanta importancia.

Y ella no encajaba entre tanta fanfarria.

Se quedó delante del espejo y se llevó las manos a los pechos, que apenas podía contener el corpiño del vestido. No era su primera opción, pero se trataba de una emergencia, y eso significaba que había tenido que conformarse con una talla más pequeña.

Le recordó a una ocasión en la que había ido a un evento con un vestido que Rachel se había puesto aquel mismo año. Y allí estaba, teniendo el clásico tropiezo con la moda que solían tener las chicas de dieciséis años, pero delante del mundo entero. Su figura, lejos de ser esbelta, se veía demasiado gracias a que el vestido era demasiado pequeño y, además, el color no le sentaba bien. Había aparecido en

una revista de moda bajo el titular *¿A quién le queda mejor*? Y Leah había recibido críticas tanto en el artículo como *online*.

Tomar prestada ropa del armario de su hermana era mucho más difícil para ella que para otras adolescentes.

Recordaba que se había quedado llorando en el despacho de su padre y que en ese momento había entrado Ajax.

—¡Me siento muy humillada, Ajax! —había gritado ella entre sollozos—. ¿Cómo podré superar esto?

Ajax se había quedado mirándola con ojos impasibles.

—Si no quieres que te comparen con tu hermana, deja de ponerte en su lugar. Tú eres diferente. Nunca serás como ella, así que deja de intentarlo —después se había arrodillado frente a ella—. Y nunca dejes que te vean llorar. No les des nada que puedan usar contra ti. Un objetivo irrompible no es un objetivo satisfactorio.

Tenía razón, entonces y ahora. Ella no era Rachel. Así que había hecho un esfuerzo por convertirse en todo lo contrario. Y nunca dejaba que la vieran llorar. Ni tampoco bajaba la guardia.

Salvo cuando estaba con Ajax. Con él se sentía libre de ser como era. Siempre se lo había contado todo. Primero, siguiéndole a todas partes por la finca y, después, pasando tiempo con él en su despacho.

Y siempre le dejaba caramelos. Ajax no era una persona afectuosa, pero ella siempre veía el envoltorio de los dulces en la basura a la mañana siguiente. Y siempre recibía como recompensa una sonrisa. Una sonrisa muy leve, pero, viniendo de él, era como si fuese oro.

Y, con aquellas pequeñas sonrisas, su encaprichamiento adolescente se había convertido en amor. Incluso había estado a punto de decírselo una noche, cuando quedaban muy pocas personas en el edificio Holt y ellos estaban a solas en su despacho. Pero había perdido el valor.

Y, a finales de esa semana, Ajax había anunciado que pensaba casarse con Rachel.

«Nunca dejes que te vean llorar».

Aquel día, sus palabras se habían repetido en su cabeza una y otra vez mientras sus sueños y sus fantasías se hacían pedazos. Después de aquello, ya no había vuelto a su despacho ni le había dejado más caramelos sobre el escritorio.

Desde entonces, no había mostrado una sola grieta en su fachada.

Pero daba igual, porque seguía sin gustarle lo que la prensa escribía sobre ella y sabía que aquello no sería una excepción.

—Leah —su padre entró en la habitación y Leah se dio la vuelta al oír su voz—. ¿Estás preparada?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí.

Se sentía mareada y la cabeza le daba vueltas.

«Ya sabes lo que es esto. Has firmado el acuerdo. Este matrimonio tiene un final. Probablemente nunca llegue a tocarte».

Pero la fantasía y la realidad estaban librando una batalla en su cabeza y era difícil recordar cómo debía sentirse. Quién debía ser ella. Era difícil seguir con la máscara puesta mientras el mundo temblaba bajo sus pies.

—Deseo hacer esto —le dijo a su padre.

La expresión de su padre cambió, como si estuviera viendo en su interior.

—Entiendo —dijo mientras le ofrecía el brazo—. Entonces vamos. Confieso que no estaba preparado para que te casaras aún.

—Tengo veintitrés años.

—Aun así. Con Rachel, sabía que esto llegaría. Estaba más preparado para que se casara. Y sabía… sabía desde hacía tiempo cuáles eran las intenciones de Ajax. En cuanto sus sentimientos hacia Rachel cambiaron, me lo contó.

—Seis años —dijo Leah. Recordaba aquel preciso momento, aquella hora, porque el recuerdo seguía muy nítido en su cabeza.

—Rachel quería vivir más. Tenía solo veintidós años cuando Ajax se enamoró de ella. ¿Y tú no quieres vivir?

—Puedo vivir con un marido —respondió ella—. Estaré casada, no muerta.

—Eso es cierto. Pero sigues siendo mi pequeña.

—Papá, hace años que no vivo en casa.

—Lo sé.

—Y Ajax es como un hijo para ti.

Su padre dejó de andar y la miró.

—Y, si te hace daño, me encargaré de él personalmente.

—No lo hará.

Ajax ya no tenía el control sobre su vida. Al menos, en lo referente a sus sentimientos. Quizá siguiera resultándole atractivo, pero ya no estaba enamorada de él.

Dejaron de hablar entonces, porque estaban en el recibidor y, más allá, se encontraba el jardín, donde todo estaba dispuesto para la boda. La boda de Rachel. Nada de aquello era de su gusto. Ella era más extravagante y su hermana más sofisticada. En la boda de Rachel todo era blanco.

Una pena que no se hubiera presentado.

Leah tragó saliva cuando se abrieron las puertas y el sol irrumpió en la estancia para pintarla a ella también de blanco. El único color era el azul del mar más allá del jardín empedrado.

Comenzó a bajar los escalones, los invitados se pusieron en pie y comenzó un murmullo generalizado, audible incluso por encima del

cuarto de cuerda que tocaba en la ceremonia. Leah sabía bien lo que estaban diciendo. Estarían preguntándose por qué ella.

¿Por qué no su preciosa hermana? Sin duda, todos sabrían que Rachel se había marchado. Porque, si no, Ajax nunca la habría preferido a ella. Todo el mundo lo sabría.

Leah siempre había imaginado que se casaría allí, en Rodas. Pero en su cabeza había sido diferente.

Cuando levantó la cabeza y vio a Ajax al final del pasillo, el corazón le dio un vuelco. Ajax siempre había formado parte de sus fantasías. Claro que, en sus fantasías, él sonreía al verla acercarse. No la miraba como si fuera juez, jurado y verdugo, dispuesta a pronunciar una terrible sentencia.

Así era como la miraba en aquel momento. Sombrío. Como un hombre en el patíbulo, no en el altar.

—¿Quién entrega a esta mujer en matrimonio? —preguntó el pastor cuando se detuvieron al final del pasillo.

—Yo la entrego.

Su padre le dio un beso en la mejilla y, después, ella avanzó hacia Ajax. Él le dio la mano y entonces se dio cuenta de que nunca antes se la había estrechado. De hecho, pensándolo bien, no creía que nunca le hubiese tocado la piel.

Sintió un intenso calor que comenzó por las mejillas y se extendió hacia sus orejas. Genial. Se estaba sonrojando. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Por qué no podía controlarse?

¿Por qué aquello parecía tan real?

«No es real. Son negocios. Es por mi negocio. Es por Holt. No es por ti», se dijo.

Ajax le dio la otra mano también y la volvió para que le mirase. Leah sintió terror y algo más, una emoción tan grande y tan real que no podía negarla. Florecía en su interior con fuerza.

En aquel momento, la realidad se esfumó y ganó la fantasía.

Aquello no era más que una fantasía. No podía ser real. Se trataba de un sueño, el sueño que solía tener cuando era adolescente.

Ajax dijo sus votos con voz fuerte y firme, desprovista de emoción. Aunque así era él. Ella dijo los suyos sin equivocarse, y tuvo la extraña sensación de que cada palabra era cierta. De que nunca habría nadie más que él.

Siempre sería él.

—Puedes besar a la novia.

El corazón le dio un vuelco y, por un instante, el mundo pareció detenerse. Se quedó mirando los labios de Ajax. ¿Cuántas veces habría pensado en besar esos labios?

Fue lo último que pensó antes de que Ajax le pasara un brazo por la cintura, agachara la cabeza y la besara.

No estaba preparada para el calor que recorrió sus venas. Levantó los brazos y le agarró con los dedos las solapas de la chaqueta del traje.

Había anticipado algo recatado y apropiado para hacerlo delante de miles de ojos, pero no fue eso lo que obtuvo. Lo que obtuvo fue un beso de verdad.

Ajax deslizó la lengua por la comisura de sus labios y ella abrió la boca para saborearlo. Sintió como si se estuviera cayendo, pero él estaba allí para sujetarla.

Nunca la habían besado así. Jamás. Y tampoco se había sentido así nunca. Como si fuese a morirse si dejaba de tocarla, como si su piel estuviera en llamas. Los pechos le dolían y el corazón revoloteaba como un pájaro enjaulado. Y aquel dolor entre los muslos. Un dolor que sabía que solo él podría calmar.

De pronto, Ajax se apartó y ella estuvo a punto de perder el equilibrio. Los invitados estaban aplaudiendo, el pastor estaba haciendo su declaración, pero ella no prestaba atención. La cabeza le daba vueltas y las piernas le temblaban.

—Sonríe —le susurró Ajax al oído.

«Nunca dejes que te vean llorar».

Así que puso una sonrisa falsa que no sentía y dejó que Ajax la llevase por el pasillo mientras la banda tocaba.

Subieron los escalones y entraron en la casa.

Cuando las puertas se cerraron tras ellos, Ajax comenzó a aflojarse la corbata.

—¿No necesitamos...? ¿No deberíamos...? El fotógrafo.

—¿De verdad crees que quiero fotos? —preguntó él.

—Eh... pensaba que... es nuestra... Hemos pagado un fotógrafo.

—Supongo que la prensa ya habrá sacado suficientes fotos. No tengo interés en posar. Lo que quiero es beber.

—Tú no bebes.

—Normalmente no.

Nunca le había visto beber. Aquello no era lo mejor para su ego. Que casarse con ella le indujese a beber.

—¿Y qué hay del banquete?

—Estoy demasiado ansioso por llevarte a mi villa y consumar este matrimonio —respondió él con sequedad—. Tendremos que saltárnoslo.

—¿Qué?

—Que nos vamos. Ahora.

Ajax volvió a darle la mano y salió con ella por la puerta principal, donde esperaba una limusina. Abrió la puerta de atrás y ella se montó. Después se subió él y cerró la puerta.

Miró por la ventanilla, ella siguió la dirección de su mirada y vio al

fotógrafo de pie en las escaleras.

—Vamos a darle una foto —murmuró Ajax.

—Las lunas están tintadas.

—Ya encontrará la manera de solucionarlo. Al fin y al cabo su trabajo es hacer la foto.

La pegó a su cuerpo y, por segunda vez en cinco minutos, la besó.

Deslizó la lengua entre sus labios para saborearla y, una vez más, ella respondió sin poder evitarlo. Enredó los dedos en su pelo y se aferró a él.

No podía fingir que no sintiera nada. No podía fingir que el roce de sus labios no encendiera el fuego en su cuerpo. No podía fingir que jamás hubiera deseado a un hombre como deseaba a Ajax.

Apartó los labios de los suyos, empezó a besarle el cuello y fue bajando.

Después levantó la cabeza.

—Conduce —le ordenó al conductor. Volvió a besarle el cuello y a dibujar círculos con la lengua sobre su piel hasta que la limusina se alejó de la casa de su familia y comenzó a recorrer la carretera serpenteante que conducía hacia la autopista.

Entonces, se apartó de ella y el calor del momento desapareció, como si le hubieran echado un jarro de agua fría.

—¿A qué ha venido eso?

—No estaba de humor para responder preguntas. ¿Y tú?

—Eh… No. Supongo que no.

—Tendremos que inventarnos una historia antes de hablar con la prensa.

—De acuerdo. Tiene sentido.

—Tendremos que explicar por qué me he casado contigo y no con Rachel.

—¿Y la verdad no sirve? Que se ha dado cuenta de que está enamorada de otro hombre.

—No. No sirve —respondió él con actitud feroz—. ¿Para ti sería tan sencillo?

—Supongo que no. Pero, por favor, inventémonos una historia que no acabe con mi orgullo. Ya he tenido bastante con los medios de comunicación.

—Parece que ambos tenemos problemas de orgullo. No pretendo hacerte daño, Leah, pero nada de esto formaba parte de mi plan.

—Obviamente.

—Me imagino que tampoco formaba parte del tuyo.

—Bueno. Esta mañana estaba preparándome para la boda de mi hermana y ha resultado ser la mía. Y ahora estoy casada y en una limusina camino de… Ni siquiera sé de dónde. Tal vez me lo hayas dicho, pero lo he olvidado con todo este lío.

—A mi casa. No habíamos planeado irnos de luna de miel hasta que las cosas empezaran a asentarse en Holt.

—¿Vas a Nueva York?

—Aún no. Pero trabajaré aquí desde mi despacho para arreglar algunas cosas. Tu padre lo ha dejado todo bien organizado y el cambio está yendo bien, pero aun así…

—El negocio es lo primero. No tengo nada que ponerme —dijo ella—. Tengo este vestido. No tengo… bragas. No llevo desodorante. Mi maleta está en la casa.

—Haré que te envíen ropa nueva si quieres. Y tus cosas de Nueva York.

—¿Mis cosas de… qué?

—Vivirás aquí conmigo. Viajaremos a Nueva York, claro, pero allí nos alojaremos en mi ático, no en tu apartamento, o piso, o lo que sea que tengas.

—Es un apartamento muy bonito.

—Viviremos juntos. Al fin y al cabo, somos marido y mujer.

—Oh, sí. Claro. Lo somos.

—Pareces sorprendida.

—¿Acaso tú no lo estás?

—Es difícil sorprenderme, Leah, pero sí, un poco sí.

—¿De verdad quieres que viva contigo?

—Más bien lo necesito —respondió él—. No quiero arriesgarme a que esto no parezca real —apoyó el codo en el reposabrazos del coche y se llevó la mano a la frente. Era la primera muestra de que no estaba tan tranquilo como pretendía aparentar.

Permanecieron callados el resto del camino y, a medida que subían por la montaña, Leah fue sintiéndose furiosa. Era una furia que ayudaba a fortalecer su coraza.

La limusina recorría el camino hacia la casa de Ajax. Se dio cuenta de que nunca había estado allí. Él iba a las fiestas que hacía su familia en Rodas y visitaba el ático de su familia en Nueva York, pero ella jamás había ido a visitarle.

Divisó entonces unas puertas dobles, que se abrieron cuando la limusina se acercó. Al otro lado había una casa moderna con enormes ventanales. Detrás estaban las montañas; delante, el océano. Las flores rosas trepaban por los muros de la casa, la única nota tradicional de una villa griega.

El resto era todo nuevo. Se trataba de un diseño limpio y, sin duda, muy caro.

—Nunca había estado aquí —comentó ella.

—¿No? —preguntó él, extrañado.

—No. Nunca me has invitado. Bueno, tampoco es que pasemos mucho tiempo juntos. Parece que, en las fiestas, nos evitamos. Sí que

nos cruzamos dos o tres veces a lo largo de la velada, lo justo para decir: «me alegro de verte. ¿Qué tal el cóctel de gambas? ¿Delicioso? ¡Sí, delicioso!». Pero no, no pasamos tiempo juntos.

No era casualidad. Después de su desencuentro con él, había tenido que alejarlo. Necesitaba tiempo para levantar barreras más fuertes.

—Yo no celebro fiestas —contestó él con voz cómicamente seria.

—Entonces, misterio resuelto. Por eso nunca he estado aquí.

El coche se detuvo y ella salió, pues no quería esperar a que Ajax o el conductor le abrieran la puerta. Cuanto más avanzaba el día, más extraña se sentía con aquel vestido.

Cada vez que Ajax la había besado, la fantasía les había envuelto y había hecho que todo pareciera un sueño. Pero, ahora, de pie frente a su casa de cristal y acero, con la luz del sol bañándole la piel y la brisa procedente del mar colándose por debajo de la falda, todo parecía demasiado real.

—¿Podemos entrar? —preguntó—. Tengo mucho calor.

—No me extraña, con ese vestido —la guió hacia la casa, ella le siguió y se sintió aliviada al entrar en el frío recibidor de piedra.

—¿Ya te encuentras bien?

—Mejor, gracias.

—Con suerte, tus cosas estarán aquí dentro de poco. Supongo que es un poco incómodo.

Sus cosas. Porque tendría que vivir allí. Tendría que dejarlo todo por aquello. Por él. Porque Ajax deseaba que pareciese real.

—Bueno —murmuró con voz tensa—. ¿Vamos a consumar el matrimonio? —preguntó casi sin pensar.

—¿Qué?

—Dijiste que estabas ansioso por consumar el matrimonio y vas a hacer que me envíen mis cosas aquí. ¿Quieres que nos pongamos con eso?

—Creo que no —respondió él con el ceño fruncido—. Desde luego, no esta noche.

—¿Cómo va a ser el matrimonio exactamente? Y, si no es esta noche, ¿crees que ocurrirá en el futuro?

—Quería aparentar frente a la prensa, nada más. Según el acuerdo que hemos firmado, hemos de permanecer casados cinco años antes de sellar el trato, o la propiedad de la empresa irá a parar a...

—A Alex, ¿verdad?

—Teniendo en cuenta la salud de tu padre, y si Alex se queda todo ese tiempo con tu hermana, es probable. Eso significa que, pase lo que pase, este matrimonio no será fácil ni rápido. Incluso entonces... quizá lo mejor para nosotros sería hacerlo algo permanente. Sin embargo, tú acabas de subirte al barco. No voy a llevarte arriba para violarte.

—No me refería a...

—Has sido tú la que lo ha preguntado.

—Solo estaba dejando las cosas claras. Nos hemos casado y es cierto que has hecho un comentario sobre consumar el matrimonio —respondió ella.

—Entonces, ¿estás ofreciéndome también tu cuerpo? ¿Ahora mismo? ¿Aquí? Podría echar a mis empleados. ¿Quieres que te arranque el vestido y te posea contra la pared? Podría hacerlo, Leah. A algunas mujeres les gusta eso. O, si lo prefieres, podría llevarte arriba y convertirte en mi esposa a todos los efectos. Pero el caso es que lo haría porque estoy enfadado. Con ella. Pensaría en ella. Ella es la única mujer a la que he amado y me ha dejado el día de nuestra boda para irse con otro. Con alguien a quien odio. Si me acostara contigo, sería para devolvérsela. Soy un hombre, no lo olvides. No te haría sentir especial. Sí, podría poseerte. Pero la pregunta es, ¿desearías que lo hiciera?

Sus palabras no deberían hacerle daño, pero eran tan frías y duras que le llegaron directas al corazón.

—¿La querías? —le preguntó.

—La quiero —respondió él—. Los años de amor no se borran en un solo día. Por muy conveniente que pueda parecer.

—Supongo que no.

Aquello le hería el orgullo. Que admitiera con tanta naturalidad que no la deseaba. Y, al mismo tiempo, le miró a los ojos y supo que su orgullo también estaba herido. Se dio cuenta de que para él también era difícil.

—Entonces creo que me iré a mi habitación, ya que no te interesa consumarlo deprisa —murmuró ella con expresión neutra—. Buenas noches.

—Mañana pensaremos un plan.

—Estoy deseándolo.

Tal vez una noche de descanso le ayudara a entender lo que estaba haciendo. A entender qué le había sucedido.

Y qué iban a hacer al respecto.

Capítulo 3

Ajax se despertó sin resaca. Porque no había logrado ponerse a beber. Como había señalado Leah, él no bebía alcohol. Valoraba demasiado su autocontrol. El vicio era la perdición de un hombre.

La necesidad de alcohol, drogas o sexo era responsable de gran parte de la maldad del mundo. Algo que él había vivido en un momento de su vida. Algo que había presenciado con detalle. Algo que había hecho lo posible por destruir.

No permitía que el vicio le dominara. Ya no.

Que Rachel le hubiera abandonado no era razón para renunciar a eso. Pero sí que le hería el orgullo. No había imaginado que el orgullo pudiera ocupar un lugar tan importante en su vida, pero, al parecer, era así.

Bajó las escaleras vestido solo con unos pantalones negros. No tenía ganas de vestirse ni de enfrentarse a nada ni a nadie.

Entró en el comedor y vio a la única persona a la que no podía evitar enfrentarse. Estaba sentada en una silla con una taza de café en las manos y los ojos muy abiertos. Parecía una niña perdida, y él no tenía paciencia para lidiar con eso.

—Confío en que hayas dormido bien —dijo él.

—En lo más mínimo —respondió ella.

Llevaba el pelo recogido en un moño y una sudadera ancha de esas que hacían que los pechos se mezclaran con la cintura de una mujer y ocultaran cualquier curva que pudiera tener.

Aunque tampoco le importaba. Su cuerpo era la menor de sus preocupaciones.

—Si te molesta el colchón, puedo encargar uno nuevo.

—No creo que sea tanto el colchón como la idea de tener un marido de repente, pero podría estar equivocada. Tal vez la superficie fuese demasiado dura.

—Pareces un poco molesta esta mañana.

—¿De verdad?

Ajax se dio cuenta de que deseaba provocarla. Estaba buscando pelea y no entendía por qué. Nunca en su vida había intentado pelearse sin razón. Había crecido en un entorno muy inestable y había descubierto que la manera más rápida de morir joven era causar problemas.

—No eres la típica recién casada resplandeciente —comentó—.

Tienes muy mal aspecto, para ser sincero.

—¿Siempre eres tan imbécil?

Bien. Estaba enfadándose. Eso era lo que deseaba.

—Tal vez nunca hayas tenido la oportunidad de conocerme hasta ahora, aunque, para que lo sepas, estoy de mal humor esta mañana.

—¿Y por qué la tomas conmigo?

—Porque estás aquí, *agapi mu*. La afortunada esposa de repuesto.

—¿Con mi hermana serías igual de desagradable? En ese caso, entiendo por qué huyó de la boda.

—Si tu hermana estuviese aquí, me atrevería a decir que seguiríamos en la cama. Y yo estaría de mucho mejor humor.

Vio brillar algo en sus ojos color ámbar que no le gustó. ¿Dolor? Había ido demasiado lejos. Estaba diciendo cosas que ni siquiera estaba seguro de sentir solo para seguir enfadado. Estaba dejándose llevar por los sentimientos en vez de disiparlos.

No sabía lo que le haría sentir acostarse con Rachel. Solo con pensarlo se ponía tenso. Aunque eso era de esperar, teniendo en cuenta la naturaleza de su relación.

Pero, para él, el sexo con su esposa constituía solo la mitad del atractivo del matrimonio. Todo en la vida tenía su lugar. Y él llevaba mucho tiempo esperando a tenerlo todo donde debía estar.

Sin embargo, el plan se había torcido y ya no estaba seguro de su siguiente movimiento. Para un hombre al que le gustaba planear las cosas, aquello era desconcertante como mínimo.

—Lo siento —le dijo a Leah—. Eso ha sido muy grosero por mi parte. Estoy frustrado y no tiene nada que ver contigo.

—Claro que no. Nada de esto tiene que ver conmigo personalmente, ¿verdad?

—Me alegra que manejes tan bien la situación.

—No la manejo, Ajax. Ni de lejos. ¿Qué diablos quieres de mí? ¿Quieres que me quede aquí los próximos cinco años y que después me vaya y siga mi vida como si nada de esto hubiera ocurrido?

—Obviamente, eso no es posible.

—¿Obviamente?

—No te faltaría al respeto de esa forma.

—Oh, cielo, después de las cosas que me dijiste anoche, ¿me dices que no quieres faltarme al respeto?

—Estaba enfadado.

—Genial. Yo también lo estaba. Y lo estoy.

—Ya me he disculpado.

—Una disculpa no es la panacea. Es solo un vendaje. Ha servido para calmar mi resentimiento, pero no se ha curado la herida.

—Bueno, tal vez podamos dejar eso a un lado para poder averiguar qué es lo que tenemos que hacer.

—De acuerdo.

—Estamos casados y no tenemos otra opción. Además, tenemos que seguir así al menos cinco años.

—En efecto.

—Y yo tenía planeado entrar en tu familia. Mantener Holt dentro de tu familia. Deseo estar casado. Me gustaría tener hijos. Un matrimonio de verdad me parece bien.

—¿En serio?

—Sí. Quería tener una esposa. Ese siempre fue mi objetivo.

—¿Salvo que esa esposa era alta, rubia y se llamaba Rachel?

—Sí. Pero, a fin de cuentas, ¿qué más da?

—¿De verdad sientes eso? ¿Tan poco te importo? ¿Tan poco te importa ella?

—No eres tú, Leah. Tenía mi vida planificada desde el momento en que me marché de casa de mi padre. Tenía planeado ascender en la vida y lo hice. Quería empezar de cero mediante el trabajo duro. No dar jamás un paso atrás en el camino que me había fijado. Y lo he conseguido. Conocí a tu familia y tus padres me hicieron sentir uno más. Como si fuera un hijo. Y ahí estaba Rachel. Todo parecía encajar. Era perfecto. La primera vez que la vi, supe que era mi objetivo. Que sería mi esposa. Ella es la primera parte de mi plan que no ha encajado donde tenía que encajar.

—Sí, bueno, eso es porque se trata de una mujer, no de una empresa.

—Pero habría sido perfecto —dijo él.

—No, Ajax, no lo habría sido. Habría estado bien, pero no habría sido perfecto. Porque ella no es perfecta. Y, desde luego, tú tampoco.

—Pero tenía sentido —dijo él—. En mi cabeza... en mi cabeza, ella hacía que todo encajara.

—Te repito que no es una empresa y tampoco es un ideal.

—Eso ya lo sé.

—Pues no lo parece. Hablas como si casarte con ella fuese tu objetivo en la vida y después... después ¿qué? ¿Sería perfecto sin más? ¿Tu vida sería perfecta de pronto?

—No puedo... es difícil... He trabajado muy duro durante toda mi vida, Leah. Llegué a casa de tu familia y tus padres me trataron más como a un hijo que como a un empleado. Me acogieron y me dieron un propósito. Tu padre me encaminó por aquí. Me enseñó a ser un hombre, a ser fuerte. Él me dio objetivos. Me envió a estudiar. He estado recorriendo el camino que él me marcó, incansablemente, sin apartar la mirada de mi meta, del final.

—El final en el que seguirías con la empresa familiar. En el que formarías parte de nuestra familia.

—Llevo mucho tiempo caminando.

—¿Y, entonces, llegas al final y te paras?

—Entonces, tal vez, podría dejar de trabajar tan duramente para controlarlo todo, porque habría llegado a un punto más estable —respondió él—. Todo estaría en su sitio.

Porque ahora no lo estaba. Había ganado dinero, había obtenido poder y contactos. Había utilizado todos sus recursos para acabar con la red de tráfico de drogas y de personas de su padre. Pero todavía no podía detenerse. No sentía que pudiera dejar de trabajar. De intentar distanciarse de su pasado.

De todo lo que había hecho.

—¿Por qué tienes que aferrarte al control de esa forma, Ajax? —preguntó ella con la mirada llena de... empatía. Compasión. Si supiera con quién estaba hablando, si supiera la bestia que habitaba en su interior, no le miraría de esa forma.

—No es nada —respondió él mientras daba vueltas de un lado a otro—. Esto no es nada. Aún puede arreglarse.

Leah se quedó mirándolo y advirtió la tensión en su mandíbula y en el resto de su cuerpo. Estaba incómodo y probablemente le hubieran roto el corazón.

Decía que amaba a Rachel. Pero, por primera vez, se preguntó si habría llegado a conocerla realmente o si su hermana habría sido solo un símbolo para él.

—Tengo un plan, Leah.

—Oh, bien —dijo ella cruzándose de brazos—. Oigámoslo.

Ajax dejó de moverse y se llevó las manos a la espalda.

—Primero, debe parecer que estamos unidos. Voy a hacerme cargo de una gran empresa y a cambiar algunas cosas. Tenemos que mostrar fortaleza. No quiero parecer débil. Y tampoco quiero que parezca que me han impuesto esta situación.

—El orgullo es algo maravilloso. Al menos a mí me lo parece. No sé si me queda algo.

—A mí tampoco me queda mucho. Y, en cuanto el tiempo me lo permita, me esforzaré por lograr la producción a gran escala de los productos de tu negocio.

Leah ignoró el vuelco que le dio el corazón y se quedó mirándose las uñas.

—¿Es el pago de los servicios prestados?

Ajax palideció y, por un momento, pareció haberse ofendido.

—Este no es ese tipo de acuerdo. Eres mi esposa. No una mujer que yo haya comprado.

—¿Y durante cuánto tiempo seré tu esposa? —eso era lo que quedaba por decidir. ¿Sería su esposa solo sobre el papel?

—He jurado unos votos —respondió él—. Pienso cumplirlos. ¿Y tú?

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. ¿De qué serviría divorciarnos cuando esta unión podría beneficiarnos a ambos?

—No estamos teniendo en cuenta el amor.

—No me pareces el tipo de mujer romántica.

Tenía razón. Aunque no siempre había sido así. Su optimismo había empezado a evaporarse el día que vio a Rachel con Ajax.

—No lo soy especialmente, pero ¿qué saco yo de todo esto, Ajax? Además de un marido resentido que pensará en otras mujeres si hacemos el amor.

Ajax la miró y algo cambió en sus ojos, como una chispa en sus profundidades. Una chispa que encendió una hoguera en su vientre. Una chispa que le recordó lo fuerte que era su atracción hacia él.

—¿Qué saco yo? —repitió.

—¿Qué es lo que deseas?

Como ambos habían señalado, su orgullo estaba destruido. ¿Por qué aferrarse a él? Leah no iba a quedarse parada y enfadada por no tener lo que deseaba solo porque no lo había pedido. Iba a poner sus propias condiciones. Si Ajax quería un matrimonio, ella se lo daría.

No necesitaba amor. ¿Y el sexo con Ajax? Bueno, al fin y al cabo, se sentía atraída por él. Y, francamente, estaba harta de ser virgen.

—Si vamos a seguir casados, entonces deseo un matrimonio. Te deseo en mi cama todas las noches, nunca con otra mujer. Deseo que me apoyes personal y profesionalmente. No viviré mi vida a medias solo por una decisión precipitada.

—Naturalmente —contestó él—. Yo deseo tener hijos, como ya te he dicho. Siempre ha formado parte de mi plan. ¿Y tú?

Ella no lo había pensado mucho, porque el matrimonio le había parecido algo lejano. Pero una parte de ella siempre había dado por hecho que algún día sería madre.

—Sí quiero tenerlos —respondió.

—Y, dado que eres mi esposa, acostarme contigo me parece lógico. ¿Qué sentido tendría buscar sexo en otra parte?

—Me alivia que pienses así. Supongo que es lo mejor para nuestra salud, nuestro bienestar y nuestra imagen pública.

—Sin embargo, sigo diciendo lo mismo que al principio. Tendremos que elaborar los detalles de nuestra relación cuando todo esto se haga público. Cuando asistamos a eventos como recién casados, sería mejor que nuestra relación personal fuese lo más simple posible. No quiero que Christofides piense que existe alguna debilidad que pueda aprovechar. No quiero que se vea desesperado e intente seducirte.

—¿A mí?

—Puede que lo haga si se da cuenta de que con Rachel no podrá destruir mis objetivos.

—Oh, seducida como venganza por un matrimonio que es solo

cuestión de negocios. Qué chica tan afortunada soy.

—Es la realidad, Leah. No lo digo para ofenderte.

—Claro que no.

—Además, necesitas tiempo para acostumbrarte.

—¿Tiempo para acostumbrarme? ¿Qué quieres decir?

—Ayer ibas a ser mi cuñada. Hoy eres mi esposa. Dudo que estés preparada para el cambio. A pesar de que he dicho que no eres mi prisionera, y aunque sé que te has metido en esto por voluntad propia, fue un momento muy intenso y había muchas razones por las que nuestro matrimonio tenía sentido en términos empresariales. Pero el hecho de que todo eso tuviera sentido no significa que tú y yo tengamos sentido como pareja. Obviamente, necesitarás tiempo antes de estar lista para consumarlo.

—¿Tiempo?

—Obviamente.

—No tienes ni idea de lo que deseo ni de si estoy preparada. No te atrevas a pensar que puedes decírmelo. El sexo me parece bien. La idea de que nos acostemos me parece bien. No accedí a casarme contigo sin pensar. Sé lo que significa estar casados.

—Eres joven, Leah. Ingenua. No me aprovecharé de eso. Todos necesitamos tiempo para ajustarnos a la nueva situación.

—Yo no necesito tiempo, Ajax. Podrías poseerme sobre esta mesa ahora mismo si quisieras. Piensa en mi hermana. Piensa en Inglaterra, no me importa. Sé lo que deseo. He dicho exactamente lo que deseo. Te deseo a ti.

Las palabras quedaron suspendidas en el silencio de la habitación. Lo había admitido. Había confesado que lo deseaba. Que quería acostarse con él. Eso le hizo sentirse más fuerte.

—El caso es —dijo él— que yo no te deseo a ti. Para mí eres una niña. Te miro y veo a una cría. No veo a una mujer.

Aquellas palabras no le dolieron tanto como podrían haberlo hecho, porque se daba cuenta de que se debían al dolor que sentía. No a ella.

—Tengo veintitrés años. No soy una niña.

—No... no he tenido tiempo para acostumbrarme al nuevo plan.

—Y el plan lo es todo, ¿verdad? —era algo que había aprendido de él en las últimas veinticuatro horas.

—Sí, Leah. El plan lo es todo —admitió él—. ¿Cómo vives tu vida sin un plan?

—Sigue a tu corazón. A tus pasiones...

—La pasión es el elemento más destructivo de la vida.

—¿No sientes pasión?

—La niego.

—¿Ni siquiera por Rachel?

—Por nada ni por nadie.

—Pensé que la amabas.

—¿Qué tiene eso que ver con la pasión? —preguntó Ajax.

—Todo.

—En eso te equivocas, Leah. La pasión es egoísmo. La pasión es satisfacerse a uno mismo. Y ese camino... ese camino puede volverse muy oscuro.

Entonces, Ajax se dio la vuelta, salió de la habitación y la última pizca de fantasía se evaporó ante sus ojos.

A Leah no le quedó nada más que la cruda realidad y la certeza de que el hombre al que creía conocer no era más que un desconocido.

Capítulo 4

Ajax necesitaba un nuevo plan. Pensándolo bien, el plan no había salido tan mal. Seguía casado con una heredera Holt y seguía en posesión de Empresas Holt. Tenía una esposa, aunque no la esposa que había deseado, pero de esa esposa obtendría los hijos que necesitaba para seguir con su legado. Un legado del que tenía razones para sentirse orgulloso. En teoría.

En cuanto a Rachel, sus sentimientos hacia ella no eran esenciales para el plan. El amor, por agradable que hubiera resultado la idea, no era esencial tampoco.

En cuanto al sexo, había pensado en Rachel durante tanto tiempo que era difícil trasladar ese deseo a Leah. Leah, que era diez años más joven que él. Leah, que era tan suave. O al menos lo había sido. Antes conectaba con él como nadie más podía hacerlo. Pero ¿desearla? Eso podía esperar hasta que se hiciera a la idea.

Para algunos, el sexo era una necesidad básica como comer y beber.

Él no estaba de acuerdo. Había pasado muchos años sin sexo. Igual que había pasado sin alcohol. Valoraba el control por encima de todas las cosas, y había borrado de su mente cualquier cosa que pudiera distraerle. Aun así, no podía mentir. Había estado esperando con ansia esa parte del matrimonio.

Leah era su esposa. Su esposa de verdad, según el nuevo plan que habían desarrollado esa mañana.

Se lo repetía una y otra vez, intentando que fuese real. Intentando incorporarlo a su visión de futuro. Intentando entender dónde encajaría ella en su objetivo final.

Aquella noche se celebraba un acto caritativo a favor de una de sus organizaciones benéficas, y eso significaba que los asuntos personales tendrían que esperar.

Encontró a Leah en el estudio, con el portátil en su regazo. Se había cambiado la sudadera por una camiseta de manga corta y unos pantalones de yoga. Tenía un boli en la boca mientras tecleaba y, frente a ella, cuatro bolsas de caramelos con el logo de Las Piruletas de Leah.

—Veo que han llegado tus cosas.

Leah dejó de escribir, levantó la mirada y se quitó el boli de la boca.

—Sí, y tenía algunos asuntos de los que ocuparme.

—¿Una emergencia de chocolate?

—Te sorprendería. Cosas del control de calidad. He tenido que comprar algunas bolsas de mis productos al azar para hacer una prueba no oficial. No he encontrado ningún problema, pero creo que algunos de mis caramelos han llegado deformados a las tiendas. No me hace ninguna gracia. Ya sabes que Holt es mi fabricante. Les pago y es todo limpio, no una cuestión de nepotismo.
—Así que, además de que Holt tenga acciones de tu negocio, tú eres clienta suya.
—Así es.
—Pero ahora estás casada con el dueño. Supongo que eso significa que las acciones vuelven a ti en cierto modo. Ahora posees una mayor parte del negocio.
—Es una de las ventajas. Una de las pocas.
—Tal vez sean pocas en esta situación concreta, pero, en general, me parece que has tenido muchas. Siempre dijiste que querías tener esto. Siempre me contabas tus ideas para la tienda. Rosa, decías. Sería rosa. Ahora hay un color al que llaman rosa Leah, ¿no es verdad?
—¿Cómo sabes eso?
—He leído sobre tu trabajo —cada vez que veía un artículo sobre ella en la red, lo leía. Y a veces la buscaba en Internet para ver cómo le iban las cosas. Lo hacía porque era agradable saberlo. Porque era la hermana de Rachel. Era lo lógico.
—Ah, vaya —dijo ella antes de mirar de nuevo a la pantalla—. Perdona, ¿querías algo?
—Se me olvidó mencionar que esta noche hay un acto benéfico al que Rachel y yo pensábamos ir. Dadas las circunstancias que han rodeado a nuestra boda, estoy seguro de que habrá prensa y estarán todos esperando una historia.
—¿Quieres decir que tenemos que ir?
—Sí. Si no vamos, empezarán a especular. No pienso darles eso. No le daré ese gusto a Christofides.
De pronto, Leah se llevó una mano a la frente.
—Oh, vaya.
—Sí. ¿Tienes un vestido?
—Tengo varios. Es una mala costumbre que tengo. Comprarme vestidos que no tengo ocasión para ponerme. No me juzgues. Todos necesitamos un hobby.
—Bueno, en ese caso, creo que nos beneficia a ambos.
—Supongo.
Ajax se quedó mirándola y vio que ella no le miraba a él. No realmente. No como solía hacerlo. Normalmente, cuando la miraba, veía a la chica de ojos brillantes.
Ahora tenía otro aspecto. No brillaba. Parecía algo cansada. Nunca antes la había visto cansada. Leah era una mujer con mucha energía.

—Tendrás que estar lista a las seis.

—De acuerdo —contestó ella sin apartar la mirada del ordenador.

—Y tendrá que parecer que no tienes ganas de clavar mi cabeza en una estaca.

—No te lo garantizo, cariño —dijo Leah con ironía.

—Se supone que estamos recién casados.

—Y lo estamos. El matrimonio es difícil. Las primeras doce horas son las más difíciles —continuó tecleando sin mirarle.

—Eso parece. Pero debemos intentar que parezca real.

—Es real. Como bien dijiste, firmé una licencia y juré los votos. Es muy real.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Al amor —contestó ella, y, en esa ocasión, sí le miró—. Quieres que parezca que hay amor. Quieres que te mire embobada para que nadie dude de mi felicidad ni del tamaño de tu pene. Lo entiendo.

Ajax sintió una presión en la garganta y calor en la cara.

—Normalmente no hablas así.

—Tal vez sí, Ajax. ¿Cómo lo sabes? ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos una conversación de verdad? ¿Hace seis años? No nos conocemos. No pensé que fueras tan imbécil como has demostrado ser esta mañana, pero, oye, he aprendido algo nuevo. Y tú crees que soy una cría, pero te equivocas. Estamos aprendiendo cosas nuevas. ¿Qué te parece?

—Me parece que tienes una rabieta porque estás enfadada conmigo.

—Las rabietas las tienen las niñas pequeñas. Yo soy una mujer y estoy de mal humor.

—Entonces, ¿es eso? No estoy acostumbrado a tratar con las mujeres y sus humores.

—¿Y eso por qué?

—Porque no estoy acostumbrado a vivir con una mujer. Cuando una mujer está de mal humor, puedo evitarla.

—Oh, qué encantador. Solo tratas con ellas cuando se muestran cariñosas contigo.

—No es eso. No pretendía ofenderte. Solo estaba haciendo una observación.

—Mira, entiendo que lo de esta noche es importante. Yo tampoco quiero fastidiarla. La prensa ya ha empezado a llamarme la novia de repuesto y no me gusta ese apodo, así que me parece bien que la gente piense que estamos teniendo una aventura apasionada.

—Ese es parte del plan. Mi plan.

—¿El nuevo plan?

—Necesitábamos uno.

—Todos pensarán que hemos traicionado a Rachel.

—¿De verdad?

—Teniendo en cuenta que sustituiste a la novia dos horas antes de la boda, o ella te traicionó a ti o tú a ella.

—No hay por qué hablar de traición. ¿Y si nos hemos dado cuenta de que estábamos realmente enamorados y de que Rachel y yo íbamos a casarnos solo por conveniencia?

Leah sentía como si estuviera atravesándole el corazón lentamente con una daga. Y no entendía por qué le dolía.

No tenía que ver con Ajax, sino con el hecho de ser la segunda después de Rachel. Todos los chicos con los que había salido se habían quedado embobados al ver a Rachel. Y Ajax la había preferido a ella también.

—¿Crees que la gente se lo tragará?

—¿Por qué no? —preguntó él encogiéndose de hombros.

—¿Y qué hay de lo que pueda decir Rachel?

—Es Christofides quien me preocupa. ¿Qué le habrá contado? ¿O qué le contará?

—Ah, sí. Es verdad. El novio maligno del demonio.

—Tal vez uno de los dos debería…

—Yo —dijo ella. La idea de que Ajax llamase a Rachel era demasiado—. Yo lo haré —cerró el portátil, se puso en pie y se metió el ordenador debajo del brazo—. Y después iré a prepararme para esta noche.

—De acuerdo.

—Fantástico.

—Dile… Dile «hola» de mi parte.

Leah agarró el portátil con fuerza e intentó ignorar la tristeza que invadió su cuerpo. Tristeza por él. Por ella.

—Lo haré.

Cerró la puerta de su nueva habitación y agarró su móvil, que estaba sobre la mesilla. Abrió el mensaje que su hermana le había enviado el día anterior y respondió.

¿Estás bien?

Dio vueltas de un lado a otro con el teléfono en la mano y, cuando este vibró, dio un respingo antes de mirar la pantalla.

Estoy bien. ¿Jax está bien?

El nombre con el que su hermana llamaba a Ajax siempre le había molestado un poco. Tal vez porque le recordaba lo especial de su relación.

Está bien. Se ha casado conmigo, x cierto.

Pulsó Enviar y esperó. La respuesta de su hermana no se hizo esperar.

Dios mío. Acabo de verlo en Google.

Leah esperó, pero no hubo nada más, así que escribió un nuevo mensaje.

¿Eres feliz? No querías a Ajax, ¿verdad?

El teléfono vibró.

No de ese modo. No como hay que querer para casarse con alguien.

¿Quieres a Alex?

En ese caso, la respuesta de su hermana tardó más que las anteriores.

Necesito estar con Alex.

No hubo declaración de amor ni de felicidad.

¿De verdad estás bien?

Soy más dura de lo que piensas.

Si alguien pregunta... Leah dejó de escribir y pensó durante unos segundos antes de continuar... *di que Ajax y tú ibais a casaros por la empresa. Di que nosotros nos enamoramos y dejaste que nos casáramos.*

¿Por qué?

Leah resopló con exasperación.

Por su orgullo.

Dile que lo siento. A la prensa y a los curiosos les diré lo que queráis. Yo tengo mis propios problemas.

Se lo diré. Y dice que «hola». Envió el mensaje antes de poder borrar la última parte. Casi deseaba hacerlo. Casi deseaba ocultar esa parte de vulnerabilidad en él.

Gracias. No sé cuándo volveré. Tengo que ocuparme de algunas cosas. Te quiero.

Yo también, respondió Leah con un suspiro.

Tiró el móvil sobre la cama y soltó un gruñido. Advirtió que su hermana no le había devuelto el saludo a Ajax, lo cual le molestaba por alguna razón.

Pero eso no importaba en aquel momento. Tenía un vestido que elegir. Tenía que ponerse la máscara porque, fuera cual fuera la historia, seguiría siendo la esposa de repuesto de Ajax Kouros.

Porque iba a ser otra vez como en el instituto. En vez de *¿A quién le queda mejor?*, el titular sería *¿Quién queda mejor del brazo de Ajax?*

Estaba harta de aquello.

Si de ella dependía, sería la despampanante esposa de repuesto de Ajax Kouros, ajena a los flashes y a las comparaciones. Esperaba que sus defensas lo resistieran.

Capítulo 5

La mujer que bajó las escaleras aquella noche no se parecía en nada a la mujer que había visto sentada en el sofá del estudio.

Se había arreglado el pelo, llevaba los ojos pintados y el maquillaje oscuro realzaba su brillo. Y, al contrario que la camiseta y los pantalones de chándal, aquel vestido negro no disimulaba sus curvas. Aquel modelo de inspiración griega con un solo tirante se ajustaba a su cuerpo y no dejaba ver su piel, sino que hacía adivinar la figura que se escondía debajo.

Llevaba los labios pintados de rojo cereza, el detalle perfecto para un look arrebatador. Estaba desempeñando bien su papel. Parecía una mujer enamorada, una mujer que intentaba gustar a su marido.

Pero no era su ropa lo único que había cambiado. Era también su manera de mirarle. O, más bien, su manera de no mirarle. Tenía la barbilla levantada y una expresión fría. Leah Holt siempre le había mirado con un brillo especial en los ojos. Nadie le había mirado así. Nadie le había sonreído como ella, con cariño y afecto. Nadie le había dejado dulces en su mesa sin ningún motivo.

En algún punto había perdido eso. Y hasta ese preciso instante no lo había echado de menos.

—Estás preciosa —le dijo. Y era cierto. Se dio cuenta de ello mientras lo decía. Siempre había levantado un muro en lo referente a Leah. Era demasiado joven para que pudiera verla de otro modo.

—Entonces, vámonos —contestó ella con una sonrisa falsa mientras le ofrecía el brazo.

Él aceptó el brazo y la condujo fuera, donde les esperaba el coche.

Leah se apoyó en él mientras caminaba y, por un segundo, Ajax no pudo apartar la mirada del contorno de sus pechos. Sintió un fuerte calor recorriendo su cuerpo. No se parecía a nada de lo que hubiera sentido en años. Nada que se hubiera permitido sentir.

Nada que hubiera sentido desde que era un crío. Rodeado por todas las mujeres que pudiera tener. Sin nadie que le dijera que no. Hasta que...

Dejó escapar el aliento que estaba aguantando y decidió no pensar en eso. No miraría a Leah de ese modo.

Apretó los dientes y se apartó de ella para abrirle la puerta antes de ponerse tras el volante.

Podrían haber sido una pareja que llevara casada años. Recorrieron

el camino en un silencio cómodo. Leah tenía los ojos puestos en su teléfono mientras él miraba la carretera y disfrutaba del modo en que su coche tomaba las curvas.

Era uno de sus caprichos. Los coches. Le gustaban los coches. Mientras conducía, podía dejar la mente en blanco. Podía olvidarse de su plan y simplemente ver lo que tenía delante.

Se sentía casi relajado cuando se detuvieron frente al hotel en el que se celebraba el evento. Aquello podía funcionar.

Pero, cuando salió del coche y se dirigió a abrirle la puerta, cuando los flashes empezaron a saltar, cuando le dio la mano para ayudarla a salir y vio la frialdad en sus ojos, aquella relajación comenzó a evaporarse.

Los flashes de las cámaras revelaban la ausencia de su mirada. Y al día siguiente todos lo verían. Tendrían que estar ciegos para no verlo.

—¿Estás preparado, querido? —preguntó ella con voz tensa y una sonrisa forzada.

—Preparado, *agapi mu* —le pasó un brazo por la cintura y la pegó a su cuerpo. El día anterior la había abrazado y besado, pero entonces solo quería marcharse de la boda antes de que empezaran las preguntas, y no se había parado a pensar en lo agradables que resultaban esos labios o las curvas de su cuerpo.

De pronto, era lo único en lo que podía pensar.

Se suponía que el matrimonio debía hacer que todo fuera más fácil, pero, hasta el momento, estaba complicándolo todo más. Le hacía sentir que estaba retrocediendo. Regresando al lugar en el que había empezado. Volviendo a ser el hombre que había sido antes.

Volviendo al infierno.

Cerró los ojos por un momento y bloqueó los recuerdos.

Deslizó los dedos suavemente por su cintura mientras entraban en el hotel. Estaba acostumbrado a ir a sitios así con Rachel, con el brazo alrededor de su cintura. Pero Leah era diferente. Sus caderas eran más anchas que las de su hermana.

Era una observación, nada más. Y aun así le resultaba interesante. Bajó la mano ligeramente y acarició la curva de su cadera. Sí, muy interesante.

—¿Es necesario que hagas eso? —preguntó ella.

—¿Hacer qué?

—Tocarme así.

—Eres mi esposa. Y, si no recuerdo mal, ayer me dijiste que me querías en tu cama. Todas las noches. Teniendo eso en cuenta, no creo que suponga un problema que te toque.

—Creí que no íbamos a preocuparnos por nuestra relación personal hasta que no hubiéramos controlado nuestra relación pública.

—Esta es nuestra relación pública, *agape.*

—Perdón —dijo ella—. Me parecía que estábamos en terreno personal.

—¿Y eso te inquieta? —a él sí le inquietaba. Aquel cambio radical en su apariencia le inquietaba.

—Sí. No. No lo sé.

—¿Estás dispuesta a acostarte conmigo, pero te incomodan las cuestiones personales?

—¿Quieres dejar el tema? —susurró ella—. No se trata de nuestra vida privada. Esta es nuestra vida pública, ¿no?

—A no ser que nuestra vida privada empiece a afectar a nuestra vida pública. Y ese era el motivo de dejarla tal y como está por el momento.

—No sé, no me parece muy buena idea. No creo que nuestra vida privada sea tan buena.

—Yo no sé si tenemos vida privada.

Sintió que Leah se tensaba bajo su brazo.

—No. No me extraña que pienses así —murmuró—. Al fin y al cabo, nunca he estado en tu casa. Mientras que, prácticamente, tú creciste viviendo en la mía.

—En la de tu padre.

—¿Cuántas fiestas de Navidad se han celebrado en mi ático de Nueva York en las que tú estuvieras presente?

—Unas cuantas —respondió él.

—Sí, y, sin embargo, yo no había estado en tu casa hasta ayer. Así que es normal que creas que no tenemos una relación personal. Supongo que soy yo la que lo pensaba. La que pensaba que al menos nos respetábamos. No volveré a ser tan estúpida —agarró una copa de champán de la bandeja de un camarero y dio un par de tragos.

Dos empresarios les pararon y empezaron a hablar de la nueva adquisición de Holt con el entusiasmo que solo los que estaban en ese mundo podrían mostrar.

En otras circunstancias, Leah habría participado en la conversación. Le interesaban los negocios y, más concretamente, le interesaba Holt. Sin embargo, en aquel momento, lo único que podía hacer era asentir con la cabeza y beber champán.

Conocía el juego, sabía cómo ponerse la armadura, pero estando con él las cosas no parecían tan fáciles. Empezaban a resurgir viejos sentimientos gracias a la cercanía. Y no deseaba eso.

«Te deseo. En mi cama, todas las noches».

Sí, en efecto, le había dicho eso.

Siguió sonriendo. ¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿Por qué empezaba a derrumbarse en aquel momento? Del brazo de Ajax y rodeada de gente.

Tomó aire y aguantó la respiración. Estaba bien. Estaría bien. Había

pasado toda su vida demostrando su valía. No había sido buena estudiante, pero había logrado brillar en los negocios.

Y no lo había logrado siendo dulce y cariñosa, ni dejando dulces en las mesas de la gente. Había cambiado. Había aprendido a protegerse. Y seguiría haciéndolo.

Pero se acostaría con él. Porque lo deseaba. Porque debía de haber alguna ventaja en el hecho de estar atrapada en un matrimonio con él y, si el acceso a su cuerpo era la ventaja, estaría encantada de aprovecharla.

No tenía nada que ver con los sentimientos. No tenía que ver con el dolor que se había instalado en su pecho desde el día antes de la boda.

El sexo no le dolería. Sería agradable. Al menos, eso imaginaba.

Los dos empresarios, que habían seguido hablando mientras ella bebía y sonreía, ya habían terminado y se alejaban de ellos. Leah estaba bastante segura de haberse olvidado de despedirse, pero estaba demasiado perdida en sus pensamientos.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Seguimos hablando? ¿Sonreímos a las cámaras? ¿Bailamos para todos nuestros admiradores?

—Yo no bailo —contestó él estirando los hombros.

Solo mirarle le hacía daño. Era el epítome de la belleza masculina con aquel esmoquin. Aun así, por muy contenido que estuviera, había algo oscuro en él. Algo congelado en un bloque de hielo. Solo haría falta un poco de calor y...

—Deberíamos bailar —insistió ella con la barbilla levantada.

—Ya te he dicho que yo no...

—Pero yo sí. Y ya me privaste de un baile en nuestra boda porque estabas ansioso por estar conmigo a solas. No le negarás a tu esposa su primer baile con su marido, ¿verdad?

No sabía qué era, pero había algo que le hacía seguir insistiendo. Tal vez fuera el hecho de que Ajax actuaba como si él fuese el damnificado. Como si aquello no fuese importante para ella. Como si fuese normal rechazarla delante de toda esa gente. Dio un paso hacia él y le colocó una mano en el pecho.

—Baila conmigo —le susurró.

Ajax le agarró la muñeca con una mirada curiosa. Agachó la cabeza sin dejar de mirarla, se llevó su brazo a los labios y le dio un beso en la cara interna de la muñeca.

Aquello le produjo un escalofrío que le llegó al corazón, que le dio un vuelco como respuesta.

—Creo que sería mejor que espere a estar en privado antes de agarrarte así —murmuró él—. No confío en mí en lo que a ti respecta.

Leah comenzó a temblar por dentro. Respirar le costaba cada vez más trabajo.

—De acuerdo —respondió con un susurro—. Pero más te vale que

merezca la pena la espera. No hagas promesas que no puedes cumplir.

—Nunca, *agape*. Nunca.

La velada continuó con más charlas insustanciales, más champán y más caricias que fueron minando su determinación poco a poco.

Para cuando regresaban a la villa, Leah estaba agotada física y emocionalmente. No sabía cómo iba a poder soportar aquel matrimonio. Llevaba solo dos días y creía haber envejecido diez años.

Resultaba agotador tener que aferrarse constantemente a su armadura. Con los años, se había convertido en una segunda piel, fácil de llevar. Pero ahora parecía que se aferraba a ella para no morir.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el asiento mientras Ajax conducía. Intentó respirar con normalidad. Lo intentó durante todo el camino de vuelta. Lo intentó mientras aparcaba frente a la casa. Lo intentó mientras entraban, sin tocarse.

La casa estaba a oscuras. Se había fijado en que Ajax tenía el menor número de empleados posible, y todos se marchaban al finalizar el día. Las cenas las llevaban a domicilio. Ajax parecía aislarse todo lo posible, y no por casualidad.

Se volvió hacia él, y el fuego que había estado recorriendo sus venas toda la noche comenzó a avivarse de nuevo. La rabia avivaba la llama.

Apretó los puños mientras se dirigían hacia las escaleras para irse cada uno a su habitación. Pero entonces se detuvo.

—Ajax —dijo.

Él se detuvo y la miró, y entonces el resto del mundo desapareció. No había tiempo para pensar, para dudar o preocuparse. Ya no se trataba del deseo. Era más bien una necesidad. La necesidad de recuperar parte del control. De hacerle reaccionar.

De hacerle desear como ella deseaba. Porque no podía soportar que él pareciese tan frío, tan distante.

Dio un paso hacia él, colocó las manos en sus hombros, le acorraló contra la pared y se puso de puntillas para darle un beso en los labios.

Ajax se quedó quieto durante unos segundos, pero después emitió un gruñido feroz y le rodeó la cintura con el brazo.

No era fácil sorprender a Ajax Kouros, y aun así se había sorprendido más de una vez en los últimos dos días. Primero por su novia a la fuga, después por su novia de sustitución y ahora por el beso que esta estaba dándole.

Un beso que parecía incluir todo su cuerpo. Quizá más que eso. No solo la piel y la carne, sino también su alma.

No se parecía a nada de lo que hubiera experimentado antes. No sabía a alcohol o a lujuria. Era pura pasión. Y durante unos segundos solo se concentró en el calor, en el sabor de sus labios, en la suavidad de sus pechos contra su torso. Y en la intensidad que parecía avivar cada movimiento.

La mantuvo pegada a él, sintiendo cada centímetro de su cuerpo. Después levantó la otra mano y enredó los dedos en su pelo, porque le parecía lo más lógico.

Era como seda entre sus dedos, enredándose en su mano. Le agarró un mechón y la sujetó para que siguiera besándole. Para que no pudiera apartarse.

Aquello era nuevo. Estaba saboreando a una mujer como nunca antes.

El sexo, si se hacía mal, no era más que otro vicio. Un vicio que él no contemplaba. Ya no.

Pero aquello... aquello era el trago de whisky que no se había tomado el día de su boda. Aquello era todas las copas de alcohol, todas las invitaciones a una habitación de hotel, todas las rayas de cocaína que había rechazado en su vida.

A lo largo de su vida, había tenido todos los pecados frente a él. Y en otra época se había dejado tentar por ellos. Pero, llegado un punto, había decidido darles la espalda. No porque fuera un santo, sino porque en su interior habitaba la más oscura de las tendencias. La adicción. El exceso.

Así que lo rechazaba, porque sabía que aquel era el camino al infierno y, aunque había comenzado su vida en ese camino, había hecho un gran esfuerzo por encontrar un nuevo camino.

Pero, en aquel momento, no tenía limitaciones. Gracias a Leah.

Ella abrió la boca y él deslizó la lengua en su interior. Después, porque le parecía correcto hacerlo, porque deseaba hacerlo, le mordisqueó el labio inferior.

El sonido que hizo Leah no fue de dolor, sino de placer, y aquello le dio más ganas. Le consumía un deseo nuevo, el deseo de saborearla.

Sin soltarla, invirtió sus posiciones. La puso a ella contra la pared y le agarró la melena con ambas manos. Ella deslizaba las manos por todo su cuerpo. Tiró de él con fuerza hasta que su erección presionó contra su vientre.

Ajax se dejaba llevar sin más por el beso. Estaba ahogándose en él. Se sentía sobrepasado.

—Ajax —susurró ella con el aliento en su mejilla.

Leah. Tenía a Leah contra una pared. Leah, que había accedido a casarse con él solo para salvar su negocio.

Leah, su esposa. Sí, tendría una relación íntima con ella. En algún momento. Pero, cuando lo hiciera, sería con sus condiciones. Y no mientras temblase como un adicto al que le hubieran negado su dosis.

Se apartó de ella y se quedó mirando sus labios, hinchados y rojos, pero no por el pintalabios, sino por el beso. Deseó acariciar esos labios carnosos con el pulgar y después con la lengua. Volver a besarla.

En su lugar, dejó caer las manos y apretó los puños para disimular

el temblor.

—Creo que ya es suficiente por esta noche —le dijo mientras se dirigía hacia las escaleras.

—¿Eso crees? —preguntó Leah—. Porque yo creo que ha sido solo el principio.

—Ya te lo haré saber cuando esté preparado para empezar contigo, Leah —respondió él—. Y, cuando lo haga, será mejor que estés segura, porque entonces ya no habrá manera de pararlo.

Si se dejaba llevar, si daba rienda suelta a aquel sentimiento que rugía en su interior, sabía que no podría parar.

Los recuerdos cruzaron su mente. Las manos de otras mujeres sobre su cuerpo. Besos ensayados. Y una niña llorando en la cama, como si un monstruo la persiguiera.

Tenía que parar. Tenía que recuperar el control.

De lo contrario, se convertiría en su esclavo.

Capítulo 6

Ajax maldijo a los medios de comunicación a la mañana siguiente. De no haber sido por ellos, podría haber escapado de su esposa durante un tiempo, dado que tenía negocios que requerían su presencia en las oficinas centrales de Nueva York.

Pero los medios se lo impidieron.

Aunque en realidad no fueron solo los medios. Los empleados de la empresa habrían echado de menos a Leah si se presentaba allí sin ella, teniendo en cuenta que acababa de casarse con la heredera.

Sí, estaba atrapado.

Necesitaba distancia para recuperar el control sobre sí mismo.

Entró en el estudio y encontró a Leah sentada en el sofá frente al portátil y un regaliz rojo colgando de sus labios.

Aquella combinación de elementos le hizo recordar la noche anterior. Dulce. Rojo. Labios.

El beso.

—Tenemos que ir a Nueva York —le dijo con más brusquedad de la que pretendía.

Ella arqueó las cejas, terminó de meterse el regaliz en la boca y masticó antes de hablar.

—¿Ah, sí?

—Sí. Parece que tus problemas con el control de calidad no eran los únicos. Nada como encontrarte con serios problemas nada más hacerte cargo de un negocio. Así que tengo que ir a ver cuál es el punto que falla en la cadena. De lo contrario, no habrá más Holt del que preocuparse.

—Estás siendo demasiado dramático.

—Un poco —confesó él—. Pero no quiero perder el control en mi primera semana, ni nunca. A Christofides le encantaría.

—Estoy segura.

—Eso significa que tengo que estar allí. Y tú tienes que venir conmigo.

—Supongo que quedaría mal que no fuera.

—Casi tan mal como no presentarse a una boda. Empezaría a parecer que repelo a las mujeres.

—Dudo que nadie piense que repeles a las mujeres —contestó ella entre risas—. Aunque a veces tienes malos modales.

—¿Malos modales?

—Y eres un poco difícil de tratar.

—¿De verdad?

—Si no lo sabes, entonces es que has perdido el contacto con la realidad.

—Me gustan las cosas de una manera determinada. Y me gusta que todo salga según lo planeado.

Leah se puso en pie, se estiró y sus pechos se adivinaron bajo el tejido de la camiseta. Él no pudo evitar mirarlos y recordar que los había tenido pegados a su torso la noche anterior.

—Y, cuando las cosas no salen según lo planeado, te pones insoportable.

—No puedo negarlo. Pero, en mi defensa, he de decir que, a lo largo de mi vida adulta, pocas cosas no han salido según lo planeado, y no sé cómo improvisar.

—Nadie se atrevería a ir contra ti; das demasiado miedo.

—¿Miedo? —la descripción le parecía rara. Pero, sobre todo, no le gustaba. Le hacía recordar cosas que era mejor no recordar.

No se esforzaba por dar miedo. Tampoco era especialmente divertido y lo sabía. Pero las cosas que a la gente solían parecerle divertidas tenían un trasfondo oscuro que él había experimentado de joven.

Si un hombre rico quería drogarse en una fiesta, la droga tenía que salir de alguna parte. Si alguien deseaba pagar por sexo o ver un vídeo pornográfico, esas mujeres y esos hombres tenían que salir de alguna parte.

Él había visto a esa gente. Había visto su dolor. Peor aún, había formado parte de ello. Lo había provocado.

Una mansión había que pagarla. El dinero tenía que salir de alguna parte.

De niño, no se había dado cuenta de eso. Él paseaba a sus anchas por la mansión y tomaba lo que encontrara. Cualquier comida que hubiese en la cocina. Cualquier sustancia que hubieran dejado ahí encima.

Y, más tarde, cualquier mujer que estuviese disponible.

Pero después había aprendido que, por cada rato de diversión, había que pagar. Todo lo que brillaba era oscuro por dentro.

Y él lo sabía.

Tal vez otra gente pudiera esconder la cabeza en la arena y fingir que no era cierto.

Pero él no podía. Y sí, quizá eso le convirtiera en alguien poco divertido. Pero la alternativa era la depravación. Y él había huido de eso a los dieciséis. Se había cambiado el nombre y había cambiado una isla por otra.

—Eres un poco serio —añadió Leah.

—Soy práctico, cosa que a mucha gente le cuesta entender. La gente que sigue a sus emociones en vez de a la lógica.

—La lógica no lo explica todo. No tiene todas las respuestas —dijo ella mientras se agachaba para alcanzar otro regaliz de la mesita del café—. Los caramelos no son algo lógico. No son buenos para ti. Pueden estropearte los dientes. Pero nos gustan.

—Porque la gente es estúpida —respondió él—. Y, una vez más, eso es sentimiento, no lógica. Te gustan los caramelos, así que, aunque sean malos y no te aporten nada, los comes.

—No solo los como. Los vendo. Los creo.

—Así que el trabajo de tu vida se basa en algo completamente innecesario.

—Pero algo que a la gente le gusta, Ajax. Hago feliz a la gente.

—Y les provocas caries.

Leah se rio. Siempre le había gustado el sonido de su risa. No era contenida o refinada. Era puro sentimiento.

—Te dé miedo o no, vas a venir a Estados Unidos conmigo.

—Genial —contestó ella encogiéndose de hombros—. En serio, es genial. Casi todas mis cosas están allí. Y quiero visitar la tienda que tengo allí. Me gusta hacerlo. Sobre todo con las grandes.

—Entonces, será un viaje de trabajo para los dos.

Ella asintió y lo miró como si estuviera intentando leerle el pensamiento.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Qué de qué?

—Estás tan concentrada que casi puedo oírte pensar.

—Estoy pensando en lo de anoche.

—¿Qué de anoche?

—En esa apasionante conversación con los dos empresarios. ¿Tú qué crees? En nuestro beso.

Solo pensarlo le produjo un intenso calor en la piel. Tendría que reflexionar sobre ello más tarde. ¿Cómo podía suceder cuando la temperatura de la habitación era constante? ¿Cómo podía sentirlo sin haberse concedido permiso para ello?

—¿Qué pasa con el beso?

—Me pregunto por qué nos molestamos en aplazarlo. Creo que anoche quedó claro lo que ambos deseamos.

—Y lo tendremos, pero cuando tengamos tiempo para centrarnos en eso —de nuevo, se sintió inquieto, nervioso. No estaba preparado para enfrentarse a la parte física de su relación.

—¿Cuándo?

—En nuestra luna de miel. Tenía una planeada. Es dentro de dos semanas. Hasta entonces habrá tiempo suficiente para solucionar los problemas de la empresa, y para que tú soluciones los problemas de

tus tiendas con el control de calidad. Así podremos convencer a la prensa de que todo va bien en nuestra relación.

Además, no podría hacer el amor con ella mientras sintiera algo hacia otra persona.

Aunque cada vez le costaba más trabajo visualizar a Rachel. Con el recuerdo de su beso con Leah grabado en la memoria, le resultaba difícil pensar.

Y cada era más difícil fingir que esa era la razón por la que no había tocado a su esposa. Ignoró ese pensamiento. Claro que era una razón. Prácticamente era la única razón.

—¿Dos semanas? Y, entonces, ¿qué? ¿Empezaremos a vivir como un matrimonio de verdad?

—Tiene que ocurrir en algún momento. Preferiblemente cuando podamos centrarnos el uno en el otro.

—Entiendo... Y, además del sexo, ¿qué es para ti el matrimonio, Ajax? ¿Es amor? ¿Es compañía? ¿Amistad? ¿Qué seré yo para ti?

—Compartiré tu cama —contestó él—. Te protegeré. Te daré hijos. Si estiras el brazo en la oscuridad, estaré ahí.

Esos eran sus verdaderos votos. Sus promesas. Y eran ciertas.

Estaba cambiando de dirección, pero aquel era un camino que aún podía recorrer. El amor no era necesario. No cuando había sinceridad. Cuando había fidelidad y lealtad.

—¿Nada más? —preguntó ella.

—Eso es todo, Leah. Es todo lo que puedo darte.

Leah apartó la mirada y levantó la mano para apretarse la coleta. Después se mordió el labio inferior y él recordó haber hecho lo mismo la noche anterior.

Ajax sintió la tensión en el estómago y en la ingle. Lo único que podía hacer era mirarla y concentrarse en el calor que invadía todo su cuerpo.

—Te lo daré todo —añadió lentamente—, porque eres mi esposa. Y nadie más que tú ocupa ese puesto. Ni ahora ni nunca. No importa cómo haya empezado esto.

—Gracias, Ajax —contestó ella con tristeza en la mirada.

Él deseaba ofrecerle más. Ofrecerle consuelo. El problema era que él era la última persona en el mundo a la que debiera permitírsele ofrecer consuelo. O ternura.

Porque, si alguna vez bajaba las barreras, la oscuridad comenzaría a invadirlo todo.

Normalmente, regresar a Holt era como regresar a casa. Pero Leah no se sintió como en casa al entrar en el recibidor de mármol.

Estaba igual, pero todo había cambiado. Su padre no estaba allí.

Estaba en Rodas. Y, aunque no hubiera nada de raro en eso, ya no había allí una mesa con su nombre. Y eso hacía que todo fuera distinto.

Empresas Holt siempre había sido el dominio de Joseph Holt. Ahora le pertenecía a Ajax. Y también a ella. Era interesante, porque nunca había imaginado que sucedería. Y ahora se daba cuenta de lo mucho que valoraba formar parte de ello.

Porque Holt era importante. Para ella, para sus futuros hijos y para la gente que trabajaba allí. Y también para Ajax. A Ajax le encantaba Holt. No podía culparle por ello. Haría lo mejor por la empresa y, teniendo en cuenta el éxito de su otro negocio, eso era algo bueno.

Sus capacidades como marido eran un poco más dudosas.

Aun así, cuando le había hablado de lo importante que era para él el puesto que ocupaba como esposa, al menos había sentido algo de esperanza. Esperanza en que las cosas pudieran mejorar.

Mientras atravesaban la recepción, casi vacía a esas horas de la noche, tuvo la sensación de haberlo vivido ya. ¿Cuántas veces le había seguido así cuando era adolescente? Antes de levantar sus barreras. Antes de darse cuenta de la imagen que daba a los demás.

Lo siguió hasta el ascensor y se cruzó de brazos mientras él pulsaba los botones apropiados. Había tenido fantasías con él y los ascensores. En ellas, iban los dos montados en uno. De pronto, él la estrechaba entre sus brazos y la besaba.

En su mente de adolescente, todo era muy vehemente, pero ahora su imaginación podría haber hecho cosas mejores.

Sí, las fantasías que podría tener con un ascensor ya no serían tan inocentes. Las nuevas fantasías comenzaban donde lo habían dejado la noche anterior. Con ella contra la pared y con la falda levantada hasta las caderas, mientras él metía las manos entre sus muslos y...

—Bueno —murmuró con excesivo entusiasmo para intentar borrar esas imágenes de su mente—, ¿has elegido ya alguna obra de arte para tu despacho?

—No —contestó él.

—Bueno. Querrás... personalizarlo, ¿verdad?

—No. No trabajaré desde aquí. Pondré a alguien al frente.

—Pero tendrás un despacho.

—Sí, pero no pasaré mucho tiempo en él.

—Tu ausencia de deseo por cosas frívolas llega a resultar molesta, Ajax. ¿Tienes idea de lo odioso que es intentar mantener una conversación insustancial con alguien que no parece pensar en nada trivial?

—Lo siento, no puedo cumplir tu deseo de que me importen las cosas triviales.

—Se te da muy mal el arte de la conversación. ¿Lo sabías?

—No es tan difícil con todo el mundo.

—Conmigo no solía ser tan difícil. ¿Qué ha cambiado?

—Dejaste de hablarme.

—Supongo que sí —lo siguió por el pasillo y de pronto le asaltó otro recuerdo familiar. ¿Cuántas veces habían caminado así? A pesar de estar caminando con él, era como estar haciéndolo sola.

Ajax no la necesitaba allí. No la quería allí. Simplemente, aceptaba su presencia. Parecía como si tuviera que ser algo más. Como si necesitaran encontrar más. Pero estaba atrapada entre su deseo de protegerse y la necesidad de aprovechar al máximo su matrimonio.

Por esa razón, las trufas que le había llevado seguían en su bolso y no estaban ya sobre su mesa. Porque aún no había decidido lo que iba a hacer.

Ajax abrió la puerta del que había sido el despacho de su padre. Las fotos de las paredes habían desaparecido. Su nombre sobre la mesa, también. Ella tragó saliva o, al menos, lo intentó, pero tenía un nudo en la garganta.

—Vaya. Supongo que ahora es tuyo de verdad.

—Se apresuró a quitar sus cosas —comentó Ajax mirando a su alrededor.

—Ajax, ¿te acostaste con mi hermana?

—¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad morbosa. Sé que me dijiste que no debía compararme con ella, pero, en este caso, necesito saber si tú nos compararás.

—¿Yo te dije eso?

—¿Que no me comparase? Sí. ¿No te acuerdas? —se quedó mirándolo y resultó evidente que no se acordaba. Qué estúpida por pensar que lo haría—. Da igual. El caso es que quería saberlo.

—No nos acostamos.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—Íbamos a esperar a estar casados —respondió él.

—No... no me lo esperaba.

—¿Por qué no?

—Casi todos los hombres presionarían a una chica para tener sexo lo antes posible. ¿Por qué iba a creer que eres diferente?

—Lo soy. No soy como la mayoría de los hombres —se acercó a ella, agachó la cabeza y deslizó la punta del dedo por su mandíbula—. Soy mucho peor.

Se apartó y ella se quedó sin aliento. Parpadeó y sintió como si acabara de salir de una especie de trance.

No iba a responder a la pregunta. Era como si hubiese un muro entre ellos. Y quiso gritarle por ello. Por no ser el hombre que quería que fuera.

Aunque eso no era justo. No era justo estar enfadada con él por no

ser como imaginaba. Además, tampoco tenía sentido que le doliese tanto.

Metió la mano en el bolso y palpó la caja de trufas que había puesto allí. Su rama de olivo. Su intento por mejorar las cosas entre ellos.

Pero no era el momento.

Tenía que protegerse. No podía exponerse al dolor. Su idea de dejarle entrar, de intentar hacer que su matrimonio fuese más que un plan, había sido una estupidez.

Soltó la caja y se dio la vuelta.

—Voy a ir a mi ático para intentar organizar mis cosas.

—Bien. Estate de vuelta en mi casa esta noche.

—¿Por qué?

—Por las apariencias, ¿por qué si no?

—Ah, no. Sí. Por supuesto. Entonces, te veré más tarde. Haré lo posible por llamar la atención de los paparazzi cuando regrese a casa. No quiero pasar inadvertida. Por las apariencias.

—Lo que creas que debes hacer.

—Genial. Te veré luego.

Ajax la vio marchar y sintió un extraño peso en el estómago. Leah parecía triste, y eso era quedarse corto. Pero no había querido mantener una conversación con ella sobre sexo, no cuando su cuerpo aún ardía de deseo por el beso de la otra noche.

Y no había querido admitir que nunca se había acostado con Rachel. ¿Por orgullo? Nunca había pensado que tuviera tanto orgullo masculino. Había tomado sus decisiones de forma deliberada y no pensaba arrepentirse de ellas.

Miró su escritorio y le pareció vacío. Porque Joseph Holt no estaba allí. Había borrado las señales de su presencia y Ajax echaba de menos a su mentor.

Si hubiera un hombre al que quisiera imitar, ese sería él.

Al contrario que su propio padre, Joseph Holt era un buen hombre. Se preocupaba por su familia, por la gente. Trabajaba duramente y encontraba en ello una recompensa. Había en él una sinceridad y una humanidad que le habían resultado extrañas a Ajax al empezar a trabajar en la finca.

Joseph Holt le había acogido y le había mostrado que había otra forma de vivir, otra manera de actuar.

Se sentó frente al escritorio y, de pronto, se dio cuenta de por qué le parecía tan vacío. Un curioso recuerdo del pasado que, ahora, parecía muy vívido.

Leah no le había dejado ningún dulce.

Capítulo 7

Los días en Nueva York fueron básicamente tristes. Leah evitó a Ajax todo lo que pudo. Pasó el tiempo en su tienda y en su laboratorio, experimentando con los sabores.

No solía dedicarle mucho tiempo a la creación de nuevos productos, no en ese punto de su carrera, pero, cuando estaba estresada, era una distracción agradable.

Pero las dos semanas estaban a punto de tocar a su fin. En pocos minutos. Y eso significaba que la luna de miel iba a empezar. Y, con ella, el romance.

Con un hombre con el que apenas se hablaba. ¡Viva!

Iba a encontrarse con él en el aeropuerto, porque ambos habían estado demasiado ocupados para compartir un coche. Bueno, en realidad, eso era mentira. Ella podría haber sacado tiempo, pero le había mentido para poder evitarlo unos minutos más.

Estaba sentada en la sala privada, esperando a que llegara, con bolsas de chocolatinas dispersas a sus pies. Siempre se llevaba el excedente del stock y, en esa ocasión, había acabado con un puñado de zapatos de chocolate irregulares gracias al caos de la fábrica.

Se abrió la puerta de la sala y entró Ajax. Estaba increíblemente sexy con un traje y una corbata negros.

Ella tomó aliento y se inclinó para recoger las bolsas.

—Hola —dijo mientras las levantaba y las estrechaba contra su pecho—. He traído todo este chocolate y tengo que... —recogió algunas bolsas más y estuvo a punto de tirar una. Ajax dio un paso hacia ella al mismo tiempo que ella daba uno hacia él—. Toma —le puso las bolsas en los brazos—. Por favor —después se agachó para recoger el resto y también su bolso—. ¿Todo listo?

—Todo listo —respondió él—. Tus maletas ya están en el avión.

—Genial. Gracias. ¿Dónde vamos?

—¿No te lo dije?

—No. Es una de esas pequeñas cosas de las que no hemos hablado. Como cuál es tu color favorito, la verdadera naturaleza de tu relación con mi hermana... ese tipo de cosas.

—¿De verdad vas a volver a sacar ese tema? —preguntó él mientras le abría la puerta. Ella comenzó a caminar por la terminal en dirección a la salida donde se encontraban los aviones privados.

—Supongo. No pensaba hacerlo. Pero tampoco lo pensaba la

primera vez. En este momento, estoy sufriendo un ataque de sinceridad.

—No es tan encantador como podrías pensar.

—Oh, no creo que sea encantador. Creo que es bastante bochornoso. Pienso parar en cuanto pueda.

—Cuando quieras.

—¿Cuál es tu avión? —preguntó ella mientras caminaba por la pista.

—El grande —respondió él.

—Cómo no —murmuró ella mientras subía las escalerillas que conducían al interior del avión. Habían volado en ese avión para ir a Nueva York, pero, para ella, los aviones en una pista eran todos iguales.

Sin embargo era el interior lo que le distinguía de todo lo demás. Las alfombras de felpa, los muebles de cuero, la televisión de pantalla plana y el dormitorio hacían que fuese más cómodo que la mayoría de los apartamentos de Manhattan. Y el doble de grande que algunos de ellos.

Ajax dejó sus bolsas de chocolatinas en el sofá y se sentó junto a ellas. Así que ella optó por la silla que había al otro lado de la estancia. Era más seguro.

—Ahora dime dónde vamos —le pidió.

—¿No quieres que te sorprenda?

—La boda fue mi sorpresa —respondió ella—. Infórmame sobre el destino de la luna de miel.

—Santa Lucía.

—Oh, vaya —por alguna razón, la imagen de la hermosa isla, en la que nunca había estado, pero de la que había visto fotos, hizo que se le cerrara la garganta. Tal vez porque sabía que la intención de Ajax había sido llevar allí a Rachel.

Ajax sacó su portátil del maletín y se concentró en la pantalla. Obviamente, la conversación había terminado.

Daba igual. Ella podría quedarse sentada allí comiendo chocolate. Y pensando en su luna de miel, que al parecer estaría llena de sol y arena.

Por el momento, no pensaría en otra cosa.

Los tonos azules y verdes de Santa Lucía parecían aún más vibrantes después de pasar dos semanas en una ciudad tan gris como Nueva York. A ella siempre le había gustado la ciudad, pero el océano siempre le había parecido más un hogar.

Ajax había alquilado una villa privada para su estancia; una estructura impresionante hecha de madera, con una porción de arena

blanca delante y montañas y árboles frondosos en la parte de atrás.

Parecía una estampa sacada de una fantasía. Una pena que ya no pensara que su marido también formaba parte de la fantasía.

—¿Hace cuánto que planeaste que este sería el destino de tu luna de miel? —preguntó, aunque en realidad no deseaba saberlo. Era su maldita curiosidad.

—Hace más de un año. Cuando fijamos la fecha de la boda, hice la reserva.

—Sí que te gusta hacer planes.

—Sin un plan, ¿cómo sabes si estás en el buen camino?

—No lo sé. Si te aferras tanto a un plan, ¿cómo sabes que no te estás perdiendo algo magnífico que está a tu izquierda?

Ajax se encogió de hombros y subió los escalones que conducían a la villa.

—No merece la pena correr el riesgo —dijo—. Para mí no.

Abrió la puerta y entró. Leah le siguió y escudriñó el lugar. Era una estancia enorme con techo abovedado y vigas descubiertas. El suelo también estaba hecho de madera y daba la impresión de ser algo rústico en mitad de tanto lujo. El dormitorio estaba separado de la zona principal por una cortina de gasa. Al otro lado, había una cama para dos.

—¿Qué riesgo? ¿El riesgo de fracasar?

—No. El fracaso no sería tan malo. Hay cosas más grandes, más oscuras que temer —dejó la maleta que llevaba y caminó hacia el otro extremo de la habitación—. Deja que te haga una pregunta, Leah.

—Claro.

—¿Crees que eres una buena persona?

—Sí. Supongo que sí. Hago dulces, no la guerra. Y sonrío a la gente cuando me cruzo con ella por la calle. Nunca le quitaba dinero a mi abuela. Sí.

—De acuerdo, pero ¿crees que, si tus circunstancias cambiasen, seguirías siendo buena persona? ¿Crees que tu moral te impediría cambiar jamás?

—Me gusta pensar eso —respondió ella, aunque con la sensación de que no le gustaba la dirección que estaba tomando la conversación.

—Yo creo que no soy una buena persona. No solo creo que no lo sería si cambiaran las cosas, sino que, si alguna vez apartara los ojos de mi objetivo, si me dejase llevar, regresaría a la oscuridad de la que salí, y no estoy dispuesto. No solo por mí, sino por toda la gente a la que haría daño. Los sentimientos, la necesidad, la lujuria... esas cosas distraen. Son impredecibles. No confío en ellas.

Leah se rio un poco, no porque lo que hubiera dicho fuese divertido, sino porque era la única manera de liberar la tensión que crecía en su interior.

—Tú no le harías daño a nadie, Ajax.

Él se rio también, y era evidente que tampoco era porque fuese divertido.

—Dices eso, Leah, pero no sabes nada sobre mí. Crees que sí. ¿Crees que nací en el minuto justo en que me presenté en casa de tu familia? No. Para entonces... para entonces había vivido más a los dieciséis de lo que una chica como tú vivirá en toda su vida. Y no es un insulto. No querrás ver lo que yo he visto. Saber lo que he hecho. Yo no quiero saberlo, pero lo sé. Y el recuerdo es lo que me hace ser como soy. Es lo que me recuerda todos los días lo importante que es mantener la mirada fija en un objetivo.

—Ajax...

—Se acabó hablar de esto.

—No, no se acabó —respondió ella—. Ayer me dijiste que eras peor que la mayoría de los hombres. Hoy me dices que has hecho cosas... Creo que me merezco saber a lo que me enfrento.

—¿Por qué? Creí que me conocías bien.

—No. Conocía tu fachada. Y me gustaba más.

—A todo el mundo le gusta más. Y eso está mejor —respondió él—. Dicho eso, creo que iré a nadar —añadió mientras se quitaba la corbata. Después comenzó a desabrocharse la camisa hasta quedar desnudo de cintura para arriba.

Resultó fácil olvidarse de lo enfadada, confusa y herida que estaba al ver aquel torso tan bien definido.

Se dirigió hacia el dormitorio y ella se quedó mirando. Él estaba detrás de la cortina, pero se veía su silueta a través de la gasa. Abrió una de las maletas, sacó el bañador y se bajó los pantalones y los calzoncillos.

Leah debía apartar la mirada. No tenía derecho ni razón para quedarse allí contemplando aquella piel bronceada, aquellos muslos tan firmes, aquel trasero y... el corazón le dio un vuelco al atisbar su parte delantera, incluso oscurecida por la gasa. Pero la sombra que vio entre sus muslos resultó excitante igualmente.

Ajax levantó la cabeza y sus miradas se encontraron mientras se ponía el bañador, antes de salir de detrás de la cortina.

—¿Has visto algo que te guste? —le preguntó.

—Muchas cosas. Pero, bueno, eso está bien, ¿no? Teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Se supone que ahora debo sonrojarme y tartamudear?

Leah le había visto en bañador muchas veces, pero aquello era diferente. Estaban solos. Había una cama. Y acababa de ver su silueta desnuda.

—Ni se me ocurriría —respondió ella—. Al fin y al cabo, has visto cosas que no puedo ni imaginar.

—No lo olvides —pasó frente a ella y salió por la puerta. Y entonces Leah se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba evitándola. Evitando la intimidad potencial del momento.

No iba a salirse con la suya.

Se fue al dormitorio, abrió su maleta y sacó su traje de baño. Era de una pieza, negro, práctico. No era lo que deseaba. Ajax no era el único al que le estaba permitido provocar sentimientos de lujuria.

Tenía que hacer una visita rápida a las tiendas del complejo turístico.

El baño ayudó un poco a calmar el ardor de su sangre. Pero el agua no estaba lo suficientemente fría. No era excitación. O al menos no era solo excitación lo que corría por sus venas.

En cuanto había entrado en aquella habitación y había visto la cama, se había dado cuenta de que iba a ocurrir, y de que deseaba que ocurriera. Y eso había colisionado con la realidad. Leah había sido manipulada para estar allí. Él había elegido aquel lugar para otra mujer. Y la había llevado allí sin más como si Rachel y ella fueran intercambiables, aunque sabía bien que no lo eran.

Para empezar, Rachel nunca le había hecho hervir la sangre. Leah, por otra parte, ponía a prueba su autocontrol constantemente. Estaba haciéndole desear cosas que no había deseado en años.

Había estado a punto de tirarla sobre la cama al entrar. De besarla hasta que perdiera aquella mirada triste, hasta exorcizar al fantasma de la mujer a la que había planeado llevar allí.

Pero entonces había tenido que recordarse a sí mismo por qué debía mantener el control. Por qué tenía que recordar qué tipo de hombre era.

Por supuesto, con Leah no habría drogas de por medio. Claro que no. No las había tocado en diecisiete años. Ni siquiera se había visto tentado. No después de la última vez.

Aun así, no podía separar el sexo del caos y de la vergüenza que impregnaban el aire en casa de su padre. No podía separarlo de aquella última noche allí. De aquella sensación de descontrol. De aquella mujer asustada. La mujer a la que él había asustado.

No quería pensar en eso, pero tenía que hacerlo. Tenía que recordarlo, para recordar así por qué el control era tan importante.

—Ah, bien. Sigues aquí.

Se dio la vuelta al oír su voz y se le secó la garganta. El recuerdo que había estado reviviendo se esfumó al instante. Ahora lo único que podía ver eran curvas y piel suave.

Y un biquini rojo que debería estar prohibido. Iba atado a su cintura con unos lazos que sin duda serían fáciles de desatar. La parte de

arriba era igual, y apenas le cubría los pechos. No tenía el estómago plano y definido, como tantas mujeres que veía en las playas de los complejos exclusivos que frecuentaba, producto del ejercicio o de un cirujano habilidoso. No, era simplemente Leah. Simplemente una mujer.

Por un instante, solo un instante, su idea del sexo, de las cosas que había visto y hecho, desapareció. Y solo quedó ella. Leah.

—Sí, aquí estoy. ¿Dónde estabas? —le preguntó, e intentó controlar su cuerpo antes de salir del agua y caminar hacia donde se encontraba ella.

—De compras.

—¿Qué tenías que comprar?

—Todo tipo de cosas —respondió ella—. Principalmente esto —se puso la mano en la cadera para señalar el biquini, aunque no hubiese mucho que señalar.

—¿Qué más?

—Ropa interior. De la que quieres que vean los demás.

—¿De verdad?

—Sí. Pareces interesado.

No tenía sentido mentir. Sería demasiado evidente. ¿Y por qué iba a hacerlo? Era su esposa. Le deseaba. No la forzaría a nada.

—Lo estoy.

—Me alegro.

—¿Significa eso que estás lista? ¿Aquí? ¿Ahora?

—No. Es agradable ir construyendo el deseo, ¿no te parece? La anticipación.

—No sé si «agradable» es la palabra que yo usaría.

Leah caminó hacia él con pasos inestables debido a la arena de la playa, y sus pechos vibraron con el movimiento.

Él se sintió como un adolescente. No el adolescente que había sido, con acceso ilimitado al sexo. Sexo que, en el fondo, era retorcido y unidireccional. El sexo en su mundo se usaba para el placer de los ricos y poderosos.

Había algo oscuro en sus encuentros sexuales del pasado. No se parecía en nada a la sensación que circulaba por sus venas en aquel momento. Aquel deseo de dar, no solo de recibir. De acariciar, no de poseer.

Y también la incertidumbre. Leah hacía que se sintiera inseguro. Otra consecuencia de que las cosas no salieran según el plan. O tal vez fuera consecuencia de su belleza.

Leah estiró la mano y le acarició la cara.

—No sé... Es más agradable que pelear, que parece que es lo único que podemos hacer. Pelear y besarnos.

Y, en ese instante, las riendas que le frenaban se rompieron. Agachó

la cabeza y la besó en los labios, demasiado ansioso para esperar. Cuando se apartó, ella tenía los ojos muy abiertos y la boca hinchada.

—Oh —murmuró.

—¿Qué? —preguntó él, temiendo haber sobrepasado los límites.

—Perdona, pero es que me has dejado la mente en blanco.

—¿Y eso es bueno?

—Sí. Es solo que… No creo que pueda decir nada ocurrente durante al menos un minuto, así que quizá podrías apartar la mirada y dejarme con mi vergüenza.

—¿Vas a nadar?

—Creo que hay que esperar al menos media hora para nadar después de que tu cerebro haya tenido un cortocircuito.

—¿Es un hecho científico?

—Ni idea.

Ajax sonrió. No porque quisiera que ella le viera sonreír, no porque necesitara proyectar un sentimiento. Sonrió simplemente porque no pudo evitarlo.

—Creo que… creo que debería llevarte a cenar esta noche.

—¿Romanticismo?

—Sí.

—No tienes por qué.

—Lo sé. Pero deseo hacerlo.

—Viniendo de ti, Ajax, es romanticismo en estado puro.

Capítulo 8

Después del encuentro en la playa, Leah tardó solo una hora en decidir que no iba a dejar que Ajax la llevase a cenar. Y tenía razones y un plan. Un plan con el que iba a sorprenderle. No quería necesariamente romanticismo. Lo que quería era sentir que tenía algo de control sobre la situación.

Deseaba que él se sintiera tan vulnerable como ella. El hecho de que fuera virgen la situaba en desventaja, pero no iba a pensar en todas las mujeres hermosas y sexys que habrían compartido su cama. No iba a hacerlo.

Además, él la deseaba. Lo había visto en sus ojos.

Había elegido el biquini como desafío y como prueba. Porque lo último que deseaba era contemplar el horror en su mirada cuando la viese desnuda. No era modelo de pasarela. Ni siquiera modelo de catálogo de bañadores, a pesar de sus pechos.

Pero, al verla con el biquini, la había deseado.

Eso era una victoria.

Ahora planeaba arrebatarle el control mientras tuviera la guardia baja.

Su plan para seducir al multimillonario griego estaba en marcha. Cuando lo lograra, tal vez pudiera exorcizar los sentimientos que llevaba dentro.

Al fin y al cabo, seguía siendo la novia de repuesto. La segunda opción.

Quería mucho a su hermana, y no le importaba compartir con ella la adoración de los medios de comunicación. Pero ¿permitir que Rachel tuviera el corazón de su marido? Eso era injusto. No le amaba. Él no la amaba tampoco. Pero no quería que amase a otra. A ella le parecía razonable.

Pero aquella noche no importaba el amor, ni las segundas opciones. Aquella noche iba a desearla. Sería una cuestión de control. Y de sexo.

En cuanto regresara del edificio principal del complejo, donde había ido para ocuparse de un asunto urgentísimo.

Se metió la mano por el escote del vestido, se inclinó hacia delante y se levantó los pechos. Sabía cuáles eran sus puntos fuertes y no le importaba mostrarlos. Era una técnica de seducción básica. Aunque nunca había seducido a nadie antes.

Se miró al espejo y respiró profundamente. Apenas parecía ella.

Llevaba los ojos pintados y los pechos asomaban por encima del escote del vestido, un vestido muy ajustado. Había optado por el look explosivo.

Se dio la vuelta al oír que se abría la puerta de la villa. Lo vio en el umbral a través de la cortina que separaba el dormitorio del salón.

—Has vuelto —murmuró.

—Sí —no podía ver su cara con detalle, y su voz sonaba monótona —. ¿Estás preparada para salir?

—En realidad no —respondió ella mientras echaba la cortina a un lado.

—A mí me parece que sí lo estás.

—No suelo ponerme esto habitualmente.

—¿Por qué no? —preguntó él mirándola de arriba abajo.

—Porque… bueno, porque no.

—¿Vas a cambiarte?

—¿Vas a hacerte el tonto?

—Quizá.

—Pues no lo hagas —se acercó a él hasta poder sentir el calor que irradiaba su cuerpo—. No te pega. No eres la clase de hombre al que eso le sale bien. Estás demasiado experimentado.

—¿Experimentado? No sé si esa es la palabra que usaría. «Saturado», quizá.

—Lo que sea, pero hacerte el tonto no es lo tuyo.

—Puede que no, pero haces que sea difícil pensar.

—¿De verdad?

Ajax estaba conteniendo la necesidad de estrechar a Leah entre sus brazos y liberarse de una vez por todas de las cadenas que le retenían. Olvidarse del control y hacer lo que deseaba.

En algún momento, Leah había empezado a convertirse en una obsesión. En un deseo que no podía ignorar.

Leah despertaba en él fantasías que nunca se había atrevido a desarrollar, al menos por completo. Fantasías que habían rondado los límites de su consciencia, como una niebla que él había mantenido bajo control. Pero ahora se sentía abrumado.

Nunca se había sentido así. Nunca había sido esclavo de sus deseos como en aquel momento. Había experimentado excitación sexual, por supuesto. Pero la verdad era que no había tenido sexo en diecisiete años. Y el deseo adulto le era desconocido.

Porque siempre había creído que tendría que esperar hasta estar seguro de poder controlar la situación.

Hasta estar seguro de que la mujer no estaba simplemente allí para ser utilizada a cambio de algo.

Pero en aquel momento no importaba nada. Porque había algo en Leah que hacía que el pasado le pareciera inexistente.

Deseaba sumergirse en esa sensación y emerger renovado y limpio.

Sabía que era una ilusión, pero deseaba aferrarse a ella. Solo durante un rato.

Leah levantó la mano y le acarició la mejilla con la punta del dedo sin dejar de mirarle a los ojos.

Él lo deseaba. Deseaba saborear aquello que se había negado durante tanto tiempo. Permitir que el recuerdo de aquellas mujeres en la mansión de su padre se esfumara. Lo deseaba todo, y de pronto sintió que lo necesitaba de inmediato.

Nunca había experimentado aquella urgencia. Pero estaba temblando y sentía que la necesitaba más que al aire. Intentó mirarla y ver a la niña que había sido, intentó recordar por qué en otra época no la había deseado. Aunque ya no estaba seguro de si esa época había existido.

¿Cómo podría no haberse dado cuenta de aquello? ¿Cómo podría no haberla deseado nunca?

Recordó a la niña que siempre le dejaba regalos. La que le contaba todo lo que ocurría en su vida. Una niña que le había hecho sentir como ninguna otra persona.

Ni siquiera la mujer a la que creía haber amado.

Le tocó la cara y le acarició el labio con el pulgar. Nunca antes había tocado a una mujer de esa forma. Con reverencia. Con respeto.

El recuerdo de sus encuentros anteriores le avergonzaba. En su antiguo mundo, en el mundo de su padre, trataban a las mujeres como a objetos.

Y su último encuentro con una mujer había sido horrible. Bajo el influjo de las drogas. Aquella noche había consumido más que nunca antes.

¿Y por qué no? Su padre se las había dado. Un regalo de cumpleaños. Y era extraño que su padre le prestara atención.

¿Por qué no disfrutar de los regalos? Eran los frutos de su trabajo, decía su padre. La prueba de que su producto era bueno. No era la primera vez que probaba las drogas. Era humano, un joven con acceso a todo. Pero nunca antes había tomado tantas como la noche de su cumpleaños.

Y su padre le había alentado a probar su otro producto. Las mujeres. Sí, ya había experimentado antes con las prostitutas que solía haber en la mansión. Pero nunca con las mujeres con las que su padre traficaba. Apenas las había visto antes.

«Puedes destrozarla, hijo. Es virgen, creo. Es un regalo para ti. Puede que diga que no, pero no habla en serio. Le he pagado bien para que se abra de piernas. Se rendirá lo quiera o no».

Se apartó de Leah y tomó aliento. No quería pensar en eso. Ya había pagado por aquel pecado y había hecho todo lo posible por

enmendarlo. Pero aún lo recordaba. Su cara. Su miedo. Las lágrimas. Pero, en cuanto se había dado cuenta, en cuanto había tenido un momento de claridad…

Y entonces ambos habían escapado. Había llevado a la chica de vuelta con su familia, casi intacta. El único hombre que había intentado hacer algo con ella había sido él. Sus únicas cicatrices las había causado él. Pero al menos había parado a tiempo.

Había ganado el control. Y tenía que asegurarse de que siempre fuese así.

Leah era su esposa. Leah había hecho unos votos. Leah deseaba estar allí. No había sido secuestrada. Ni vendida.

—Di que me deseas —le ordenó—. Dímelo.

—Te deseo.

—Con mi nombre —estaba desesperado por oírlo. El consentimiento era esencial. No el consentimiento bajo presión, ni como deber. Necesitaba deseo.

—Te deseo, Ajax —repitió ella acariciándole la cara—. ¿A qué otro hombre iba a desear?

—¿Por qué te casaste conmigo?

—Por Holt. Por mi negocio. Y por ti, porque habías trabajado demasiado para perderlo todo después.

—Pero tú tomaste la decisión. Querías hacerlo.

—Nadie me obligó. Tú estabas allí. Mi padre estaba allí. Él nunca me habría obligado a hacerlo. No fue idea suya. Fue mía —colocó el dedo sobre su labio y lo acarició como había hecho él antes—. Y, por si lo has olvidado, una de mis condiciones era que tuviéramos intimidad.

—Lo recuerdo. Pero ¿por qué?

—Las mujeres también tenemos hormonas, Ajax, y no quiero satisfacerme con otro que no sea mi marido. Si este matrimonio es real, honraremos nuestros votos.

—Algo en lo que estamos de acuerdo.

—¿Tú también me serás fiel?

—Por supuesto.

—¿A pesar de todo?

—¿Con quién iba a romper mis votos?

—Durante toda mi vida he sentido que iba por detrás de ella. Todo el que nos ha comparado se ha quedado con ella. Tú también. Dijiste que la querías.

Ajax estaba seguro de no haberla amado. No sentía nada cuando pensaba en Rachel. Sentía más cosas al pensar en aquella chica asustada de hacía diecisiete años que al pensar en la mujer con la que había estado a punto de casarse pocas semanas antes.

Y se dispuso a decirle eso a Leah, pero le salió otra cosa.

—No vas a compartir mi cuerpo con ninguna otra mujer.

—Claro que no —respondió ella con ferocidad—. Estás casado conmigo.

—No me refería a eso. No he estado con una mujer desde que tenía quince años.

Leah se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

—Así que han pasado casi dieciocho años.

—Eso... eso es demasiado tiempo —dijo ella dando un paso atrás—. No te creo. Tienes unos abdominales de escándalo, ¿y pretendes decirme que ninguna mujer en todo este tiempo se ha aprovechado de eso?

—Se han ofrecido, pero siempre me he negado.

—No te ofendas, pero ¿por qué? Eres un hombre. A los hombres les gusta el sexo. Los hombres no suelen rechazar el sexo.

—No, Leah, no suelen hacerlo. Y yo no quiero formar parte de la atmósfera que rodea al comportamiento sexual irresponsable.

—No todo el sexo es irresponsable.

—No. No lo es. Pero... siempre he pensado que era mejor en el contexto de una relación. Como nunca he tenido una, me he... abstenido. Ya te dije que quería esperar al matrimonio para acostarme con Rachel.

No le contaría toda la historia en ese momento. No mientras ella siguiera mirándole de ese modo.

—¿Y pudiste esperar?

—Sí. Fue fácil. Valoro mi control sobre todas las cosas, Leah. Si decido hacer algo, lo hago. Si decido no hacerlo, no lo hago.

—Deberías ganar un premio al control o algo así —dijo ella—. Entonces creo que nunca has sentido mucha pasión por nadie.

—No —era la verdad y estaba dándose cuenta en ese momento. Si Rachel le hubiera hecho sentir así, como Leah le hacía sentir, ¿habría podido contenerse?

—Porque... de haberlo hecho, si ella te hubiera deseado, no creo que hubieras dicho que no.

—Tal vez sea cierto.

—Pero ¿ahora?

—Estamos casados —respondió él—. Ahora está bien.

—¿Por qué me lo has contado?

—Porque soy sincero.

—Prácticamente eres virgen.

—No lo soy. No soy inocente.

Aquella conversación le hacía sentir incómodo. Tal vez fuera el orgullo masculino. Tal vez no fuera tan diferente de los demás hombres. Tan inmune a las cosas estúpidas mediante las cuales los

hombres medían su éxito. Sabía que no había nada de malo en seguir los instintos. Era respetable. Cualquier hombre podía tener todo el sexo que quisiera. El control era lo verdaderamente importante. Aun así, le daba un poco de vergüenza confesárselo a su esposa.

—No lo pareces, eso seguro —murmuró ella.

—¿No?

—Has visto muchas cosas. Se refleja en tus ojos —estiró la mano y le acarició la frente—. ¿Qué has visto, Ajax?

—Cosas que tú no has visto. No quiero que cargues con eso.

—Pero, como bien dijiste, no naciste el día que te presentaste en la finca de mi padre.

—El hombre que soy ahora sí lo hizo. Y ese hombre es quien va a hacer el amor contigo esta noche. No el hombre que era. No el hombre en quien podría haberme convertido.

—Pero quiero saber qué te hizo ser como eres.

—No. Leah, no puedes querer eso. Por favor. Esta noche quiero que me mires como estás mirándome ahora, como me has mirado antes. Eso es lo que deseo. Por favor.

—De acuerdo. Aceptaré lo que puedes darme. Por esta noche.

—No sé por dónde empezar. Te miro y... hay tantas cosas que deseo.

—Entonces puede que tengamos un problema —dijo ella con las mejillas sonrojadas, pero sin apartar los ojos de los suyos—, porque yo te miro y... me duele. Y tampoco sé por dónde empezar. Porque no es que sea casi virgen. Es que lo soy totalmente.

—Eso sí que me parece imposible.

—¿Qué?

—Que los hombres no se hayan dado cuenta de tu encanto.

—Más bien yo no me daba cuenta del suyo.

—No me parece que seas inocente.

—¿Y qué te parezco?

—Una seductora —respondió él con un pulgar en su barbilla.

—Eso es... dulce —dijo ella antes de besarle el dedo—. ¿Y te sientes seducido?

Por completo. Estaba dispuesto a arrodillarse y rogar. Había esperado ese momento durante mucho tiempo.

—No creo que tengamos tanto de lo que preocuparnos como imaginas.

—¿No?

—No. Siempre he creído en los planes. Cuando decidí casarme, sabía que debería tener las habilidades que un marido debe tener para satisfacer a su esposa. Más de lo que necesitaría un adolescente con una mujer que no era ni siquiera una amante. Así que he leído mucho. También poseo una gran capacidad de concentración. Cuando esté en la cama contigo, emplearé tanto mis conocimientos como mi

concentración, y no pensaré en nada ni en nadie más. Un hombre que haya tenido una amante distinta cada día durante los últimos dieciocho años, pero que posea un décimo de mi concentración, no sería capaz de satisfacerte como voy a hacerlo yo.

Las pupilas de Leah se dilataron. Respiraba entrecortadamente y tenía el pulso del cuello acelerado. Sí, era una mujer excitada. Una mujer que deseaba aquello. Que le deseaba a él.

Una virgen.

Aquello resultaba extrañamente inquietante. Era un paralelismo vago y desagradable. Teniendo en cuenta que consideraba que tocarla sería como violar su inocencia.

Había intentado obtener perdón. Había esperado limpiar su conciencia al ayudar a destruir el imperio que su padre había construido. Al ayudar a liberar a muchas mujeres y a muchos hombres. Aun así, después de conseguir eso, había mirado en su interior y había seguido viendo al monstruo.

No había nada limpio en él. Algunas manchas no se borraban nunca.

Pero no se echaría atrás. No podía. No cuando Leah estaba mirándolo como si fuera el mejor regalo que pudieran haberle hecho.

Otra prueba de su inocencia. De su ingenuidad. No sabía lo que estaba pidiéndole. No conocía al hombre con el que estaba a punto de hacer el amor. Debería decírselo. Contarle quién era y de dónde venía.

Aquella noche de su cumpleaños se había enfrentado a una importante elección: aceptar al monstruo o liberarlo y seguir hacia delante, siendo solo medio hombre, pero un ser humano decente, al fin y al cabo. Había escogido ser decente.

Pero eso no significaba que el monstruo no siguiese ahí. No significaba que no estuviese merodeando en su interior, esperando la oportunidad de escapar y devorar todo lo que encontrase a su paso.

—¿Crees que puedes lidiar conmigo? —le preguntó a Leah.

—Yo iba a hacerte la misma pregunta —respondió ella con una sonrisa.

Ajax vaciló, sin saber por dónde querría ella que empezara. Qué debería hacer. Una parte de él deseaba protegerla. Regalarle un momento dulce. Pasar un rato en la cama para consumar el matrimonio, despojarla de su virginidad, acabar con el celibato y seguir hacia delante.

Pero también estaba la bestia. Y Ajax temía que, si hacía un mal movimiento, ya no sería capaz de volver a controlar esa parte de él.

Leah decidió por él.

Le dio un beso y le mordió el labio inferior. Enredó los dedos en su pelo y presionó su cuerpo contra el suyo.

Él le pasó un brazo por la cintura y, con el otro, hizo lo que llevaba deseando hacer mucho tiempo.

Le agarró un pecho y deslizó el pulgar sobre su pezón. Ella se arqueó y su seno rellenó la palma de su mano. Era perfecto. Absolutamente perfecto. Algo que solo podía encontrar en ella.

Ella deslizó las manos bajo su camisa y palpó los músculos de su abdomen y de su torso. Aquella no era la primera vez dulce y tierna que Ajax había imaginado.

Y era como si para él también fuese la primera vez. La primera vez que le hubiera gustado tener.

Leah se apartó de él con los labios hinchados y los párpados entornados. Después se llevó la mano a la espalda y tiró de la cremallera del vestido.

—Para —le ordenó él—. Deja que lo haga yo.

Leah se dio la vuelta lentamente, se echó el pelo a un lado y dejó al descubierto su espalda. Él la rodeó con un brazo y colocó la mano sobre su vientre. Entonces agachó la cabeza y empezó a darle besos en la nuca. Sintió que se estremecía y arqueaba la espalda. Al hacerlo, sus nalgas entraron en contacto con su erección. Él la abrazó con más fuerza y se restregó contra ella.

Leah soltó un gemido de pasión y de deseo. No de miedo. Era justo lo que él necesitaba para continuar.

Levantó la mano, agarró la anilla de la cremallera y empezó a bajarla muy despacio. Deslizó la mano por su piel, agachó la cabeza y le dio un beso justo entre los omóplatos.

—Oh, sí, Ajax.

—¿Ves? Creo que nos las arreglaremos.

Ella asintió y él se rio. En ese instante, el tiempo pareció detenerse. La miró a los ojos y vio un destello del pasado. No del pasado en casa de su padre. El pasado en las oficinas de Holt. Leah mirándolo, sonriendo, dejándole una chocolatina en su escritorio.

Una chocolatina que él se comería más tarde, aunque algo en su interior le dijera que estaba mal hacerlo. Que estaba mal alentar aquella conexión entre ellos. Una conexión que parecía nacer en su pecho y extenderse hacia el resto de su cuerpo.

En aquella época, le había dado la espalda. Había tenido que hacerlo. Pero ya no. Ya no apartaría la mirada.

Le quitó el vestido y dejó que cayera al suelo. Se quedó mirándola. Contemplando sus curvas, realzadas por el negro del sujetador y de las bragas.

No pudo evitar colocar la mano sobre su cadera y deslizarla por su piel para poder agarrarle las nalgas. Eran perfectas.

Había una belleza increíble en ella, tan única que hacía que se sintiera humilde. Avergonzado. No se merecía poder poner las manos en su cuerpo, pero aun así no podía resistirse.

—Quiero tocarte —murmuró.

—¿Dónde? —preguntó ella?

—Por todas partes. Y después quiero saborearte. Por todas partes.

—Me gusta esa promesa.

—Es una promesa que puedo cumplir.

Le desabrochó el sujetador y ella se lo quitó y lo tiró al suelo. Ajax volvió a rodearla con un brazo, agarró su pecho y sintió el pezón erecto contra la mano. Era la primera vez que tocaba así a una mujer.

—Necesito verte —le dijo mientras le besaba el hombro—. He esperado mucho tiempo.

Leah se dio la vuelta y lo miró con ojos brillantes.

—Yo también. Ajax... no sabes cuánto tiempo.

No había vergüenza ni timidez en su mirada. Y él no se cansaba de mirar. Nunca había visto nada tan hermoso como Leah, allí de pie, con los pechos desnudos y los pezones erectos. Recorrió su cuerpo con la mirada y se fijó en la prenda que cubría su parte más íntima.

—Quítatelas —le dijo.

Sin dejar de mirarlo, Leah introdujo los dedos bajo las bragas y se las bajó despacio.

—Estoy a punto de saltarme algunos pasos —murmuró él.

Se arrodilló ante ella y le dio un beso en la tripa, justo debajo del ombligo. Y después más abajo. Estaba temblando, se moría por saborearla. Sentía un deseo que no recordaba haber sentido nunca. Era algo visceral, tan necesario como respirar.

Le separó ligeramente los muslos y deslizó la lengua por sus pliegues, donde sabía que podría darle más placer.

Ella gimió, se inclinó hacia delante y apoyó las manos en sus hombros. Él continuó saboreándola, cada vez más deprisa. No se cansaba. Nunca se cansaría.

Aquello era un comienzo para él, algo que nunca había hecho. Porque, en casa de su padre, nunca le había importado la satisfacción de las mujeres. Eran prostitutas y le habían enseñado a tratarlas de cierta manera.

Ignoró ese pensamiento y se concentró en Leah.

Ella inundaba sus sentidos. ¿Cómo había podido vivir sin eso?

La agarró con fuerza de las caderas y la apretó firmemente contra sus labios.

—Ajax... —murmuró ella, casi como una plegaria y, cuando alcanzó el clímax, su cuerpo empezó a convulsionarse. Él la sujetó, apoyó la cabeza en su muslo e intentó recuperar la respiración mientras ella enredaba los dedos en su pelo.

Le temblaban las manos, tanto que le costó trabajo desabrocharse la camisa. Pero Leah se hizo cargo. Sus manos dejaron un sendero de fuego sobre su piel. Estaba poniéndole a prueba y, cuando agarró su miembro por encima del pantalón y empezó a acariciarle, él le agarró

la muñeca y le apartó la mano.
—Ten cuidado —le advirtió.
—¿Qué?
—Es demasiado.
Tampoco era que no hubiese tenido un orgasmo en dieciocho años, pero, en ese tiempo, solo los había tenido a solas. Había estado convencido de que tendría el control, igual que con su propia mano. Pensaba que el sexo le resultaría familiar después de tantos años masturbándose.
Pero no había tenido en cuenta una variable.
La mujer. Su compañera.
Leah era una participante activa e iba más rápido que él. No le permitía ceñirse al plan.
—Me gusta que estés a punto de perder el control —le dijo mientras volvía a tocarle el miembro con la mano—. Me gusta que me desees.
—Leah.
—Sí —susurró ella mientras le apretaba—. Dilo otra vez.
—No.
—Di mi nombre.
—Leah —repitió él.
—Me gusta.
Y a él también le gustaba. Le gustaba demasiado para impedírselo, aunque debiera hacerlo. Aunque debiera intentar recuperar el control de la situación. El control de su deseo.
—Deja de tocarme —le ordenó—. Ahora.
Leah apartó la mano. Él se desabrochó el cinturón y los pantalones y se los bajó despacio.
—No es justo —dijo ella—. Quiero tocarte.
—No.
Si le tocaba, todo habría acabado. No el sexo, porque no llegaría al orgasmo. Pero no sabía lo que sería capaz de hacer. Si la temperatura subía demasiado, si la bestia quedaba en libertad.
—Ve al dormitorio —le dijo. Porque tenía que ejercer autoridad. Tenía que encontrar el control. Aferrarse a él.
—¿Es así como vamos a jugar?
Ajax le agarró la barbilla con el pulgar y el índice antes de darle un beso en los labios.
—Si quieres jugar, *agape*, jugarás con mis normas. Ahora vete a la cama y espérame como una buena chica.
—Claro, cariño —contestó ella con una sonrisa. Aunque no se dejaba engañar. Veía el brillo decidido en su mirada.
Leah se dio la vuelta y se alejó con un sensual movimiento de caderas. Él bajó la mano, se apretó la erección y tomó aliento.
—Oye —dijo ella mirando por encima del hombro—. No es justo. Si

yo no puedo tocar, tú tampoco.

Ajax apartó la mano y ella continuó andando hacia la cama. Descorrió la cortina del dormitorio y se tumbó sobre las almohadas, con los brazos abiertos.

Él se acercó a la cama y se quedó allí de pie. Ella se arrodilló sin dejar de mirarlo, se inclinó y le dio un beso en el pecho mientras él le pasaba los dedos por el pelo. Leah siguió bajando con los labios sobre sus abdominales, hasta que rozó con la lengua la punta de su erección. El placer y el calor recorrieron su piel y amenazaron con destruirle. La agarró del pelo y tiró de su cabeza.

—No vamos a jugar así, *agape* —murmuró—. Esta noche no.

—Pero tú me lo has hecho a mí. Yo quiero saborearte.

—No. Esta noche no.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Esto —se tumbó con ella en la cama, agachó la cabeza, se metió uno de sus pezones en la boca y comenzó a estimularlo con la lengua. Repasó mentalmente las instrucciones que había leído sobre cómo complacer a una mujer de esa forma.

Y entonces fue ella la que empezó a temblar, con los dedos enredados en su pelo. Eso era lo que podía controlar. Era lo que deseaba.

Se concentró entonces en el otro pecho y succionó y lamió hasta que ella empezó a jadear con placer. Levantó la cabeza y la besó con fuerza.

—¿Estás preparada? —le preguntó. Se lo preguntó porque sabía que le dolería. Y eso no le gustaba.

—Sí. Oh, sí, por favor.

Leah separó los muslos y él se acomodó entre ellos. Se agarró el miembro con una mano y presionó suavemente sobre la entrada húmeda de su cuerpo. Después se apartó y sustituyó su erección por un dedo, que introdujo despacio en su interior.

Estaba tensa. Húmeda. Y él estuvo a punto de dejarse llevar en aquel instante. Apretó los dientes, empezó a mover el dedo en su interior y deslizó el pulgar sobre su clítoris.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Sí.

—¿Más?

—Sí.

Añadió un segundo dedo para dilatarla, hasta que sintió que sus músculos internos se tensaban a su alrededor.

Apartó los dedos y volvió a colocar ahí su erección. Sentía su calor, la humedad de su deseo contra la cabeza de su miembro. Ella le besó el cuello y deslizó las manos por su espalda.

Ajax agarró la sábana con los puños y la penetró, centímetro a

centímetro, muy despacio.

Ella soltó un grito, mezcla de placer y de dolor, que hizo que se detuviera.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Leah asintió y se mordió el labio. Él agachó la cabeza y la besó.

—Si vas a morderle el labio a alguien, mejor que sea a mí.

No esperaba que fuese a obedecerle, pero lo hizo y le clavó los dientes. Y el dolor le ayudó a recuperar parte del control.

Volvió a embestirla y marcó el ritmo mientras ella le arañaba la espalda con las uñas. El dolor le ayudaba. Era necesario.

—Más fuerte —murmuró mientras le agarraba un muslo y se lo ponía sobre la cadera. Ella le clavó las uñas con más fuerza—. Más fuerte —repitió. Y ella obedeció.

Cada vez que la penetraba, ella se arqueaba, hasta que al fin notó que se ponía rígida bajo su cuerpo y un grito mudo escapaba de sus labios. Entonces él también se dejó llevar. Se olvidó del ritmo y comenzó una carrera hacia la meta, hasta alcanzar un clímax que le rompió por dentro en mil pedazos. Le resultaría imposible volver a sentirse completo, como antes. Antes del orgasmo.

Antes de Leah.

Su esposa había conseguido cambiarlo todo en un solo momento. Y él sentía la necesidad desesperada de poder cambiarlo de nuevo.

Capítulo 9

El mundo de Leah estaba del revés. Ajax en la teoría era una cosa. Ajax en la práctica era otra cosa bien distinta.

Había sido firme, tierno en ocasiones, exigente. Y, desde luego, todos esos años de celibato no habían afectado negativamente a su rendimiento. Sabía cómo estimular y satisfacer el cuerpo femenino.

Apenas podía respirar. Habrían pasado diez o veinte minutos desde que habían terminado. Desde aquel orgasmo tan intenso. O quizá hubieran pasado dos horas. O treinta segundos. No tenía ni idea.

Ajax se incorporó sobre la cama, dándole la espalda. Ella estiró el brazo y deslizó la mano por su columna.

Él se levantó y Leah inclinó la cabeza para contemplar la vista. Y qué vista. Había admirado esa vista muchas veces. Cuando iba envuelta en vaqueros o en pantalones negros ajustados. Pero ¿desnudo? Eso era otra cosa.

—¿Dónde vas? —le preguntó cuando empezó a alejarse de la cama.

—Tengo trabajo que hacer —respondió él mientras se agachaba para recoger sus pantalones del suelo y ponérselos.

—¿Qué? ¿Tienes… trabajo? ¿Qué clase de trabajo puedes tener que hacer después de… después de eso?

—El mundo no ha dejado de moverse solo porque nos hayamos acostado —respondió él con frialdad.

Leah se quedó mirándolo, incapaz de decir nada. Su mundo sí se había detenido.

—Bueno, pues creo que el mundo debería pararse durante un segundo —contestó ella—. Se supone que esto es un matrimonio de verdad. Se supone que estamos de luna de miel. Sé que estamos intentando dar una buena imagen a la prensa, pero dijiste que esto era para siempre. Y… y eso significa que tienes que volver a la cama y empezar a comportarte como un marido.

—Acabo de desempeñar mi papel —dijo él—. ¿No te has quedado satisfecha?

—No estoy satisfecha —murmuró ella incorporándose sobre la cama.

—Los gritos, durante tus múltiples orgasmos, no daban esa impresión.

—Eres… eres… Eso no venía a cuento. Ha sido muy grosero. Y, en cualquier caso, la satisfacción sexual y mi satisfacción con este

momento no tienen por qué ir unidas.

—Esto es un matrimonio de verdad, *agape*, como dije que sería. He estado esta noche en tu cama, como pediste, pero lo que ocurra después depende de mí.

—El matrimonio no es así —argumentó ella con un nudo en la garganta.

—Nuestro matrimonio sí lo es.

Se dio la vuelta, se fue al salón y ella se quedó allí sentada, con las rodillas en el pecho y un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Para ella, el sexo lo había cambiado todo. Y para él también parecía haber cambiado las cosas. Pero no se sentía más cerca de ella. No tenía ganas de estar a su lado y abrazarla.

Ella le había entregado su cuerpo. Había permitido que deslizara las manos sobre su piel desnuda.

Se lo había dado todo. Y, aun así, eso no hacía que la deseara. Al contrario, hacía que quisiera poner distancia entre ellos.

En aquel momento, el último resquicio de esperanza, la esperanza de que algún día pudiera sentir algo por ella, desapareció.

Al día siguiente, trató de evitar a Ajax todo lo posible. Cuando se despertó, a primera hora de la mañana, él estaba dormido en el sofá. Tuvo que contener la necesidad de acercarse y taparlo con una manta, o apartarle el pelo de la frente, o intentar colocarlo en una postura más cómoda.

Era evidente que se había quedado dormido mientras trabajaba, medio sentado, con el portátil frente a él y el cuello retorcido.

Pero funcionó, porque eso le permitió salir de la casa sin despertarle. Pasó el día deambulando por las playas privadas y nadando, también se pasó por el bar para comer algo y tomarse un zumo.

Sí, para ser una isla pequeña y exclusiva, había muchas formas y muchos lugares para evitar a su marido. Y para intentar entender qué había sucedido entre ellos la noche anterior.

Se quitó el pareo y comenzó a correr por la orilla de la playa. Se detuvo para ajustarse la parte de arriba del biquini y se pensó mejor lo de correr. No había suficiente tela para sujetar sus pechos con tanto movimiento.

—¿Qué tal?

Se dio la vuelta mientras se ajustaba la prenda y vio a Ajax.

—Buenos días —le dijo.

—Te he preguntado qué tal.

—No sé. ¿Qué tal tú? Prácticamente eras virgen, y las personas vírgenes se ponen muy sensibles después del sexo, ¿no?

—Leah, hablo en serio.
—Yo también.
—Bien —respondió él encogiéndose de hombros.
—Ah, me alegro. Yo también. Bien. Muy bien. Me alegra que estés bien, porque no me gustaría sentirme culpable por haber mancillado tu virtud.
—No tengo virtud.
—Ya me lo dijiste.
—¿Y tú?
—¿Mi virtud mancillada? Bien. Bien.
—Eso no es lo que te estaba preguntando.
—De acuerdo. No estoy bien. No quiero que duermas en el sofá.
—¿Por qué?
—Porque es raro. ¿No crees que una pareja de recién casados debería compartir cama?
—A lo largo de la historia, muchas parejas casadas no han compartido cama.
—¿Y qué? A lo largo de la historia, la gente moría de disentería, pero no es una tendencia que quiera continuar.
—No sabes lo que será... pasar tanto tiempo conmigo. Tal vez debas preocuparte por algo que no sea compartir cama toda la noche. Como, por ejemplo, si serás capaz de soportar desayunar conmigo por la mañana.
—O quizá, ya que estamos de luna de miel, podamos ver cuánto soportamos el uno del otro. ¿Por qué no hacemos un poco de terapia de inmersión?
—¿Y por qué no hacemos lo posible por evitar necesitar terapia?
—Ajax, ¿por qué no quieres compartir la cama conmigo?
—No es mi estilo, Leah.
—Reconociste que no habías hecho algo así en mucho tiempo, ¿cómo entonces tienes opiniones sobre cómo deberías comportarte en esta situación? —Leah se quedó mirando el agua, intentando no llorar o hacer algo igualmente humillante, como darle una bofetada—. ¿Habrías compartido la cama con Rachel?
—No.
—Pero creí que la amabas.
—No la amaba, Leah. Eso es evidente.
—¿Qué se supone que significa eso? Todo este tiempo has estado diciéndome que la amabas. No habías estado con otra mujer desde que la conociste.
—Esto no tenía nada que ver con ella. Había hecho planes. Decidí que casarme con ella sería lo mejor para mi vida, entrar en la familia Holt sería bueno para mí. Los sentimientos... vendrían después. Pero apenas he pensado en ella desde que nos casamos, y no creo que haya

un hombre que pueda pensar en ella después de haberte tenido a ti en su cama.

—Bueno… entonces —dijo ella—. Supongo que ya está.

—No te gusta imaginártela conmigo.

—Qué observación tan brillante, Sherlock. Claro que no.

—¿Por qué?

—Bueno, respóndeme a esto, Ajax, y sé sincero. ¿Qué te parecería que me tocara otro hombre? Que me besara como lo hiciste tú. Que tocara mis pechos como tú.

—Creo que… creo que tendría que matarlo. Y, cuando digo eso, no lo digo a la ligera. Ni metafóricamente.

—Ah —le creía. Por alguna razón, le creía—. Ajax… ¿quién eras antes de venir a nuestra casa? Antes de empezar a trabajar para mi padre.

—Esta conversación no es… necesaria. No voy a…

—Eso ya me lo dijiste anoche. Como si, ocultándome eso, estuvieras protegiéndome. ¿De verdad? ¿Quieres la verdad? Me destrozaste con tu reacción anoche. Al dejarme de ese modo. No puedes fingir que cerrándote de ese modo no me haces daño.

—Leah, no sabes lo que estás pidiendo.

—No, no lo sé. Así que cuéntamelo. No me parece justo. Tú me conoces desde siempre. Conoces a mi familia. Me viste durante mis peores años, y eso te da demasiado poder. Sé que no apareciste un día sin más. Sé que tienes cicatrices. Cuéntamelo para que pueda entenderlo.

—No quieres entenderlo.

—Sí que quiero.

—No —insistió él con expresión feroz—. No voy a quedarme aquí de pie, en mitad de esta playa, contigo en biquini, y a contarte los detalles más sórdidos de mi vida.

Leah lanzó un gruñido, se desabrochó la parte de arriba del biquini y la tiró al suelo.

—Ya está. Medio biquini fuera. Ahora cuéntame parte de la historia.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó él mirando a su alrededor.

—El problema era el biquini. He quitado el problema. Al menos la mitad. Cuéntamelo.

—No puedes… quedarte así.

—Sí puedo y lo voy a hacer —respondió ella con las manos en las caderas—. Cuéntamelo.

Ajax tomó aliento, incapaz de apartar la mirada de los pechos de Leah, por mucho que lo intentara.

—No quieres saber esto, Leah. Es el tipo de oscuridad que tú nunca has visto.

—Puedo asimilar tu oscuridad, Ajax.

—No quiero que tengas que asimilarlo.

—Soy dura. Me he casado contigo. Eso significa que me importa. No soy una niña. Ajax, he vivido toda mi vida frente al mundo. Mucha gente ha escrito cosas horribles sobre mí, y todo porque, cuando tienes una imagen pública, te guste o no, la gente piensa que eres de su propiedad. Y eso me ha enseñado muchas cosas sobre las personas. Muchas cosas horribles. Puede que a ti te parezca inocente, pero la verdad es que he visto más cosas de las que crees. Puedes contarme tu historia. Con tu oscuridad. No saldré huyendo.

—Pero tal vez deberías.

—No lo haré.

Ajax hizo una pausa, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta.

—Mi padre era… es, supongo, porque dudo que se haya cambiado el nombre… Nikola Kouklakis. Y no, no llevamos el mismo apellido. No es por accidente. Es cosa mía.

Vio que Leah estaba pensando, procesando, intentando recordar dónde habría oído ese nombre.

—Es un criminal. El criminal más famoso de Atenas. Uno de los peores del mundo. Seguro que has oído su nombre en las noticias. Es un traficante de drogas y de personas, y yo me crié en su imperio. Mi madre nunca estaba allí. Ni siquiera sé quién es. Me crio mi padre, el hombre más violento de Grecia. Y, antes de marcharme, estuve a punto de convertirme en él. Es para lo que me había educado. Para ocupar el lugar de un hombre que vendía droga y mujeres. ¿Y sabes qué, Leah? Lo habría hecho. Habría podido hacerlo.

—No, Ajax, no podrías haberlo hecho.

—Sí, Leah, podría. ¿Por qué crees que es tan importante para mí mantener el control? ¿Por qué crees que tengo que planearlo todo y tener la mirada fija en el objetivo? Porque, si no lo hago, aparecen la codicia, la corrupción y el asesinato. Lo llevo en la sangre. Es lo que soy. Lo que me han inculcado. Si no mantengo todo eso bajo control…

—Eso es ridículo, Ajax. Tú no eres un criminal, igual que no lo soy yo.

—Si corres por los callejones de la ciudad, giras dos veces a la derecha, pasas frente a dos edificios. Al llegar al tercero, giras a la izquierda. Llamas a la puerta y alguien abre, generalmente un niño. Dices la palabra clave de esa noche y te conducen a la parte de atrás. Te abren la mochila e inspeccionan los paquetes. Te dan el dinero y te vas a casa. Tienes que memorizarlo, porque recorres el camino en la oscuridad. Da miedo, sobre todo cuando eres un niño. Así que tienes que saberlo de memoria. Tienes que saber qué hacer y qué decir. Y tienes que ser muy rápido, de lo contrario puedes acabar degollado. O

peor aún.

—¿Qué hay peor que eso? —preguntó ella.

—Que te vendan. Confía en mí. Es peor. La gente que quiere comprar niños… no es para nada bueno. Vendía droga. ¿Eso no es ser un criminal?

—Eras una mula. Un niño.

—Llámalo como quieras, pero hubo un punto en el que entendí lo que estaba haciendo y seguí haciéndolo. El negocio familiar y todo eso. Es el negocio más horrible de todos. La droga convierte a las personas en fantasmas. Les quita lo que es vital. Se quedan sin color. Tienen solo una motivación; la siguiente dosis. Y sacrificarán cualquier cosa para conseguirla. Mi padre y yo negociábamos con eso.

—Tú no. Eras un niño.

—Vivía en la mansión. Llevaba trajes hechos a medida que había comprado con ese dinero.

—Sí, pero ya no estás allí.

—Deja de intentar excusarlo. Vendía drogas cuando era niño, pero las consumía cuando era adolescente. Utilizaba a las mujeres que eran adictas a ellas. Sospecho que… —vaciló un instante—. Hace tiempo que sospecho que Alexios Christofides era hijo de una prostituta que vivía en la mansión de mi padre. No lo sé con seguridad, pero me odia. Y me odia tanto que no puede ser solo por negocios.

—Pero tú no le hiciste nada, eras solo un niño.

—Yo era parte del problema. ¿Quieres saber cómo perdí la virginidad, Leah? Con una prostituta. No de las que secuestraban y vendían, sino de las que estaban por allí esperando su droga. Negocié con ella. Mi virginidad a cambio de un poco de cocaína. Y eso no es todo. No podrás entenderlo. Era un chico que deambulaba por una mansión llena de vicios, y tenía acceso a todos. Algunos días no comía porque nadie me preparaba la comida. Estaba allí, pero ¿crees que alguien pensaba en mí? No, hasta que aprendí dónde estaba el poder en el pequeño sistema de clases que mi padre había construido. En el sexo y las drogas.

—Yo no…

—No pensabas que fuese eso, ¿verdad? Porque tú eres afortunada por haber tenido lo que has tenido. Y yo lo he estropeado. No debería haber intentado hacer que lo comprendieras. No debería haberte obligado a entrar en esto.

Un recuerdo pasó por su mente. Una chica llorando. Con el vestido rasgado. Él tenía un trozo del vestido en la mano. Prueba de que lo había hecho. De que las lágrimas eran por su culpa. De que el miedo era por él. En aquel instante, un momento de claridad entre la niebla de las drogas que su padre le había dado. Se había mirado en el espejo que colgaba de la pared del dormitorio y había visto al monstruo. Y el

monstruo era él.
—Yo te lo he preguntado.
—Tápate —le dijo a Leah.
—¿Por qué?
—Porque... no puedo pensar contigo así.
—Tal vez no necesites pensar.
Dio un paso hacia él, pero Ajax la agarró de la muñeca.
—¿Es que no has oído nada de lo que acabo de contarte? ¿No te has enterado de quién soy?
—El hijo de un terrible criminal. Y quizá, si no te conociera desde hace tanto tiempo, eso me afectaría. Pero te he visto actuar durante años, Ajax. Te he visto ascender en tu trabajo. He visto que mi padre creía en ti, que te envió a estudiar. He visto su fe en ti y he visto que nunca le has decepcionado. Y mi hermana... nunca le has puesto la mano encima. Nunca le has hecho daño. Y querías honrarla con unos votos matrimoniales. Igual que a mí. Una niña que te seguía a todas partes hablando de dulces... y tú me escuchabas. No, Ajax. Cuando te miro, no veo un monstruo.
—Nunca me has visto sin un plan. Sin control.
—Claro que sí. El día de nuestra boda.
Leah se inclinó para darle un beso, pero él se apartó.
—Ahora no.
—¿Por qué?
Por un instante, sintió que su mente iba demasiado deprisa para formular una respuesta. Y entonces ella colocó la mano sobre su pecho y el calor y el deseo le sobrepasaron.
La estrechó contra su pecho y devoró su boca. La necesitaba. Era un deseo más intenso de lo que hubiera sentido jamás.
Como la adicción a la droga. Imposible resistirse a ello. Le llevaba al límite, amenazaba con lanzarlo al abismo. Deseaba saltar. Deseaba arrastrarla con él al infierno.
Lo que fuera necesario con tal de conseguir su dosis.
Se apartó y abrió la boca para hablar, pero no le salían las palabras. Así que se dio la vuelta y la dejó allí, en la playa, solo con la parte de abajo del biquini.
Y se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía un plan.

Capítulo 10

Ajax estaba sentado al pie de la cama con un pañuelo estirado entre las manos. Había estado pensando durante toda la tarde sobre lo que haría con Leah. Era su esposa, eso no podía cambiarse. Una esposa con la que había prometido tener un matrimonio... pero, cuando le tocaba, él se quedaba en blanco.

Ya no podía ver el camino frente a él. Solo veía aquellos ojos de color tostado. Unos ojos que le habían puesto a prueba años atrás. Que le habían tentado a hacer algo que no había identificado. Algo de lo que había intentado apartarse. Pero ahora esos ojos habían vuelto a embrujarle. Y ya no podía aferrarse a su control. Solo la veía a ella.

Los problemas empezaban realmente cuando Leah le tocaba. Eso tenía que parar.

Una sola vez con ella en la cama y ya estaba obsesionado.

Leah le había preguntado si habría compartido la cama con Rachel. Estaba seguro de haber mentido. Habría compartido la cama con Rachel porque era lo que un marido hacía con su esposa.

Y porque Rachel no habría desafiado su control como lo hacía Leah. Eso siempre lo habría sabido.

Leah entró en ese momento por la puerta de la villa. Llevaba puesto el traje de baño y el pareo, y entonces Ajax se dio cuenta de la verdad. Siempre había sabido que sería así. Que Leah sería la que despertaría al monstruo.

Estiró el pañuelo entre sus manos y la vio acercarse a la cama con un hipnótico movimiento de caderas. Cada paso que daba aumentaba su deseo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—¿Qué más te da?

—Soy tu marido.

—¿Ah, sí? No puedes ser mi marido solo cuando te plazca, Ajax. No puedes dejarme tirada en la playa y después pretender saber dónde he estado.

—¿Y si te hubiera ocurrido algo?

—He vivido veintitrés años sin ti. Creo que puedo hacer frente a los próximos veintitrés sin ti también.

—Dime una cosa, Leah. Sabiendo todo lo que sabes de mí, ¿aún me deseas?

—Sí.

—Dime qué es lo que deseas de mí exactamente.
—Ya te lo he dicho.
—Dímelo otra vez. Repite tus condiciones.
—A ti. En mi cama. Tener hijos —dijo ella—. Que apoyes mi negocio. La expansión de Las Piruletas de Leah debería ser una prioridad.
—Hecho.
—¿Y qué me ha costado este trato? ¿El alma?
—No quiero tu alma. Quiero tu cuerpo.
—Ya te lo ofrecí. Libremente.
—Con mis condiciones.
—¿Y cuáles son tus condiciones?
—No puedes tocarme durante el sexo.
—Eso es imposible.
—No lo es. Cuando me tocas, cuando me llevas al límite, empiezo a perder el control y eso es inaceptable.
—¿Y tienes una solución?
—Has dicho que podías asimilar mi oscuridad —Ajax se levantó de la cama sin soltar el pañuelo.
Leah se fijó en la prenda y pareció sorprendida. Después le miró a él y se humedeció los labios con la lengua.
—¿Estás ofreciéndote a mostrarme la oscuridad?
—No —respondió él—. Pretendo protegerte de ella.
—¿Cómo?
—Necesito control.
—¿Cuánto?
—Todo el control. ¿Puedes cedérmelo? En la cama, necesito todo el control.
A Leah le dio un vuelco el corazón. Le temblaban las manos y el resto del cuerpo. Sintió que tal vez le hubiera juzgado mal. Por primera vez miró a Ajax y sintió que estaba mirando a un desconocido.
—Dime qué deseas hacer —murmuró, aunque en el fondo ya lo sabía.
—Deseo atarte las manos.
—Y, después, ¿qué?
—Voy a darte placer hasta que no puedas pensar con claridad. Hasta que no puedas formular una sola frase. Y después voy a abrirte de piernas y a perderme en tu interior.
Ajax había sido su fantasía más intensa. Le había roto el corazón casi toda su vida. Ignorándola como mujer. Con la atención que le prestaba a su hermana. Con su compromiso. Con su negativa a ofrecer afecto y romanticismo en su matrimonio.
Y, en aquel momento, la necesidad de estar a su merced, de ser el

objeto de su dominación, era la respuesta a una fantasía a la que no podía decir que no.

Porque en ese momento lo vio con claridad. El hecho de que necesitara atarla demostraba el poder que ella tenía sobre él. Su capacidad de arrebatarle el control.

No. Ajax nunca la amaría. La desconexión entre el hombre que era y el hombre que ella había imaginado era un abismo tan grande que ningún puente podría cruzarlo.

Pero sí podría disfrutar de aquello. ¿Por qué no? ¿Por qué no sacar algo de aquella obsesión estúpida?

Era casi como si se lo debiera. En muchos aspectos.

Si no podía tenerlo todo, si no podía estar con el hombre al que deseaba, entonces tal vez pudiera tener solo aquello. Le permitiría tener el control absoluto sobre su cuerpo y sobre su placer. Tendría que dejar de protegerse tanto a sí misma. Porque no podría aceptar lo que él le daba si seguía escondiéndose tras un muro.

La certeza de que no pudiera amarla, de que ella no debería amarle a él... Aquello debería ser protección suficiente.

Levantó las manos y dijo:

—Tómame.

Ajax desenrolló el pañuelo que tenía en las manos y, muy lentamente, comenzó a atarle las muñecas.

—Dilo de nuevo —murmuró mientras la ataba.

—Tómame.

—Porque...

—Porque te deseo —sabía que necesitaba oírlo, aunque no supiera por qué.

—A la cama.

Ella obedeció y se sentó en el borde de la cama con las manos atadas sobre su regazo. Ajax le acarició la cara con la mano.

Después deslizó las manos hacia la parte de arriba del biquini y, con un movimiento diestro, se la quitó junto con el pareo.

Volvía a estar desnuda ante él, pero, en vez de parecer sorprendido, Ajax parecía ansioso.

—¿Quieres ver lo que puede hacer un hombre que no ha tenido sexo en dieciocho años? —le preguntó con voz rasgada—. ¿Quieres ver toda la inocencia que pensabas que tenía?

Y supo entonces que iba a hacerle pagar por sus comentarios en la playa. Hacerle pagar de la mejor de las maneras. Agachó la cabeza, se metió un pezón en la boca y succionó.

Ella quiso cerrar los ojos y centrarse solo en aquel placer, pero se obligó a mantenerlos abiertos y a mirarlo. Quería ver al objeto de su fantasía dándole placer.

Pero Ajax no había terminado. Abandonó sus pechos, se arrodilló

ante ella y le desató la parte de abajo del biquini, que después dejó caer al suelo.

—Abre las piernas —le ordenó.

Y ella no pudo hacer otra cosa que obedecer.

Él se acomodó entre sus muslos y empezó a besarla. El primer roce de su lengua fue como fuego, como un calor sofocante que recorría sus venas.

—Túmbate —añadió él—, y pon las manos sobre tu cabeza.

Siguió sus órdenes, colocó las manos sobre la cabeza y dejó las piernas colgando por fuera de la cama. Después, Ajax le agarró las piernas y se las puso por encima de los hombros antes de comenzar a estimularla con la boca. El placer invadió su cuerpo. Deseaba tocarlo, pero no podía.

Se acercaba peligrosamente al abismo, esperaba el clímax, lo necesitaba con desesperación.

Ajax cambió de táctica y comenzó a darle placer con las manos además de con la lengua. Deslizó un dedo en su interior y le provocó un escalofrío. Estaba cerca, muy cerca. Y, cada vez que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, él se apartaba un instante antes de volver a empezar.

—Ajax... no puedo. No puedo...

—Sí puedes —murmuró él antes de estimularla con la lengua al mismo tiempo que movía los dedos.

Leah se retorció contra él para intentar recorrer el resto del camino.

Entonces, él se apartó y la dejó insatisfecha.

—Aún no —le dijo mientras se llevaba las manos a la hebilla del cinturón.

Leah estaba muriéndose. Necesitaba tocarlo, saborearlo. Y sabía que no se lo permitiría.

Ajax se desabrochó muy lentamente el cinturón, después el botón y la cremallera de los pantalones. Se sacó la camisa por encima de la cabeza antes de bajarse los pantalones y los calzoncillos y quedar completamente desnudo para su disfrute.

Salvo que no podía tocarlo. Maldición. Estaba desesperada y tenía la impresión de que a él le gustaba.

—¿Te parece bien? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, temblorosa y casi sin aliento.

—¿Estás preparada?

—Aún no. Quiero... quiero saborearte —dijo mirando su erección.

—No. Lo siento, *agape*. Eso va contra las normas.

—Quiero romper las normas.

—Seguirás las normas o no permitiré que llegues al orgasmo.

—Oh.

—¿Serás buena?

—Sí —respondió ella.

Observó que las manos no le temblaban tanto como la última vez que se habían acostado juntos. Le acarició los pómulos con la punta de los dedos y el gesto resultó increíblemente tierno, teniendo en cuenta el juego al que estaban jugando.

Se tumbó sobre ella y estimuló sus pezones con la lengua.

—Ahora —murmuró ella.

—No —dijo él—, no es así como funciona —presionó su miembro contra sus pliegues húmedos. Ella gimió y se arqueó.

—Por favor.

—Eso está mejor —presionó con las caderas contra ella y, con el movimiento, le estimuló el clítoris.

—Por favor —repitió Leah, sabiendo que, si le daba una orden, él se negaría otra vez.

Ajax colocó la cabeza de su miembro frente a la entrada de su cuerpo y la penetró muy lentamente. Ella sintió las lágrimas en los ojos. Lágrimas de alivio. Le necesitaba. Necesitaba alcanzar el clímax.

Y entonces se dejó llevar por completo, ahogándose en sus besos, en el ritmo de su cuerpo contra el suyo. La sangre le palpitaba en los oídos, el placer era cada vez mayor. No creía que pudiera sobrevivir a ello.

—Por favor —susurró de nuevo.

Ajax la embistió una última vez, se puso rígido y alcanzó el orgasmo al mismo tiempo que ella empezaba a convulsionarse.

Cuando volvió en sí, seguía con las manos sobre la cabeza y empezaban a dormírsele los brazos.

—¿Te importa? —preguntó levantando las manos atadas.

Él se incorporó rápidamente, la desató y después se puso en pie. Parecía... no sabía qué palabra utilizar. Poseído, quizá. Asustado.

—Tengo trabajo que hacer —repitió, igual que la noche anterior—. Me reuniré contigo cuando haya terminado.

Leah volvió a tumbarse, se frotó las muñecas y le vio alejarse desnudo hacia el salón. Se sentó en el sofá y apoyó los antebrazos en las piernas.

Y, entonces, se dio cuenta de que, por mucho que le hubiera exigido, por muy desconcertada que estuviera ella, él no estaba mejor.

Acababa de separar su pasado del hombre en quien se había convertido. En todos los años que hacía que le conocía, ella nunca había visto su oscuridad.

Había visto su determinación y su inteligencia. Pero no se había dado cuenta de lo que impulsaba esa determinación. No había visto que huía de algo.

De la oscuridad.

Ahora lo veía. Lo veía en sus ojos. Y temía que empezase a estar

demasiado cansado para seguir huyendo. Deseaba ponerle su armadura. Desnudarse para poder protegerlo.

Pero, sinceramente, no tenía ni idea de cómo mantener alejada la oscuridad.

Capítulo 11

La luna de miel pasó demasiado deprisa. Ajax y ella estuvieron juntos todas las noches. Todas las noches él le ataba las muñecas y le mostraba un mundo de placer que jamás hubiera creído posible.

Pero no estaban más unidos durante el día. En absoluto. De hecho, se sentía más alejada de él que antes.

Durante el día.

Cerró los ojos cuando el avión tocó tierra en Nueva York. Y vio en su cabeza los recuerdos del tiempo que habían pasado juntos en Santa Lucía.

Abrió los ojos y miró por la ventanilla. Fuera hacía frío y el cielo estaba gris.

—Cómo me alegro de estar de vuelta —murmuró mientras esperaba a que el avión se detuviese antes de levantarse y estirarse.

—Pareces entusiasmada —dijo él.

—Lo estoy —no lo estaba.

Era extraño. Sentía como si estuviese hablando con un desconocido. Un desconocido frío y distante, no el hombre con el que había tenido sexo ardiente y apasionado todas las noches durante la última semana.

En ese momento, sonó su teléfono y leyó el mensaje que aparecía en la pantalla.

—Oh, Ajax, tengo que pasarme por la tienda. ¿Te importa?

—Si es una emergencia, claro que deberíamos ir —contestó él.

Aquel pequeño gesto de apoyo le hizo sentir que no estaba tan sola.

—No es realmente una emergencia. Mi gerente quiere que compruebe una cosa, pero... te lo agradezco.

—Claro. Estoy invirtiendo en mi empresa, así que he de asegurarme de que todo vaya bien.

—Sí, claro.

Tal vez no le amase, pero era su amante y deseaba que hubiera algo personal entre ellos. No solo era su amante, era su esposa. Hasta hacía unas semanas, le habría llamado su amigo, pero los amigos se conocían. Ellos, en cambio, solo se conocían en el sentido bíblico. Y, además, solo si ella seguía ciertas normas.

En otra época de su vida, había imaginado que estar con Ajax sería la solución a todos sus problemas. En vez de eso, Ajax acababa de plantearle una serie de problemas nuevos que ni siquiera sabía que existían.

Las Piruletas de Leah era un mundo de color en mitad de la ciudad. El suelo estaba decorado como un tablero de juego de mesa, con cuadros de colores que formaban diversos caminos. Estaba el camino que conducía al bosque de los bastones de caramelos, y también la cueva el chocolate, con esculturas de chocolate que cambiaban cada temporada, además de unas trescientas variedades de chocolatinas.

Era el mayor exceso de dulces que Ajax había visto en su vida. Y, en cierto modo, le resultaba agradable. Estaba demasiado familiarizado con el lado oscuro de los apetitos humanos.

En comparación, el azúcar le parecía inofensivo.

Nada más llegar, Leah se había ido a la parte de atrás a hablar con el gerente y le había dejado en la zona de las frutas, donde se encontraban todos los caramelos de fruta. Una chica de no más de dieciséis años se acercó con un uniforme de rayas blancas y rojas y una sonrisa exagerada.

—¿Quiere una piruleta de Leah? —le preguntó ofreciéndole una pequeña piruleta a juego con su uniforme.

—No.

No era una persona a la que le gustaran los caramelos, salvo cuando Leah se los dejaba en su mesa. Siempre se los había comido para no herir sus sentimientos.

Algo que había hecho constantemente desde su boda, de eso estaba seguro.

—De hecho —añadió—, una piruleta no, pero... ¿tenéis caramelos rojos?

—Cientos. ¿De canela o de fruta?

—De fruta.

—Por aquí.

La experta en caramelos le ayudó a escoger una bolsa de caramelitos rojos. De cereza. Le recordaban a Leah. A sus labios rojos. A la primera vez que la había besado simplemente porque deseaba hacerlo.

Y le recordaban también a su biquini. El que había llevado la primera noche que habían hecho el amor.

Leah reapareció segundos más tarde, después de que él hubiera pagado los caramelos y se los hubiera guardado en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Te has aburrido? —le preguntó.

—¿Cómo podría alguien aburrirse aquí?

—A mí me pasa lo mismo —contestó ella con una sonrisa—. Creo que mi tienda favorita es la de Francia. Estamos experimentando con la pastelería. Deberías ver todos los *macarons* que preparan cada día.

Los hay de todos los colores. A mediodía ya están vendidos.

Su entusiasmo era evidente. Envidiable.

Se preguntó cómo sería sentir esa pasión por el trabajo, por cualquier cosa en la vida.

No lo sabía. Nunca lo sabría. Para mantener el control, debía mantener la pasión encadenada.

Salvo cuando estaba con Leah. Entonces, era ella la que estaba encadenada.

—¿Lista para irnos? —le preguntó, pensando ya en atarle las manos esa misma noche. Pensando en que hundiría la cara entre sus muslos hasta dejarla satisfecha.

—Sí, claro. Si no quieres nada.

Ajax se encogió de hombros, sin estar seguro de por qué no quería contarle que había comprado caramelos.

—No. No necesito nada.

—De acuerdo.

Salieron a la calle sin tocarse y, nada más hacerlo, empezaron a dispararse los flashes a su alrededor.

—¿Dónde habéis estado esta última semana? —preguntó uno de los periodistas, y los demás lo interpretaron como carta blanca.

—¡Ajax! ¡Ajax! ¿Cómo respondes a los rumores de que tu exprometida te dejó por otro hombre?

—¡Ajax! ¿A qué viene esta farsa?

—¡Leah! ¿Qué se siente al ser la esposa de repuesto?

Ajax agarró a Leah del brazo y la estrechó contra su cuerpo.

—Nada de preguntas —gruñó mientras la arrastraba hacia el coche.

Al meter a Leah en la limusina, oyó una última pregunta por encima de las demás.

—¿Qué se siente al haber dejado escapar al cisne y haberte quedado con el patito feo?

Cerró la puerta de golpe y le ordenó en griego al chófer que arrancara. Entonces, recordó que su chófer no hablaba griego. Aunque el tipo pareció entenderlo, a pesar de no haber comprendido las palabras exactas.

Mientras avanzaban entre el tráfico, miró a Leah y vio una lágrima resbalar por su mejilla. No hacía ningún sonido, no tenía la cara compungida. Simplemente estaba allí sentada, con la lágrima en la cara.

En cuanto el coche se detuvo frente a su edificio, Leah salió del vehículo y él la siguió.

—Leah.

—No —murmuró ella. Se detuvo para que él introdujera el código de la puerta y después siguió caminando de nuevo.

—Lo que han dicho…

—Era cierto. Soy tu repuesto y ambos lo sabemos. Pero fue decisión mía. Sabía en lo que me estaba metiendo. Aunque eso no significa que tenga que gustarme que me griten cosas así en público.

—Tienes razón —dijo él mientras entraban en el ascensor—. No permitiré que se extienda, Leah. No permitiré que publiquen un titular así.

—¿Ahora también controlas la prensa, cariño? —preguntó ella con ironía—. Eres más poderoso que el presidente.

—Tengo contactos. Y, además, eso no son noticias. Es la forma más rastrera de entretenimiento, que consumen las personas que no tienen nada mejor que hacer que sentarse y disfrutar de las desgracias de los demás. La tragedia griega de la edad moderna.

—Sí. Toda la catarsis de *Edipo rey,* pero sin el incesto —respondió ella—. Me encanta formar parte de ello.

—Me habría gustado poder evitártelo.

—No importa, Ajax —dijo ella secándose una lágrima—. Aunque no lo impriman, no hará que sea menos cierto. La deseabas a ella y has tenido que quedarte conmigo.

—No la amaba.

—Pero la deseabas.

No podía imaginarse con Rachel en la cama. No podía imaginarse deseando a otra mujer que no fuera Leah.

—Ya no la deseo —no creía que la hubiera deseado nunca.

—Me alegro. Aun así… La esposa de repuesto. Sí. Es pegadizo. Se va a popularizar.

—Voy a…

—¿Vas a qué, Ajax? ¿Vas a ponerte agresivo y a exigir que lo retiren? ¿Por qué? ¿De qué serviría?

—No permitiré que hieran tus sentimientos de esta forma —respondió él agarrándola de la barbilla.

—¿Por qué no? Tú me hieres constantemente.

En ese momento, se abrieron las puertas del ascensor, ella salió al rellano y esperó a que él abriera la puerta del ático.

—Muy bien, me voy a la cama —agregó mientras entraba en el salón—. Creo que hoy eres libre.

—¿Cómo?

—Nuestro trato. Todas las noches. En mi cama. No quiero hacer eso esta noche.

—¿Por qué no? —preguntó él, a pesar de saber que era una pregunta estúpida. Aun así, no tenía ni idea de cómo solucionar la situación en la que se encontraba.

—Me duele la cabeza —respondió ella—. Supongo que será por la exposición a los flashes. Buenas noches.

Salió de la habitación y Ajax se dirigió al mueble bar. Tenía un

mueble bar en casa y estaba lleno. Se decía a sí mismo que era para los invitados, pero en el fondo lo sabía. Sabía que estaba agitando una bandera roja delante de la bestia, tentándola.

Y aquella noche… aquella noche estuvo a punto de morder el anzuelo.

Apretó los dientes y se apartó del mueble. Tenía el control. Nadie le arrebataría eso, ni siquiera Leah.

Capítulo 12

Leah se despertó sintiéndose fatal, y ese estado de ánimo se mantuvo durante todo el día. El encuentro con la prensa el día anterior había supuesto el resurgir de una inseguridad del pasado.

Tuvo tiempo de sobra para ir enfadándose más, ya que Ajax pasó todo el día en Holt y ella pasó todo el día reviviendo el encuentro con la prensa.

Estaba rebuscando en su congelador algo para cenar cuando Ajax regresó a casa.

—Leah —dijo al entrar en la habitación—, espero que no hayas comido nada.

—Esa es la razón por la que estaba husmeando en tu congelador. Tengo hambre.

—No tengo mucho en esta casa. No suelo venir.

—Ya me he dado cuenta. ¿Pedimos una pizza?

—No. Pensaba que podríamos salir.

—¿Por qué?

Ajax le mostró un periódico abierto por las páginas de sociedad. Había una foto enorme de ellos el día anterior. Ambos parecían cansados y había un espacio entre sus manos que resultaba muy significativo. Ella imaginó que las expresiones de sus caras se deberían a la cámara. En cuanto a lo de no tocarse… bueno, a ella no se le permitía tocarle. No cuando no lo deseaba. Así que era culpa de Ajax.

El titular era lo mejor.

—«Presión para Ajax Kouros y su esposa de repuesto mientras la heredera Holt tontea con su nuevo amante» —leyó—. Yo también soy heredera Holt. Rachel no es más heredera que yo. Pero yo normalmente soy la otra heredera. Y ahora encima me han degradado. Es como si ni siquiera tuviera nombre. Lo de esposa de repuesto es…

—Es la razón por la que vamos a salir —le dijo él—. Es necesario que nos mostremos unidos. No pienso permitir que este matrimonio se convierta en una farsa.

—Este matrimonio es una farsa, Ajax.

Ajax la agarró del brazo y la acercó a él.

—¿Lo es? Parece que tenemos algunos momentos muy reales.

—En la cama. E incluso entonces… no es más que un juego.

—No hay nada de divertido en ello, Leah. Nada.

—No he dicho que lo hubiera. Pero no eres real. No es real. Tienes

normas y eres como un árbitro desnudo. No puedo hacer nada que no quieras que haga.

—Es por tu propio bien.

—¿De verdad? ¿Y desde cuándo te has convertido en un experto sobre lo que es bueno para mí, Ajax?

—No eres tú a quien tengo que conocer, sino a mí mismo.

—Y eso ¿por qué?

—¿Quieres saber por qué no he estado con una mujer en dieciocho años? ¿Quieres saber por qué tengo que controlarme? ¿Por qué tengo que atarte las manos?

—Sí —respondió ella, aunque no estaba muy segura de querer.

—La noche que cumplía dieciséis años, estuve a punto de violar a una mujer.

Leah se quedó helada y le pareció que aquel momento duró una eternidad.

—¿Qué? No te creo. No... Ajax, tú no...

—Así fue. Mi padre nunca me prestaba demasiada atención. Nunca supe quién era mi madre, probablemente una prostituta. Crecí sin control, rodeado de exceso. La noche de mi cumpleaños, mi padre me hizo una fiesta. Con droga. Mucha droga. No era la primera vez que consumía. Al fin y al cabo, era como un niño en una tienda de caramelos. Pero, a esa edad, mi padre decidió que era hora de que entendiera de verdad los productos que vendía, para que, cuando fuese un hombre, pudiera hacerme cargo del negocio. Cuando fuese un hombre como él.

—Pero... ¿qué...?

—Estaba muy drogado. Nunca había consumido tanto. Y había una fiesta. Hacía calor. La gente estaba practicando sexo en todas las habitaciones de la casa. Eran mujeres a las que habían pagado y estaban haciendo su trabajo en público porque no tenían otra opción. Y allí estaba Celia. Sé su nombre. Aún lo recuerdo. Mi padre me encerró en una habitación con ella. Y yo... yo estaba segurísimo de mi atractivo, de mi importancia. Al fin y al cabo, ninguna mujer me había dicho nunca que no. ¿Quién se atrevería a decirle que no al hijo del jefe? Me la habían entregado. Y yo la deseaba. No veía más que lo que deseaba. Y además le habían pagado para estar conmigo. Era mi ramera. Así que estaba dispuesto a poseerla. Y casi lo hice.

Aún recordaba haberle rasgado el vestido. Recordaba sus sollozos y sus puños golpeándole. Y de pronto todo se volvió claro. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Se dio cuenta de que su satisfacción tenía un precio.

Se dio cuenta por primera vez de que la gente importaba. No era eso lo que le habían enseñado.

—Pero, Ajax, no lo hiciste —le dijo Leah—. Eso es lo que importa.

—No, Leah, no es eso. La agarré del brazo y la miré. La miré de verdad. Estaba aterrorizada. Llorando. Por mi culpa. Por lo que había estado a punto de hacerle. Porque yo estaba demasiado ciego para darme cuenta.

—Por las drogas. Estabas drogado.

—¿Y eso hace que no esté tan mal, Leah? No debería haber aceptado. Y mucho menos aceptar acostarme con una mujer a la que habían pagado por estar allí. ¿Sabes lo que me dijo mi padre?

—¿Qué?

—Que la destrozara. Que era virgen. Que me gustaría. No era más que una cría. Tenía dieciséis, como yo, según descubrí más tarde.

—¿Cómo lo descubriste?

—Porque, cuando estuve lo suficientemente despejado como para hacer algo que no fuera estar tumbado en la cama, llorando con ella por lo que me estaba ocurriendo, huimos. La llevé a su casa. No era una prostituta. No estaba allí porque deseara estar, ni siquiera para comprar droga. Había sido secuestrada. No podía ir a la policía, porque sabía que muchos de ellos recibían dinero de mi padre. ¿Cómo si no dura tanto un hombre que realiza una actividad tan transparente? Y por esa traición... me habría matado. Y probablemente habría localizado a la familia de Celia y la habría matado a ella también.

—Ajax, eso es terrible. No tenías ayuda... no podías salir.

—Ella no habría necesitado ayuda de no ser por mi padre. Por mí.

—Y tú la salvaste.

—No me conviertas en un héroe en esta historia retorcida. No tuvo nada de heroico lo que hice. Era lo mínimo que un ser humano podía hacer por otro. No volveré a ser ese hombre. Ese hombre que sentía que todo era para él. Ese hombre que se olvidó del control y de todo lo bueno que había en él para perseguir el placer.

—Placer que no obtenías.

—Deja de intentar darle la vuelta para que yo quede bien —dijo él —. Puede que un asesino frene su cuchillo antes de apuñalar a su víctima. Puede que pare, pero en el fondo seguirá siendo un asesino.

—¿Y crees que podrías hacerme daño si te presionara demasiado?

—Esa es la cuestión. No tenía ni idea de lo que podría hacer. He estado demasiado tiempo encadenado. Solo sé que la bestia tiene hambre. No sé lo que desea. Y desde luego no lo averiguaré a tu costa.

—¿Y por eso nunca has estado con una mujer?

—En mi mente, el sexo ocupa un lugar. No se hace en los salones de una mansión, donde todos puedan verlo. No se hace con una chica asustada que ha sido secuestrada. El sexo así tiene una víctima, Leah. Pensé que el matrimonio borraría esa dinámica. No te he convertido en una víctima, ¿verdad?

—Ajax, yo te pedí que te acostaras conmigo. Te dije que quería sexo. Nunca has hecho nada que no quisiera que hicieras. Me atas las manos porque te dejo hacerlo. Me someto solo porque deseo hacerlo. Soy suficientemente fuerte como para manejarte.

—Pero yo temo ser suficientemente fuerte para romperte.

—No creo. Ajax, el hombre que eres actualmente... ¿podrías ser ese hombre sin haber experimentado aquel momento con Celia?

—No lo comprendo.

—Sin aquel momento de claridad, aquel momento en el que te diste cuenta de quién eras. ¿Habrías cambiado entonces?

—Yo no... Leah, no puedo...

—¿Qué hace tu padre ahora?

—Está en la cárcel —respondió él—. Porque utilicé mis contactos para encontrar la manera de encerrarle. Espero que esté muerto, Leah. Rezo para que ocurra.

—¿Le metiste entre rejas?

—Sí.

—¿Y las mujeres?

—Que yo sepa, rescataron a mucha gente.

—Gracias a ti. Porque eso es lo que eres.

—No. No lo soy.

—¿Por qué tienes que castigarte?

—No me castigo. Mantengo a salvo a los que me rodean. Salvo a ti. Tengo miedo de no poder mantenerte a salvo.

—Confía en mí, tengo fuerza para mantenerme yo misma a salvo. Y para saber lo que deseo.

—¿Y qué deseas?

—Dolmades. Llévame a un sitio griego.

Ajax sentía que el corazón iba a salírsele del pecho. Aún estaba excitado después de haber confesado ante Leah. La cena no había logrado aplacar sus nervios.

El restaurante era un establecimiento pequeño, poco iluminado, donde iba la gente famosa. La gente que no quería privacidad. El lugar perfecto para encontrarse con la prensa.

—¿Quieres bailar? —había una pequeña pista de baile junto al escenario.

—Creía que no bailabas.

—No bailo. ¿Quieres bailar o no?

—Sí. De acuerdo, bailaré contigo.

—Muy bien —se puso en pie y le ofreció la mano—. Intenta que parezca que no te he invitado a venir al pelotón de fusilamiento, ¿quieres?

—¿Estás intentando ser gracioso, Ajax? —preguntó ella con una sonrisa.
—Sí. ¿Lo he conseguido?
—Casi —respondió mientras le daba la mano.
La llevó donde estaban las demás parejas, moviéndose al ritmo de la música.
—Nunca he hecho esto —murmuró.
Leah entrelazó los dedos con los suyos y le puso una mano en el hombro.
—No puede ser. Has ido a cientos de eventos con Rachel.
—Y siempre le he dicho lo mismo que te dije a ti después de nuestra boda. Yo no bailo.
—¿Por qué estás bailando ahora?
—Porque tienes razón. No puedo ir a la redacción de un periódico y amenazar con matar a la gente. No sería apropiado.
—Ni siquiera un poco.
—Y no puedo impedir que publiquen cosas como la de hoy. Pero puedo intentar acallar los rumores. Puedo hacer lo que esté en mi mano para asegurarme de que nadie dé por hecho que eres el repuesto de nadie.
Ella parpadeó y apoyó la cabeza en su hombro.
—Pero lo soy.
—Yo no conocía a Rachel —dijo él—. No realmente. Nunca tuvimos una conversación profunda. Nunca le hablé de mi vida ni del imperio de mi padre. Y tampoco habría querido oírlo. Estaba satisfecha teniendo una fachada, y a mí me parecía bien. Era incluso preferible. Pero no la conocía. Ella no me conocía a mí. Yo tampoco te conocía, pero empiezo a hacerlo. Y creo que ahora me conoces mejor que nadie.
—¿De verdad?
—Sí. De verdad. Desde el momento en que empezaste a venir a visitarme. ¿Te acuerdas?
—Claro que me acuerdo.
—Me llevabas chocolatinas. Me hacía sentir que alguien pensaba en mí. Y ahora eres la única mujer que conoce mi pasado. La única mujer que ha estado conmigo... como hombre. No como el chico egoísta que era. Así que, oficialmente, creo que me conoces mejor que nadie.
—Supongo que sí.
—Y estás aquí conmigo. No has salido huyendo. Y, ahora que te conozco, creo que ninguna otra mujer sería apropiada para mí.
—Pero ¿yo soy apropiada para ti? ¿O es que todas las demás no lo serían?
—No lo sé. Pero estamos juntos.
—Después de tres semanas casados. Que alguien nos dé una

medalla.

—No sé si comprendo realmente el amor. Dudo que alguna vez lo consiga. Pensaba que lo comprendía, pero creo que no era más que una relación de conveniencia, no de afecto real. No sé si estoy programado para dar amor. Mi padre no amaba nada más que el dinero y el poder. Me enseñó a verme a mí mismo como la autoridad suprema, a ser mi propio dios. Y aquel momento en el que vi la cara de esa chica... aquella fue la primera vez que miré más allá de mí mismo. Fue la primera vez que pensé que los demás también tenían sentimientos, necesidades y esperanzas tan importantes como las mías. Y que yo tenía el poder de destruir todo eso si me lo proponía. Adquirir ese pedazo de humanidad fue un gran esfuerzo y, aparte de eso, intento mantener mis necesidades y mis deseos bajo control para no herir a nadie. No puedo ser todo lo que debería ser un marido, pero no seré cruel. Nunca te haré daño ni te obligaré a nada. Nunca haré nada que no quieras que haga.

A Leah se le había acelerado el corazón y le temblaban las manos. Estaba aferrada a él con fuerza para evitar desplomarse en el suelo.

Estaba hablándole de sí mismo. De todo lo que creía sobre él. Y al mismo tiempo estaba prometiendo no hacerle daño jamás. Y sus palabras iban destruyendo todos los muros que ella había construido entre ambos.

—¿Estás diciéndome que, si pudieras volver atrás, al momento en el que le pediste matrimonio a Rachel, sabiendo lo que sabes ahora, me lo habrías pedido a mí?

—Sí.

—Yo no sé si habría aceptado.

—¿Por qué?

Era el momento de bajar la guardia. De verdad. El momento de tener expectativas. De creer que podía hacerle cambiar. De creer que no era la esposa de repuesto.

—Dices que me conoces, Ajax, pero yo no siento que te conozca a ti. Ni siquiera puedo explorar tu cuerpo cuando estamos en la cama. Lo que significa que tú tampoco me conoces realmente. Me tienes con correa. Siguiendo tus normas para que puedas aferrarte al control que tanto te gusta.

—No pretendo encadenarte, Leah. Soy yo el que...

—El hecho es que, cuando me impones esas normas, cuando me impides hacer lo que deseo, no haces más que convertirme en la personas que esperas que sea, la persona que crees que necesitas que sea. En vez de la persona que soy. No me extraña que te funcione tan bien. Pero podrías tener con otra mujer lo mismo que tienes conmigo. Con una mujer obediente, quiero decir.

Ajax la apartó de su cuerpo, le dio una vuelta y volvió a acercarla.

—No está mal —murmuró ella.
—Gracias. Aprendo deprisa.
—Es cierto.
—Entonces, ¿crees que no te permito ser quien eres? ¿Te he impedido decir cualquier cosa que se te pase por la cabeza? Prácticamente me despellejas con tu lengua a diario y yo nunca he hecho nada al respecto.
Leah desenlazó los dedos de los suyos, le quitó la mano del hombro y le rodeó la cara con ambas manos. Él dejó de moverse y adquirió una expresión confusa.
—Lo siento —le dijo ella—. Hago eso porque a veces, cuando hieres mis sentimientos, es más fácil gritarte que mostrarte lo mucho que me duele. Y esta noche, Ajax, voy a dejar de hacerlo. Pero necesito algo a cambio.
—¿Qué?
—Necesito que juegues según mis normas. Solo por esta noche.
—¿Después de todo lo que te he contado sobre mí?
—Si pierdes el control, ¿me harás daño?
—No lo sé.
—Yo sí lo sé. No me harás daño. No eres así. Los hombres que disfrutan haciendo daño a las mujeres no lo hacen por deseo. No pierden el control porque están con una mujer a la que no pueden resistirse. Eso son mentiras. Esos hombres quieren hacer daño. Quieren hacerse poderosos. Yo nunca he visto esos deseos en ti.
—Leah...
—Mis normas, no las tuyas. Por esta noche. Vamos, si ya estás bailando. Puede que incluso nos divirtamos un poco.
—¿Cuáles son tus normas? —preguntó él.
—Estaba pensando en que me desataras las manos —le susurró ella al oído—. Y en poder hacer lo que quiera hacer. Y, Ajax, cariño, tengo diez años de fantasías acumuladas.
—¿Diez años?
—Bueno, nos saltaremos los primeros años. En esas fantasías corríamos por un prado y tú me ponías flores en el pelo. Pero las cosas empezaron a mejorar cuando cumplí dieciséis años.
—¿Fantasías? ¿Sobre mí?
—No pensarás que te dejaba dulces en el escritorio solo para ser amable, ¿verdad?
—Pues sí. Significaba mucho para mí. ¿Me estás diciendo que era un cebo?
—Un rastro de caramelos que pensaba que te atraería hasta mi cama.
—Qué sutil. Demasiado sutil.
—Ahora me doy cuenta.

—¿Por qué yo?
—Porque pensaba que eras perfecto. Y guapo. Pero me equivocaba.
—¿De verdad?
—No en lo de que eres guapo, sino en lo de la perfección. En mi cabeza te convertí en algo que no eres. No eres perfecto, Ajax, pero ya no soy esa chica. Y no necesito que seas perfecto.
—¿Qué necesitas? —preguntó él con un tono de desesperación en la voz.
—Te necesito a ti. Al hombre que eres. Al hombre en que te has convertido gracias a tus errores. A tus cicatrices. No al hombre con cadenas, sino al hombre que eres realmente.
—Dices eso, pero no lo sabes.
—Me lo has contado.
—Te he contado en lo que temía convertirme y por qué, pero ni siquiera sé qué ocurriría... No sé si podría cambiar mi manera de hacer las cosas. Y dudo que fuese a gustarte si lo hiciera.
—Yo tampoco sé si me gustaría, pero tienes que darme la oportunidad de conocerte. Date la oportunidad de ser tú mismo. Y yo te daré la oportunidad de conocerme.
Ajax levantó la mano y deslizó los dedos por su pelo.
—Pero cabe la posibilidad de que, cuando me conozcas, no te guste.
Leah le agarró la mano y le dio un beso en la palma.
—Ajax, has bailado por mí. Para que la prensa no diga cosas horribles de mí. Me gusta saber eso de ti. Mucho.
—¿Incluso conociendo mi pasado?
—Tu pasado me rompe el corazón. No puedo imaginarme lo que fue crecer en un lugar así. Tener un padre así.
—¿Y si buscas en mi interior y descubres que la oscuridad permanece? ¿Que no tiene fin? ¿Y si esto es todo lo que soy?
—Entonces me quedaré con todo lo que eres —dijo ella, y descubrió que hablaba en serio. Supo que ya no había vuelta atrás.
Pero, mientras le miraba a los ojos, deseó poder retroceder. Deseó que algún otro hombre le hubiera robado el corazón años atrás para no ser tan vulnerable a Ajax.
Pero no había otro hombre. Solo era él. Siempre había sido y sería así.

Todos los músculos de Ajax estaban en tensión, listos para actuar en cualquier momento. ¿Para abalanzarse sobre Leah, quizá? O para salir corriendo. Esa era la otra posibilidad.
Habían regresado al ático en absoluto silencio. Leah retorcía las manos sobre su regazo y miraba por la ventanilla. ¿Estaría arrepintiéndose ya de lo que le había pedido?

Él estaba dividido. La deseaba. Deseaba sentir sus manos por todo su cuerpo. Pero sabía que, si ocurría, los años de control podrían borrarse y tal vez nunca lograra recuperarlo.

Temía convertirse en el monstruo que siempre había pensado que era.

Pero ahora estaba de pie en el dormitorio, y Leah lo miraba con sus ojos dorados. Tenía los labios pintados de rojo y un vestido verde que moldeaba su figura, y él estaba dispuesto a renunciar a todo por la posibilidad de saborearla sin límites.

De poseerla sin ataduras que pudieran retenerla.

Sí, eso era lo que deseaba. Y ya no tenía el poder de luchar contra ello. De pronto, poseerla le pareció la cosa más esencial que pudiera imaginar.

—Muéstramelo, Leah —le dijo—. Muéstrame lo que deseas. Muéstrame lo que eres.

Capítulo 13

Tú primero —dijo ella con la barbilla levantada—. Siento que he estado dando mucho últimamente. No es que tú no des mucho durante nuestros encuentros. Pero siento que yo soy la vulnerable, así que ahora es tu turno. Desnúdate, Ajax.

Ajax comenzó a desabrocharse la camisa, después los pantalones, y finalmente se quedó desnudo ante ella. Temblando. Estaba a su merced y no se arrepentía de ello.

Leah se aproximó lentamente, con fuego en los ojos. Estiró el brazo, puso la mano sobre su torso desnudo y clavó las uñas en su piel, suavemente. Aquel ligero dolor, igual que la primera vez, fue un regalo que le ayudó a controlar el placer que le tenía agarrado por la garganta.

Después, Leah le dio un beso en el cuello y le mordió con suavidad, prueba de su poder.

La bestia agitó las cadenas.

—Ten cuidado —susurró él.

Ella le mordió con más fuerza.

—Creo que no. Estoy cansada de tener cuidado. Cansada de contenerme. Cansada de intentar aparentar que no me importa lo que escriben sobre mí en los periódicos. Cansada de mantener la cabeza agachada para poder esquivarlo. Cansada de intentar ser más atractiva para el público. Cansada de esconderme. De cambiar para complacer a la gente a la que siempre le pareceré defectuosa. Pero, sobre todo, estoy cansada de no poder hacer contigo lo que quiero.

—Entonces, tómame. Pero no seré responsable de las consecuencias.

—Oh, espero que haya consecuencias —dijo ella—. No hagas promesas que no puedes cumplir.

Ajax la agarró de las muñecas, tiró de ella e hizo que sus pechos se apretaran contra su torso.

—Las habrá, *agape* —murmuró mientras presionaba con su miembro erecto contra su tripa—. No te equivoques —agachó la cabeza, la besó en los labios e invadió su boca con la lengua.

Cuando se separaban, estaban los dos sin aliento y Leah tenía la cara sonrojada.

—Ahora mismo tú estás a punto de enfrentarte a algunas consecuencias —le dijo ella—. Siento como si llevase años a dieta. Y ahora me muero de hambre.

Se inclinó, le dio un beso en el pecho y fue bajando sobre sus abdominales hasta llegar al hueso de la cadera, donde mordió suavemente y le hizo dar un respingo. Agarró su miembro con la mano y apretó con suavidad.

—¿Son estas mis consecuencias? —preguntó él con la voz entrecortada.

—No he hecho más que empezar. He fantaseado mucho con esto. No tienes ni idea —se inclinó y acarició la punta de su miembro con la lengua.

Ajax sintió que algo en su interior se liberaba. Notaba que los muros empezaban a derrumbarse. Las cadenas comenzaban a romperse.

Cuando Leah recorrió su erección con la lengua, estuvo a punto de perder el control.

Se apartó de ella con el corazón desbocado.

—No puedo... Leah, para.

—¿Por qué?

—Es demasiado. No puedo... no puedo respirar.

—Ahora ya sabes cómo me siento. Siempre. Siempre que estoy contigo. Permíteme —se inclinó de nuevo y besó su miembro antes de lamerlo y metérselo en la boca. En ese momento, se sumergió en la oscuridad, en un mundo de absoluto placer.

Se aferró a ella, hundió los dedos en su pelo mientras succionaba y mostraba su deseo de darle placer. Le hacía sentir humilde.

Y, cuando sintió que se acercaba el clímax, se apartó.

—Así no —dijo.

—¿Por qué no? A mí me lo has hecho muchas veces.

—Lo sé. Pero quiero estar dentro de ti. Quiero que me montes —era una postura que no habían podido realizar con sus manos atadas.

Leah le dedicó una sonrisa sensual. Era toda una seductora. Una mujer. Y sentía por ella lo que un hombre debería sentir por una mujer. Pero, debajo de eso, había un calor que no podía explicar. Un calor que siempre había estado ahí, que había ido creciendo desde que la había conocido.

Ese calor, sumado al deseo, creaba un fuego tan ardiente que pensaba que los consumiría a ambos.

Y entonces recordó los caramelos.

—Túmbate sobre la cama —le dijo.

—Creí que era yo la que daba las órdenes.

—No. Acabamos de librarnos de las normas.

—¿Qué estás planeando?

—Tendrás que averiguarlo. Pero no lo conseguirás si no obedeces.

—¿Mis consecuencias?

—Podrías llamarlo así.

Leah se subió a la cama mientras él se daba la vuelta para sacar la

bolsa de caramelos del bolsillo de su chaqueta.

Cuando se volvió, ella estaba tumbada boca arriba, incorporada sobre los codos. Se había quitado los zapatos, el vestido y la ropa interior. Todo. Y parecía una fantasía hecha realidad.

—Vas un paso por delante de mí.

—Tomo la iniciativa —contestó ella—. Es una de mis mejores cualidades.

Ajax se acercó a la cama con la bolsa en la mano.

—¿Por qué tienes una bolsa de mis caramelos?

—Los compré hace unos días. Entonces, no estaba seguro de la razón, pero ahora sí lo estoy —abrió la bolsa, sacó un caramelo y se lo colocó en el muslo. Se inclinó, agarró el caramelo con los dientes y después lamió su piel con la lengua—. Recuéstate.

No tuvo que pedírselo dos veces. Le colocó otro caramelo justo debajo del ombligo, después otro, y otro. Hasta crear sobre su vientre un sendero carmesí que llegaba hasta sus pechos.

Finalmente, le colocó otro en los labios.

—Mantenlo ahí —le ordenó—. Siempre me pareció que eras dulce.

Agachó la cabeza y pasó la lengua sobre su clítoris. Leah se retorció y dejó escapar un gemido amortiguado.

—Cuidado —le dijo él—. No pierdas mi recompensa.

Se acercó al caramelo que descansaba en la parte baja de su vientre, justo por encima de su vello púbico, lo agarró con los dientes y después lamió su piel.

Siguió el sendero de caramelos hasta sus pechos y se detuvo a estimular sus pezones con la punta de la lengua antes de succionar con fuerza y saborearlos como había hecho con los caramelos.

Cuando terminó con el dulce de su cuerpo, subió hasta su boca y recorrió sus labios con la lengua antes de capturar el caramelo y besarla.

—Sabes a cereza —murmuró ella.

—Tú también.

Ajax la agarró por las caderas y cambió de postura para que ella estuviera sentada encima, a horcajadas.

Leah le colocó las manos sobre los hombros y se acomodó para que pudiera penetrarla. Mientras lo hacía, él observaba su cara, veía la expresión de placer que iba apoderándose de ella.

Él estaba a su merced. A merced del calor que le rodeaba, del ritmo que ella marcaba y que le volvía loco. Y de pronto se sintió desesperado, como si un agujero de deseo y de necesidad se abriera en su interior, como si nunca fuese a quedarse satisfecho.

Volvió a cambiar de posición, cerró los ojos y la embistió mientras agarraba las sábanas y empezaba a sudar. Había desencadenado a la bestia. Su deseo era tan abrumador y tan violento que perdió el

control por completo. Se dejó llevar por el deseo de hacerla suya, de alcanzar el clímax con ella. En ella.

Su mujer. Su esposa. Leah.

Ella soltó un gemido gutural, arqueó la espalda y sus músculos internos se tensaron alrededor de su miembro. Entonces, él también se dejó llevar y se derramó en su interior en un orgasmo que recorrió todas las células de su cuerpo, abrasándole desde el interior, con una intensidad tal que creía que no quedaría nada de él cuando terminase.

Y finalmente pasó. Y no quedó nada salvo él y Leah. Y la certeza de que todos los muros habían desaparecido. De que estaba expuesto, indefenso. De que había desencadenado a la bestia con Leah.

Se apartó de ella, se levantó de la cama e intentó respirar profundamente. Miró a Leah y vio sus labios hinchados y sus ojos confusos.

Se dio la vuelta y abandonó la habitación.

Leah estaba asombrada. Devastada, en realidad. Su mundo había quedado del revés tras el encuentro con Ajax. No existía una oscuridad fría en su interior. Estaba lleno de fuego negro y ardiente. Peligroso, destructivo y asombroso.

Nunca se cansaría de él, de lo que sentía cuando desencadenaba su pasión sobre ella. Le gustaba que fuese enérgico, poco civilizado cuando le hacía el amor.

Lo que no le gustaba era que se fuese de la habitación mientras su mundo yacía hecho pedazos a sus pies.

Se levantó, se puso su camisa y se la abotonó mientras se dirigía hacia el salón.

—Oye —le dijo—. ¿A qué diablos ha venido eso? A no ser que hayas ido a por un vaso de agua, en cuyo caso yo también quiero uno.

Ajax estaba dando vueltas de un lado a otro como un tigre enjaulado, y seguía completamente desnudo.

—¿Qué sucede, Ajax? Dime lo que estás pensando. Porque estábamos haciendo el amor y conociéndonos mejor, y de pronto te has ido.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí. Un poco temblorosa, pero supongo que es normal después de algo así. Significa que lo has hecho bien.

—Para. Deja de intentar bromear con todo. He sido violento contigo. Ni siquiera sé… no recuerdo lo que he hecho.

—Deja que te refresque la memoria —dijo ella mientras caminaba hacia el centro de la habitación—. Has perdido el control. Me has penetrado con tanta fuerza que me has dejado sin aliento. Y eso me ha dado un placer que no había experimentado nunca.

—¿Te he hecho daño?

—No. Bueno, tengo algunas zonas magulladas, pero para bien.

—El dolor no puede ser para bien. Maldita sea, Leah, si me hubieras dicho que parase, puede que no te hubiera oído. No sé si podría haber parado. Ese es el tipo de monstruo que soy.

—No me has hecho daño, Ajax, y nunca me lo harías. ¿No crees que sé lo que deseo? Sé lo que me gusta. ¿Crees que te mentiría si me hicieras daño solo para aliviar tu conciencia? Ya me conoces. Sabes que nunca te haría eso. He sido sincera contigo —dijo, y se arrepintió amargamente de haberlo hecho.

Porque no había sido sincera con él. No había sido sincera consigo misma. Le había provocado, había intentado ocultar los sentimientos que habían ido creciendo dentro de ella.

Para no enamorarse.

Para no tener que estar enamorada y sola.

Ya no podía seguir guardándose eso. No después de todo lo que habían compartido. No podía protegerse a sí misma cuando la victoria sobre sus demonios podría depender de su sinceridad.

—Te quiero —le dijo. Era cierto. Más cierto que nunca. Y el riesgo no le importaba. No importaba que él nunca correspondiera su amor.

—¿Qué? —se quedó mirándola con sus ojos negros, y la ausencia de emoción en su mirada estuvo a punto de romperle el corazón en ese instante.

—Te quiero —repitió—. Te he querido, o al menos eso pensaba, durante casi toda mi vida. Y hubo un tiempo en el que quería despojarme de ese sentimiento. Hacer que desapareciera. Porque necesitaba protegerme. Porque la escogiste a ella. Porque la prensa me dijo quién era. Que no era especial ni guapa. Pensaba que nunca sería suficiente para ti. Pero ¿sabes qué? En esa ocasión pude guardármelo dentro porque en realidad no te quería. No te conocía. No sabía dónde te habías criado. No sabía que sintieras que eras un monstruo. No sabía que perdiste la virginidad con una prostituta. Que habías renunciado a tu posición de poder para salvarle la vida a una chica. Para salvar tu propia alma. No sabía que no habías tocado a una mujer en dieciocho años por miedo a perder el control.

—Estás obsesionada con eso.

—Sí, bueno, supongo que es importante. Me alegra haber sido la primera después de tanto tiempo. Me alegra que tú hayas sido el primero para mí. Y eso es lo importante. Me alegra conocerte. Aunque la verdad no sea fácil. Porque, ahora que te conozco, ahora que sé lo que fuiste y lo que eres… ahora te quiero.

—Has dicho que…

—Que antes no te quería. Quería la idea que tenía de ti, pero no a ti. No amaba tu caos.

—No deberías amar mi caos. Soy...

—Un monstruo, sí, ya me lo has dicho. Un monstruo que no ha hecho nada para herirme físicamente. Un monstruo que ha pasado todos estos años respetando a mi familia. Un monstruo que desmanteló uno de los negocios más criminales del mundo. Sí, eres un monstruo.

—No lo comprendes.

—Sí que lo comprendo.

—Si lo comprendieras, estarías pidiéndome el divorcio. Si realmente supieras...

—Ajax, eres un maldito cobarde.

—¿Porque quiero protegerte?

—¡Porque quieres protegerte tú! —exclamó ella—. Lo sé porque, hasta esta noche, yo hacía lo mismo. Esa es la verdad, Ajax. No tienes miedo de lo que pueda salir de ti. Tienes miedo de lo que pueda entrar. Sé que tu vida era dura. Sé que fue más de lo que pueda imaginar. Lo sé. Y sé que has tenido que esforzarte por olvidar y por protegerte.

Ajax se acercó y la agarró por los brazos.

—¿Crees que tengo miedo? ¿Que soy una especie de víctima? ¿Crees que era yo el que estaba acurrucado en una cama, llorando mientras un imbécil drogado intentaba forzarme? No. No intentes convertirme en algo que no soy.

—Fue horrible, Ajax. Toda la situación. Pero, al final, cuando esa mujer mire atrás, ¿cómo crees que te verá? ¿Como un monstruo? ¿O como su salvador? Porque, si no hubieras estado tú con ella en esa habitación, habría estado otro. ¿Y ese otro habría parado al ver sus lágrimas? ¿O habría seguido? ¿La habría dejado allí, en casa de tu padre? ¿La chica habría vuelto a ver a su familia?

—Para —le dijo él mientras le daba la espalda.

—Necesitas esa mentira, ¿verdad? Necesitas creer que no tienes perdón porque así tienes excusa para apartarte del mundo y no tener que admitir lo asustado que estás.

—Esto es lo que hay, Leah. No es una mentira. Soy yo. No puedes querer eso.

—¿Por qué no?

—¡Porque yo no lo quiero! —exclamó él—. Porque yo me conozco de verdad. Y desprecio todo lo que llevo dentro. Me cambié el nombre, abandoné mi casa. Pero nada de eso cambia lo que soy por dentro. Y, si puedes ignorar eso, entonces eres tonta, Leah. No haré nada más que arrastrarte conmigo al infierno. Así que, si tienes dos dedos de frente, te vestirás y saldrás por esa puerta.

—No —respondió ella—. No voy a marcharme. No voy a irme porque sea difícil.

—Esto no va a funcionar.
—Ni hablar, Ajax —insistió ella—. Ni hablar. No vas a hacer esto. Soy tu esposa. Soy la única mujer con la que te has desnudado, y no me refiero a tu cuerpo. Sí, hubo mujeres antes de mí, pero ellas no veían tu alma. Yo te veo y creo que eso es lo que más te asusta.
—Debería asustarte a ti.
—Sí, me asusta un poco. No porque crea que vas a hacerme daño. Me asusta porque deseo que me quieras, Ajax. Deseo que te abras y que te arriesgues. Deseo que dejes de protegerte. ¿Sabes lo mucho que me ha costado a mí hacerlo? ¿Plantarme aquí y decirte que te quiero? Quiero significar para ti tanto como para que puedas hacer lo mismo por mí.
—Yo no te quiero —dijo él.
—No —contestó ella con un nudo en la garganta—. No digas eso.
—¿Quieres que te mienta para hacerte sentir mejor?
—Quiero que me digas la verdad —¿cómo podía decirle que no la quería después de lo que acababa de ocurrir en el dormitorio?
Había sido amor. Tenía que ser amor. Porque para ella lo era.
—No te quiero —repitió él.
—De acuerdo —Leah asintió e intentó tragar saliva—. De acuerdo.
Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla. Se sentó en el sofá y se cubrió la boca con la mano. Una segunda lágrima siguió a la primera. Y después otra.
—¿Leah?
Soltó un sollozo y se llevó la otra mano también a la boca, como si así fuese a impedir derrumbarse por completo.
—Leah —repitió él.
Ella negó.
—Me niego a que me manipules —añadió Ajax—. Si crees que las lágrimas van a hacerme cambiar de opinión...
—¡Tengo más orgullo que todo eso!
—Es evidente que no.
—¿Te estoy haciendo sentir incómodo? Si fueras un hombre de verdad, sabrías que esto es normal. Esto es lo que la gente hace cuando le rompen el corazón. Esto es lo que la gente siente cuando no corresponden su amor. Siento que te moleste, porque para mí es divertidísimo.
—Tal vez por eso no lo entiendo. Tal vez por eso no me importa. Porque no tengo corazón —regresó al dormitorio y ella se quedó sentada en el sofá, mirando a la nada. Regresó unos segundos más tarde vestido con una camiseta y unos vaqueros—. Me marcho —dijo —, porque tengo la impresión de que eres demasiado testaruda para hacerlo.
—¿Recibiré noticias de tu abogado?

—Sí.

—¿Y el negocio?

—Es la última de mis preocupaciones ahora mismo.

—¿Y si estoy embarazada? Porque no hemos usado un solo preservativo.

—Ya decidiremos la custodia. No voy a dejarte sin ayuda.

—No podrías. Tengo un negocio de éxito. Tengo millones de dólares. Siempre he tenido ayuda. La verdad es que nunca te he necesitado. Simplemente te deseaba. Simplemente te quiero. Pero ahora mismo te deseo mucho menos, así que quizá deberías irte sin más.

Él asintió y apretó la mandíbula, como si tuviera las palabras atascadas en la garganta. Palabras que no quería decir.

Después se dio la vuelta y abandonó la habitación. El portazo fue la última palabra en la historia de su matrimonio.

Capítulo 14

Era lo único que había podido hacer. Ajax estaba seguro de ello. No le había quedado otro remedio.

«Te quiero».

Eran las palabras más terroríficas que Leah podía haberle dicho. Porque eso significaba que esperaba más de él de lo que podía darle.

No más de lo que podía, sino más de lo que quería darle.

Daba vueltas de un lado a otro de la habitación del hotel donde se había alojado tras marcharse del ático.

Habría sido muy fácil mentirle. Afianzar la relación con ella y con su padre, la única buena influencia que había habido en su vida cuando era adolescente.

Ya se había enfrentado a aquel dilema en el pasado. La chica que le miraba con plena confianza. La guapa chica de dieciséis años que podría llegar a ser todo su mundo.

En su momento, no se había permitido pensar en ello. No había querido admitir lo mucho que podría llegar a significar Leah para él. Sí, habría sido más fácil mantenerla a su lado. Dejarla marchar, protegerla del monstruo, eso había sido lo difícil. Lo correcto. Porque no podía darle lo que necesitaba. Solo podría destruirla.

«Mentiroso», se dijo a sí mismo.

No paraba de oír sus palabras. Asustado. Cobarde.

Se había desnudado ante él, se lo había dado todo, y aun así él se escondía.

«No te da miedo lo que pueda salir de ti, sino lo que pueda entrar».

Y entonces se permitió recordar de verdad la última noche en casa de su padre. El terror de la chica. Su propio miedo. El horror. Darse cuenta de lo que su padre hacía. De que existían el bien y el mal en el mundo y de que, si no hacía algo pronto, pasaría a formar parte del mal.

Había mirado más allá de su propio deseo y había visto el dolor y la injusticia a su alrededor.

Y entonces se había cerrado.

Había bloqueado cualquier deseo, cualquier sentimiento, por miedo a hacer algo malo.

Por miedo a causar dolor y sufrimiento.

Había intentado librarse de esa sensación. Lo había intentado al desmantelar el negocio de su padre, pero no había funcionado. Había

salvado el mundo, pero no había logrado salvarse a sí mismo.

Y después había llegado Leah. Ella había conseguido derribar sus muros con las manos atadas a la espalda, casi literalmente. Y eso no le gustaba. Era como si le hubiera arrancado la piel. Como si se hubieran abierto viejas heridas.

Se acercó al mueble bar y sacó una botella de whisky. Era caro. De gran calidad. Pero no importaba, mientras lograra aliviar su dolor por un instante.

Pensó en el día de su boda, cuando había estado tentado de ceder y perderse en la bebida.

Pero no lo había hecho.

Se quedó quieto mirando la botella. Después sacó un vaso y lo llenó.

No encontraría respuestas en el fondo de un vaso de whisky, pero tal vez consiguiera tocar fondo. Al menos así la única manera de salir sería subiendo.

Sonrió y se llevó el vaso a los labios.

No había caramelos suficientes en el mundo para endulzar su día. Y ver aquellos caramelos de cereza, como los que Ajax había comido de su piel, le daba ganas de llorar de nuevo.

No soportaba estar separada de él. No soportaba el daño que le había hecho.

Era una idiota. Debería haberse callado y seguir igual. Haber seguido acostándose con él todas las noches y decir «te quiero» solo en su cabeza.

Abrió varias bolsas de caramelos y empezó a llenar los enormes botes de muestra del escaparate. Mientras estuviera en Nueva York, pasaría más tiempo en la tienda. Trabajar allí era terapéutico. Trabajar con caramelos era terapéutico. Tanto como comérselos.

Salvo los de cereza. De esos se desharía.

Apartó la mirada de los botes y vio que una de las enormes piruletas de espuma que normalmente estaban de pie en el escaparate se había caído y estaba apoyada contra el cristal. Dejó la bolsa de caramelos y atravesó la niebla de algodón de azúcar falso que cubría el suelo del escaparate para intentar alcanzar la piruleta.

Empezó a perder el equilibrio y apoyó la mano en el cristal. Ahora habría que limpiarlo, y eso supondría un trabajo extra solo porque era una idiota torpe que amaba a un hombre que no la amaba.

Se sentó en el suelo de algodón de azúcar falso y se quedó allí, triste, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

Al cabo de unos segundos, se puso en pie y salió del escaparate. Recogió su bolso y su abrigo y evitó mirar a los ojos de los empleados o de los clientes.

Al abrir la puerta de la tienda y salir a la calle, una periodista con una grabadora se le acercó, seguida de dos hombres. Uno de ellos llevaba una cámara y el otro, un micrófono.

—Señora Holt, hay rumores de que su marido se registró anoche en un hotel. ¿Algún comentario? ¿Hay problemas en el paraíso? ¿Qué hará si le pierde?

Leah levantó una mano y señaló el edificio que tenía detrás.

—Iré a trabajar —respondió—. Porque soy dueña de una cadena de éxito. Soy una emprendedora. Una empresaria. No soy una simple heredera. No soy la esposa de repuesto de Ajax Kouros. Tengo mi propia identidad y mi propio éxito.

Había empezado a gritar. Probablemente pareciera una loca, pero no le importaba. Siempre había pensado aquello, pero nunca lo había dicho.

—No me define mi apellido —continuó—, ni lo que soy en comparación con mi hermana. No me define mi marido. Tengo un nombre. Soy Leah Holt y no voy detrás de nadie. Soy yo misma.

Sentado en el suelo de su habitación de hotel, Ajax contempló la pantalla del teléfono y leyó el titular del periódico.

Leah Holt declara: «No me define mi marido».

Bien por ella. Se rio y el sonido le produjo una punzada de dolor en la cabeza. El fondo que había tocado era un lugar real. Estaba dentro de él. Sentía que la cabeza iba a explotarle. Pero nada igualaba al dolor de su corazón.

Leah tenía razón. No era más que un cobarde. No había hecho más que esconderse, protegerse de cualquier dolor, de cualquier emoción, durante muchos años.

Deseaba llamar a Leah, pero no sabía qué decir. Deseaba llamar a su padre, pero tampoco sabía qué decir.

Así que marcó un número que no había usado desde hacía tiempo.

—Hola, soy Rachel.

—¿Sabes dónde está Leah? —no se molestó en saludarla.

—Sí. Y, si tú no lo sabes, creo que no puedo decírtelo. Sobre todo, dados los titulares.

—Cometí un error.

—Sé que le has roto el corazón a mi hermana. No puedo permitir eso, Jax.

—No quiero tu absolución. Quiero recuperar a mi esposa.

—Yo tuve que abandonarte por mis propias razones. En parte, porque no quería estar casada con un hombre que me veía como algo conveniente. Si Leah quiere algo más que eso, si quiere amor, déjala marchar. Deja que lo tenga.

—Yo la amo —dijo él.
—¿De verdad?
—Más que a nada. Por favor. Necesito hablar con ella. En persona. Tengo que… humillarme mucho.
Hubo una larga pausa.
—De acuerdo, Jax. Te ayudaré.

Siempre había habido algo tranquilizador en la finca de la familia Holt en Rodas. Nada más poner un pie allí siendo un adolescente, se había sentido mejor. Ahora, al acercarse a la puerta, Ajax se dio cuenta de lo que era. Se sentía como en casa.
Esperaba que Leah estuviese allí. Que Rachel le hubiera dicho la verdad.
Cuando se abrió la puerta, esperó ver a una sirvienta. Pero en su lugar vio a Leah, que se quedó mirándolo con la boca abierta.
Se dispuso a cerrar la puerta, pero él puso el pie en medio.
—No. Leah, por favor.
—Mi padre no está —dijo ella.
—No he venido por eso.
—Mi hermana tampoco está.
—No me importa dónde esté tu hermana, y lo sabes.
Leah abrió la puerta lentamente.
—Entonces, ¿qué haces aquí?
—Creo que la pregunta debería ser: ¿por qué no vine aquí hace una semana? O, mejor aún, ¿por qué no vine hace un año para decir esto? ¿Por qué no pudo ser nuestra boda desde el principio? ¿Por qué no me di cuenta de que siempre fuiste tú?
—Porque… porque…
—Tal vez sí me di cuenta. Creo que sí. Cada vez que me dejabas caramelos, lo sabía. Cada vez que te escuchaba hablar sobre tus sueños, lo sabía. Pero eras demasiado para mí. Así que huí. Me aseguré de que no fueras tú. Porque sabía que me pedirías demasiado. Sabía que me exigirías demasiado. Tenías razón. Lo has hecho. Me lo has pedido todo y me has dejado sin defensas. Tienes razón, no vas detrás de nadie, Leah Holt.
—¿Me has visto en el periódico?
—Así es. Y todo lo que dijiste era cierto. Yo no te defino. Tu hermana tampoco. Eres guapa. Como ninguna otra. Eres tan guapa que es como mirar al sol. Me quema. Me llega al alma. Quería esconderme de la luz porque sabía que no podría protegerme. Porque sabía que se vería quién soy. Y entonces me darías la espalda. Leah, antes de ti, yo estaba encadenado. Estaba atrapado en una prisión en la que yo mismo me había encerrado para estar a salvo. Pero una

prisión sigue siendo una prisión, estés allí por decisión propia o no. Tú me liberaste. Hiciste que me diera cuenta que merecía la pena arriesgarme a sufrir. ¿Qué sentido tiene vivir sin dolor si no puedo sentir tus brazos rodeándome? ¿Qué sentido tiene estar a salvo si no puedo besarte? ¿Qué sentido tiene la vida sin tu amor?

—Ajax… dijiste que no me querías.

—Porque soy todo lo que dijiste. Soy un cobarde. Pero ya no. Ahora soy libre. Me he liberado del miedo. Ahora solo queda el amor. Es lo único que importa. Tú eres lo único que importa.

—Ajax —Leah le rodeó con sus brazos y hundió la cara en su cuello. Él notó la humedad de las lágrimas en su piel.

Él la abrazó también.

—Creí que conocía el amor —le dijo—. Pero me equivocaba. Elegí llamarlo «amor» solo porque era cómodo. Porque era algo que podía controlar. Pero eso no es amor, Leah. Nunca había vivido algo así. Tan profundo. Tan real.

—Yo creí que también lo conocía. Pero no era cierto. No hasta que te conocí de verdad. No hasta que supe lo que habías conseguido superar.

—Salí dañado —le dijo él—. Pero tú haces que me sienta nuevo, Leah. Antes todo estaba cubierto de oscuridad, pero ahora lo comprendo. Pensé que me conocía a mí mismo, pero tú me encontraste.

Leah cerró los ojos y abrazó a Ajax.

Se sentía completa. Había recuperado la pieza que le faltaba.

—Oh, Ajax. Creo que tú también me has ayudado a encontrarme.

—Me alegro, porque sin ti, sin tu amor, no estaría aquí.

—Te quiero —Leah apartó la cabeza, le rodeó la cara con las manos y lo miró a los ojos—. Ahora dime cómo te sientes.

—Te quiero. Ahora y siempre.

—Entonces, ¿qué te parece si seguimos casados? —cerró un momento los ojos—. Vaya. He vuelto a pedirte matrimonio. Tengo que dejar de hacer eso.

—No. No dejes de hacerlo. Me gustan todas tus proposiciones.

—Entonces, ¿quieres?

—Leah, no soy perfecto.

—Lo sé, cariño.

—Te fallaré. Cometeré errores. A veces gruñiré. Pero incluso entonces te querré. Si puedes aceptar eso, lo poco que tengo que ofrecer, entonces seré el hombre más feliz del mundo.

Leah se inclinó y le dio un beso con todo el corazón.

—Ajax, esa es la cosa más absurda que he oído nunca.

—¿El qué? ¿Lo de fallarte?

—No. Eso suena sincero. Al fin y al cabo, eres humano. Lo de tener

poco que ofrecer. Ajax, tu amor no es poco. Tu amor lo es todo.

—Oh, Leah, cómo me alegra que pienses eso. Yo siento lo mismo. Sin tu amor, seguiría encadenado. Sin ti, no seguiría vivo. Con tu amor, me has reconstruido.

Entonces, la miró de un modo que sobrepasaba sus fantasías y la besó. La besó como siempre había deseado que la besara.

—Tengo un pañuelo de seda en mi habitación —murmuró ella.

—Ya no necesito eso.

—¿Quién ha dicho nada de necesitar? Lo único que yo necesito es a ti. El resto es solo diversión.

—Diversión. Otra cosa que echaba de menos, junto con el amor. Leah, tengo la impresión de que, contigo, nunca me faltará ninguna de esas dos cosas.

—Es una promesa.

Epílogo

Oficialmente, podemos estar al borde de un ataque de pánico —dijo Leah al salir del cuarto de baño y entrar en su dormitorio de Rodas, donde Ajax la esperaba sentado en la cama.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿La novia ha vuelto a desaparecer?

—¿Rachel? No. Que yo sepa, está lista para ir al altar con Alex.

Había pasado mucho tiempo desde que Rachel huyera de la boda que había terminado siendo la suya. El mejor día de su vida.

—Entonces, ¿por qué nos va a entrar el pánico?

—Bueno, sé lo mucho que disfrutas haciendo planes. Y sé que, después de hablarlo tranquilamente, decidimos esperar unos años antes de tener hijos...

—¿Y?

—Pues que no es eso lo que va a ocurrir. Acabo de hacerme la prueba. Estoy embarazada.

Ajax sonrió, todo su mundo se iluminó y el nudo en su estómago se disolvió. Él se puso en pie y la estrechó contra su pecho antes de darle un beso apasionado. Sin control. Como siempre hacía.

—Eso es una buena noticia, Leah. El mejor regalo.

—Pero... nuestros planes.

—¿A quién le importan los planes? El mejor día de mi vida sucedió porque los planes me explotaron en la cara. Fue entonces cuando descubrí el amor. Fue cuando te encontré.

—Muchas gracias por no asustarte —se puso de puntillas, volvió a besarlo y después se relajó.

—Siempre me sorprendes —dijo él—. Nunca me cansaré de eso.

—Es un alivio. Porque tienes que quedarte conmigo el resto de tu vida.

—Siempre pensaba que tenía que planear cada paso. Que tenía que saber lo que me esperaba, cada detalle, o me perdería. Pero ahora sé una cosa con total seguridad.

—¿Qué cosa?

—No me importa dónde me lleve mi camino. No necesito saber lo que hay a la vuelta de la esquina. Lo único que necesito saber es que, al final, estaré contigo.

—Lo prometo.